



FUGAS DE TINTA 7

CRÓNICAS, CUENTOS
Y TESTIMONIOS
DESDE LA CÁRCEL





FUGAS DE TINTA 7

CRÓNICAS, CUENTOS
Y TESTIMONIOS
DESDE LA CÁRCEL

2015

RELATA, RED DE ESCRITURA CREATIVA



FUGAS DE TINTA 7

CRÓNICAS, CUENTOS
Y TESTIMONIOS DESDE LA CÁRCEL
PROGRAMA LIBERTAD BAJO PALABRA
RELATA, RED DE ESCRITURA CREATIVA 2015

MINISTRA DE CULTURA
Mariana Garcés Córdoba

VICEMINISTRA DE CULTURA
María Claudia López

SECRETARIO GENERAL
Enzo Rafael Ariza

DIRECTORA DE ARTES
Guiomar Acevedo Gómez

ÁREA DE LITERATURA Y LIBRO
Víctor Manuel Mejía Ángel
Diana Yanir Gutiérrez López
María Juliana Serrano Ochoa
Vanessa Morales Rodríguez
Rubén Darío Sánchez Cita
Jhon Fredy Güechá Hernández

Primera edición, septiembre de 2015
Textos logrados en los talleres del año 2014

© Ministerio de Cultura,
República de Colombia
© Red de Escritura Creativa
© TALLER DE EDICIÓN • ROCCA®
Carrera 4 A No. 26A-91, of. 203
Tels.: [57-1] 243 2862 - 243 8591
taller@tallerdeedicion.com

© Derechos reservados para los autores

ISBN 978-958-59159-0-9

COORDINADOR NACIONAL DEL PROGRAMA
LIBERTAD BAJO PALABRA
José Zuleta Ortiz

EDITOR
Harold Kremer

EDICIÓN, DISEÑO Y PRODUCCIÓN EDITORIAL
TALLER DE EDICIÓN • ROCCA® S. A.

DIRECTOR EDITORIAL
Luis Daniel Rocca Lynn

DIAGRAMACIÓN
Juan Pablo Rocca Barrenechea

COORDINACIÓN EDITORIAL
Gabriela Rocca Barrenechea

REVISIÓN DE TEXTOS
Luisa Fernanda Rúa Samacá

CORRECCIÓN DE ESTILO Y
SELECCIÓN DE TEXTOS
Harold Kremer

CONCEPTO GRÁFICO
Tangramagráfica

IMPRESIÓN Y ACABADOS
Sanmartín Obregón y Cía. Ltda.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta edición sin la autorización de los coeditores y de los propietarios del *copyright*.

 MINICULTURA



**TODOS POR UN
NUEVO PAÍS**
PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN



**Leer es
mi Cuenta**
Plan Nacional de Lectura Escolar



TALLER DE EDICIÓN
ROCCA®

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

- FUGAS DE TINTA Y EL VALOR DEL TIEMPO 13
Guiomar Acevedo Gómez, Directora de Artes
Ministerio de Cultura

CALARCÁ 17

JOSÉ RODOLFO RIVERA LONDOÑO, DIRECTOR DEL TALLER
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE CALARCÁ (PEÑAS BLANCAS)

- ACECHANDO LA PRESA 19
José Yhilet Ríos

- ALIMENTANDO LIBERTAD 23
Carlos Humberto Martínez Ospina

- EL BUS 25
Luis Arnobis Turriago

- ELLA ES LO IMPOSIBLE MUY POSIBLE 29
Robert Andrés Lombana

- HISTORIA DE UN ASESINATO A PLENA LUZ DEL DÍA 31
Luis Fernando Obando Castro

- LOS GOLPES DE LA VIDA 33
Graciliano Samboní Perafán

- PORQUÉ NO PRESTO LO MÍO 35
Ángel María Montes Sueche

PEREIRA	39
MAURICIO QUINTERO, DIRECTOR DEL TALLER CÁRCEL DE PEREIRA	
VIAJES AL FESTIVAL José Alexander Agudelo Villa	41
VIDA DE PLAZA Jorge E. Narváez	51
LA HORMIGA Y EL ZANCUDO Juvenal Ruiz Ríos	55
MI PRIMERA VEZ EN UN CORCEL Jonny Andrés Echeverri Foronda	59
BUCARAMANGA	63
ÁLVARO JOSÉ CLARO, DIRECTOR DEL TALLER ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE BUCARAMANGA (LA MODELO)	
MI CONFESIÓN Álvaro Corzo	65
UNA VAGA ILUSIÓN Guillermo Cardona Rodríguez	67
CUANDO DIOS NOS VISITA Guillermo Cardona Rodríguez	69
SUEÑOS Luis Miguel Ramírez Tarazona	73
EL PANTALÓN John Fabio Rueda Araque	75
TULUÁ	77
WALTER MONDRAGÓN, DIRECTOR DEL TALLER ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE TULUÁ - VARONES Y MUJERES	
TODO POR UNA TRAGA Aldenievier de Jesús Cano	79
EN LA CASA HECHIZADA DE MI SUEGRA Olga Lorena Toro Salazar	81
UNA PESADILLA EN BOGOTÁ Beatriz Sánchez	83

EL SUSTO DE MI VIDA	85
Luis Fernando Cardona Ocampo	
EL PUEBLO DE LOS DESEOS	87
Elkin Orlando Collazos Salas	
LA OSCURA NOCHE DE TERROR	89
María del Pilar Moncada	
REAL PRESENTIMIENTO	91
Ana María Castrillón y Amparo Cadavid	
BARRANQUILLA	93
LUZ HELENA ARROYO, DIRECTOR DEL TALLER CÁRCEL DISTRITAL EL BOSQUE - BARRANQUILLA	
SE LANZÓ	95
Bladimir Estrada Lozano	
PROFANACIÓN	97
Jorge Barreto	
LA LLEGADA	99
César Vélez	
ESPERANZA	101
José Acuña Carmona	
ABSTRACCIÓN	103
José Acuña Carmona	
LA VISITA DE LAS ÁNIMAS	107
Celedonio Blanquicett	
EL HOMBRE DE LAS ALAS DE LETRAS	109
Celedonio Blanquicett	
ARAUCA	111
NELSON PÉREZ MEDINA, DIRECTOR DEL TALLER ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE ARAUCA	
INGENUIDAD	113
Rodis Alexis Alfonso Ávila	
LA CARTA QUE NUNCA ENVIÉ	117
Teresa Castro	

MI REGALO DE 15 Leidy Carrillo	119
EL VIAJE DE MI NIÑEZ Leidy Carrillo	123
MI PRIMERA MUJER José Tovar	127
LA VENGANZA DE LOS INDIOS José Alfredo Tovar	131
POEMAS DE <i>MARÍA</i> Irene Trujillo	135
EL BRILLO DE LAS ESTRELLAS EN MIS OJOS Olga Sánchez	139
POR UNA NOCHE DE PLACER Ana Miledis Canchila	145
EL TIGRE VALIENTE Andrea Durán	147
SINCELEJO MARÍA ALEJANDRA GARCÍA MOGOLLÓN, DIRECTORA DEL TALLER ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE SINCELEJO (LA VEGA) - VARONES Y MUJERES	149
PIDIÉNDOLE PERDÓN A MI MADRE Lucía Correa	151
EL ENCUENTRO Angélica Bonilla González	153
LAS REQUISAS DEL PERSONAL DEL INPEC Maricela Parejo	155
SE DICE Angélica Bonilla	157
INFANCIA OSCURA Yira Elena Álvarez Angulo	159
NO ERES COBARDE Rolando Carriazo	167

CUERPO MÍO	171
Humberto Jaime Reyes Hoyos	
SUEÑOS DE UN DESPLAZADO	173
Jorge Eliécer Anaya Barrios	
MEDELLÍN	175
DAVID MACÍAS ISAZA, DIRECTOR DEL TALLER COMPLEJO CARCELARIO Y PENITENCIARIO EL PEDREGAL- MEDELLÍN ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO BELLAVISTA- MEDELLÍN	
MUNDO DE CRISTAL	177
Francy Elisa Moreno H.	
UNA VIDA NORMAL	181
Deisy Bibiana Adarbe Ruiz	
PHANTOM	187
Nóvile Humberto García Soto	
RETORNO	193
Hernando de Jesús Quiroz	
VIRUS, LA MEDIDA DEL TODO	199
Manjaduín Taborda	
CÚCUTA	201
NORWELL CALDERÓN ROJAS, DIRECTOR DEL TALLER ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE CÚCUTA	
GARZA DE RÍO	203
Ángela María Cruz Garzón	
MI TRISTEZA	205
Ángela María Cruz Garzón	
UNA HISTORIA DE LA CALLE DE LA 14	207
Soraya Ávila	
CAMINOS ERRADOS, CAMINOS DE LIBERTAD	211
Blanca Zuleyma Pineda López	
ÉL LLEGA OTRA VEZ	217
Andrea Patricia Asela Correa	
LA MEJOR SONRISA	219
Lizet Paola Sepúlveda Ascanio	

BRENDA Y EL TIEMPO Brenda Medina	221
ANÉCDOTA DE MI VIDA Luz Dary Rojas	227
ME DEJÉ LLEVAR Jessica López	229
JAMUNDÍ MIGUEL ANTONIO RAMÍREZ, DIRECTOR DEL TALLER COMPLEJO CARCELARIO Y PENITENCIARIO DE JAMUNDÍ	231
MI PRIMER AMOR Adriana Segovia Pérez	233
SOY Adriana Segovia Pérez	239
DUDA Adriana Segovia Pérez	241
DESVELO Adriana Segovia Pérez	243
SENSACIONES Tatiana Gutiérrez	245
PERDIDA Marina Giraldo	247
VIVOS O MUERTOS Marina Giraldo	249
UN GRITO DE SOLEDAD Marina Giraldo	251
CHAT MADE IN JAMUNDÍ Marina Giraldo	253
LA VERDADERA PRISIÓN Marina Giraldo	255
SER LIBRE Marina Giraldo	257
¿QUIÉN ROBÓ LA BALANZA DE LA JUSTICIA? Jennifer Tamayo M.	259

EN LA PISCINA	263
Jennifer Tamayo M.	
POEMAS	265
Doris Suárez Guzmán	
BREVE HISTORIA DE AMOR	267
Doris Suárez Guzmán	
SECRETOS	269
Doris Suárez Guzmán	
NEIVA	273
BETUEL BONILLA ROJAS, DIRECTOR DEL TALLER ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE NEIVA	
LOS ERUDITOS	275
Ferney Gutiérrez Puentes	
EL CORONEL	277
Ferney Gutiérrez	
CARTA CONCRETA A UNA MUJER ABSTRACTA	279
Hubert Abel Losada Yanguma	
VISITA CONYUGAL	281
Hubert Abel Losada Yanguma	
LAS PLANTAS DE MARÍA LUCÍA	285
Dianne Carolina Barbosa	
MIS VACACIONES	289
Carlos Guzmán	
ROSAS EN EL JARDÍN	293
Carlos Guzmán	
GIRASOLES EN FLOR	297
Jimmy Antonio González	
SIEMPRE TE RECUERDO	299
Moisés Torres	
NO HAY REMEDIO	303
Moisés Torres	
CHORROS DE AGUA EN LAS CELDAS	305
Johana Alejandra Tisoy	

RECUERDOS	309
Laidy Lizcano Perdomo	
BUENA SUERTE	311
William Gutiérrez Aullón	
BOGOTÁ	313
VÍCTOR MANUEL MEJÍA ÁNGEL, DIRECTOR DEL TALLER RECLUSIÓN DE MUJERES EL BUEN PASTOR DE BOGOTÁ	
LA TRAMPA	315
Mari Cruz	
UN DÍA DE RAQUETA	319
Mari Cruz	
ROSAS Y ESPINAS	321
Silvia Chávez	
LOS ESPECIALISTAS	323
Yenny Samari Pinzón	
TRAPITO	325
Mari Cruz	

PRESENTACIÓN

FUGAS DE TINTA Y EL VALOR DEL TIEMPO



Para la Dirección de Artes del Ministerio de Cultura y su Área de Literatura y Libro es grato presentar la séptima antología del programa Libertad Bajo Palabra, una muestra del trabajo realizado por más de 200 internos que se reúnen a leer, escribir y compartir historias y anécdotas en 15 establecimientos carcelarios de Colombia.

Este año, dada la importancia del programa para los procesos de reconocimiento y reconciliación, en el marco del proceso de paz impulsado por el Gobierno Nacional, el Ministerio de Cultura destinó recursos para crear cinco talleres nuevos en diversas regiones del país, que estaban solicitando el programa Libertad Bajo Palabra.

Estamos trabajando para estrechar lazos con el Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario —INPEC— fruto de este esfuerzo se firmó el convenio marco de cooperación este año cuyo propósito es ampliar los niveles de participación y compromiso de Libertad bajo palabra y otros programas artísticos y culturales que apoya el Ministerio de Cultura.

Aprovecho para resaltar el trabajo que realizan los directores de taller del programa, sin cuyo esfuerzo y dedicación no habría sido posible la selección de estos textos que presentamos en estas memorias.

Libertad Bajo Palabra, creado y dirigido por el escritor José Zuleta Ortiz, es un programa pionero en Colombia. Así lo confirman los registros periodísticos realizados por medios de comunicación de países tan distantes como China y Holanda que hablan del nacimiento de un nuevo género literario.

Invitamos a leer estos relatos producidos tras las rejas, por hombres y mujeres que buscan una forma creativa de contar su experiencia y de darle valor al tiempo y buscar un nuevo sentido a la vida.

Guiomar Acevedo Gómez


Directora de Artes

Ministerio de Cultura



FUGAS
DE TINTA 7

CRÓNICAS, CUENTOS
Y TESTIMONIOS
DESDE LA CÁRCEL



CALARCÁ



José Rodolfo Rivera Londoño
Director del Taller

Establecimiento Penitenciario de
Calarcá (Peñas Blancas)

ACECHANDO LA PRESA

José Yhilet Ríos



Era un domingo normal en la cárcel. Como de costumbre, los internos se preparaban para recibir la visita conyugal. Recuerdo esa visita como una mañana gris. Todos los de aquel entorno que recibirían visitas se pusieron la mejor pinta o, al menos, la que tenían a la mano. Como decimos aquí: este era un día de ajeteo y sexo.

Harold, un chico extrovertido, se vistió a lo hombre; como lo vieron diferente, y no con aspecto afeminado, lo veían diferente y se burlaban. Dejó a un lado el delineador, la rayita en los ojos, el brillo de labios, para dar paso a su transformación del poderoso macho, con el fin de explotar las pasiones reprimidas durante mucho tiempo, y lo haría con un género sexual para él, digámoslo así, lejano, o distinto al de sus misma especie e inclinación.

Con su corte de cabello militar, su camisa aguamarina, pantalón Levis original, tenis Reebok clásicos, se veía como todo un hombre. Se quitó del rostro todas las arandelas que se ponía a diario, como *piercings*, candongas, pulseras. Harold fue un muchacho aventurero, con un estilo de vida diferente al de los demás, pero el tiempo se encargó de demostrarle que en ese mundo en el que andaba, no existía nada en serio, solo hipocresía, intereses propios, promiscuidad,

amores múltiples. Ahora su realidad es otra. En una de sus aventuras conoció a una hermosa chica, bellísima, una mulata de ojos café, cuerpo esbelto, cintura de reina, y el pompis como el de una hormiga.

Ella se enamoró cuando se dio cuenta de su personalidad, le dijo que algún día tendría que cambiar su forma de pensar, y que ella siempre iba a estar ahí, en el momento oportuno. Desde ese suceso, la vida de Harold fue muy conflictiva, llena de dilemas, y su entorno se convirtió en un laberinto oscuro.

Ahora, más consciente y seguro de sí mismo, comprendió muchas cosas: que todo en la vida es efímero, que a veces las cosas deben cambiar y que él, por supuesto, también lo podía hacer. Las rejas lo convirtieron en un sujeto que tomó control de su propio destino, pues actuaba con mucha sabiduría y analizaba con cautela cada paso a seguir.

Harold estaba listo para recibir su visita conyugal, mientras sus compañeros de patio, los demás integrantes de la cuadrilla, lo veían como una persona extraña y lo miraban como diciendo para sus adentros: «¿y a este qué bicho le picó, de cuándo acá se *voltió* de equipo?».

Algunos compañeros, que sabían de su afán de cambiar, lo elogiaron, mientras otros lo criticaban con sarcasmo, tal vez —o más bien, seguro que sí— llenos de envidia. Igual, sin importar nada más, él estaba allí, concentrado y a la expectativa, caminando de un lado a otro. Se arrió al caspete, nervioso, y se tomó un café.

De repente lo llamó el ordenanza, y el corazón le bombeó rápido. Sentía todas las miradas sobre él y, entonces, apareció ella al final de aquel largo pasillo: bellísima, parecía un ángel que venía a ofrecerle alas donde no las hay. Se abrazaron, se besaron apasionadamente, se dirigieron hacia la celda, mientras sentía que las piernas le temblaban.

Entraron a la celda y se entregaron con pasión desenfrenada. Cada escena fue única, como de película. Luego, cuando estaba en acción con su pareja, escuchó voces en el pasillo, leves murmullos, pasos que se acercaban como queriendo entrar y ser espectadores, como lobos hambrientos acechando la presa; y todo porque pensaban que por su condición gay no iba a ser capaz de llevar a cabo esa faena.

Pues que equivocados estaban. Por eso, cuando salió, con su cara de satisfacción, con el gesto del deber cumplido, estaban sorprendidos. Cuando finalizó el día, y lo vieron entrar al patio, demacrado y

con ojeras, sin energías (ella se las había llevado todas), solo su mejor compañero, su parce, tuvo el valor de preguntarle. Él sólo le respondió: «muy bien».

Finalizó el día, llegó la hora de la subida a su celda, se recostó en su cama, sintió ese aroma de mujer, un olor único, un perfume delicado y así, vencido por el cansancio y el ajetreo de ese día, se desconectó en un sueño profundo, esperando que el nuevo amanecer lo sorprendiera con nuevos pensamientos para dar origen al nuevo cambio, al cambio, ahora lo sabía, correcto.

ALIMENTANDO LIBERTAD

Carlos Humberto Martínez Ospina



Salimos a diversos cursos y actividades al área educativa de la cárcel con el fin de disminuir las horas y los días en prisión. Así nos ganamos las horas de rebaja de tiempo que otorga la redención de pena.

Poco son los internos con la firme intención de aprender algo, al menos académicamente hablando. Aprendemos a extrañar a la familia, a vislumbrar el día más cercano de visita conyugal, que es tan sabrosa y esperada, o la de los de los hijos, que es tan especial y ablanda los corazones de los presos. Aprendemos de las experiencias cotidianas, a cosechar ideas que hacen honor al delito, o ideas que hacen camino para mejorar una conducta adecuada, para una buena convivencia, pero siempre «viviendo lo de uno», la vida en forma independiente, evitando verse envuelto en conflictos con otros presos.

Así alimentamos la libertad como un pedestal al que queremos llegar escalando en la rutina absurda de la cárcel; el alimento de la libertad es esperanza y se come portándonos «en la buena», lo que traduce en «no dar motivos para que nos hagan un informe» y, por ende, en salvarse de una temida y arbitraria remisión, que significa el traslado lejos de nuestras familias, como sabe hacerlo el INPEC. Comemos mierda en sentido figurado, y el hongo que es la comida consta

nada más y nada menos de la comida que en suerte nos toca limpia, pero de una pésima sazón: la sazón del desespero, el sabor indeseable de la rutina, en la que obligadamente obedecemos las órdenes de quienes en verdad no deseamos obedecer, incluidos algunos presos con delirios de «comandos», pero igualmente encanados.

Soportar toda esta tragedia es alimentar el sueño de la libertad, logrando un control físico y mental que nos haga sentir que los días corren rápido para caminar menos lento, para poder probar el delicioso sabor de la libertad. Soporto con fuerza las caras desagradables, la falta de modales, el comportamiento del gamín, el irrespeto del insensato, la discriminación del delincuente, el regaño injusto de los «azules», el sabor indeseable de algunos desayunos. Mi alimento es mi esperanza de ser libre, mis ganas, y a la vez el temor de evitar «el tropel» con los indeseables, leyendo hacia adelante las señales de mi carretera. Así alimento mi libertad como un sueño que de ninguna manera veré tan lejos como los insensatos.

Ahora mismo alimento mi libertad, porque el aire que quiero respirar huele a calle, a casa, a esposa, a hija, a fiesta, a paseo, a trabajo honesto... Todos los días alimento mi sueño de libertad, máxime estando en prisión siendo inocente y como consecuencia de la conducta mentirosa y poco ética del fiscal Espitia, un sujeto que no alimenta la justicia sino en ganas de hacer carrera de causar sufrimiento en un hombre inocente; yo, que no hago más que construir paz, alimentando mi libertad.

EL BUS

Luis Arnobis Turriago



Brayan, todavía muy joven, vive en uno de los barrios más altos y alejados de la ciudad. Como es su costumbre trabajar todos los días del mes, este domingo tuvo que ir a laborar. Su horario de trabajo empieza a las ocho de la mañana. Es un día sin preocupaciones, todos los días aborda el bus en la primera parada; Brayan se da cuenta que, allí mismo, a un lado de la primera parada del bus, vive el conductor.

El conductor sacó la buseta del parqueadero y calentó el motor mientras Brayan esperó. Es el primero y único pasajero. Es domingo y las calles están vacías. Brayan por fin habló:

—Buenos días, señor conductor.

Se subió a la buseta y los dos siguieron hasta el centro de la ciudad. La costumbre del conductor es tomarse un café por las mañanas y, como lleva un solo pasajero, se permitió bajarse de la buseta e ir por él.

—¿Puede quedarse aquí un momento? Voy por un café y vuelvo.

Pasaron 15 minutos y el conductor nada que volvía. De repente apareció un policía haciendo una señal para que se moviera porque estaba en un lugar donde no se podía estacionar. Brayan se puso nervioso, pues ya habían pasado veinte minutos y el conductor nada que

aparecía. Se bajó de la buseta, cerró la puerta de la buseta, y tomó otro bus para llegar al trabajo.

Al otro día, era lunes, tal vez el día más raro de la semana. A las seis de la mañana, y como es su costumbre, Brayan espera el bus, ésta vez acompañado por algunos de sus vecinos. Uno de ellos es una hermosa vecina de dieciséis años, acompañada de su abuelo, muy celoso siempre de su nieta, tal vez porque era la única. Al lado de ellos había un joven, de unos 19 años, un poco embriagado, después de pasarse la noche tomando en la discoteca del barrio Bosque Alto.

Seguíamos esperando el bus. Ya habían pasado unos veinte minutos y nada que aparecía ni el conductor ni la buseta. Impaciente, Brayan fue hasta la casa del conductor y golpeó varias veces a su puerta. El conductor salió. Brayan habló, ya un poco enojado:

—Buenos días, ¿cómo está usted?

El conductor, un poco atontado, en medio de su resaca, no sabía ni dónde estaba; es más, no sabía ni quién era.

—Soy Brayan, ¿se acuerda de mí?

—Ah, sí. —Y empezó a explicarle lo que le había pasado el día anterior, cuando lo dejó solo en la buseta.

—Me dio por acompañar mi café con un trago de whisky y no sé porqué pero esa vaina me está *voltiando*, hasta el punto de casi perder el conocimiento; al rato desperté y me fui para la oficina y me despidieron porque pensaron que estaba manejando borracho. Así que, como no han asignado conductor ni bus para esta ruta, creo que es mejor que no pierdan más tiempo esperando y vayan a abordar la buseta a otro lado.

Brayan se dirigió de nuevo al paradero para avisarles también a los demás. Teníamos que bajar muchas escaleras muy empinadas para llegar al paradero de más abajo, y eran casi veinte minutos de recorrido.

Ya eran casi las siete de la mañana y todos estábamos preocupados porque íbamos a llegar tarde a nuestros deberes. La chica aquella, la nieta sobreprotegida por el abuelo, no hacía sino conversar con aquel muchacho que se había amanecido de farrá; habían dejado ya muy atrás al abuelo que no estaba para nada a gusto con aquel desplante de su nieta. Y así, seguíamos con nuestra propia prisa.

Entonces sucedió que el abuelo se resbaló y rodó un poco por las escaleras. Su nieta y el muchacho aquel, al enterarse de la caída,

se devolvieron pero ya el abuelo se había levantado por sí mismo, malhumorado.

—¿Estás bien, abuelo?

—Sí, hija, estoy bien.

Brayan fue el primero en llegar a la otra parada. Por la prisa que llevaba, no se percató de lo que estaba sucediendo; solo escuchó un grito del joven y unos alaridos de la muchacha, y ya no quiso devolverse, ignorando por completo que el abuelo se había rodado de nuevo, ésta vez rompiéndose el cráneo.

«Ya era tarde», pensó Brayan, «y debía abordar el otro bus para llegar a tiempo al trabajo».

ELLA ES LO IMPOSIBLE MUY POSIBLE

Robert Andrés Lombana



Ella es el aire fresco y puro en Sernovyl
Ella es una emanación de agua en Dakar
Ella es un momento de paz en la Franja de Gaza
Ella es una bachata en la plaza Garibaldi
Ella es una flaca de Botero
Ella es un poema surrealista de Neruda
Ella es una película de ciencia ficción en Bellas Artes
Ella es cataratas de agua dulce en Saturno
Ella es el sol de los venados al mediodía
Ella es una ola de mar para surfear en Bolivia
Ella es los adultos y la tercera edad en Disney World
Ella es una flor naciente en el desierto del Sahara
Ella es el rayito de sol en Alaska en pleno invierno
Ella es un caribeño en iglú
Ella es un alpinista en Honolulu
Ella es una canción de hip-hop de Montaner
Ella es una canción de amor de Eminem
Ella es la poesía de amor de Alfred Hitchcock
Ella es una novela de horror de Benedetti

Ella es la resurrección de Lázaro y Jesucristo
 Ella es la parte cuerda del cerebro de Nerón
 Ella es una tormenta de nieve en Haití
 Ella es un niño futbolista en Afganistán
 Ella es un niche que baila salsa en Moscú
 Ella es aquel que no fuma puro en Jamaica y Ámsterdam
 Ella es un charro mexicano con cachucha
 Ella es un barco mercante en el río Quindío
 Ella es una balsa de madera en altamar
 Ella es una sinfonía de Mozart con guitarra
 Ella es una canción de Ramstein con la sinfónica de Bogotá
 Ella es los senadores ganando un sueldo mínimo
 Ella es un ataque de rabia de un premio Nobel de la paz
 Ella es una película de amor entre Arnold y Stallone
 Ella es una película de acción entre Sanders y Jim Carrey
 Ella es un cubano con visa a Miami y Nueva York
 Ella es el mejor amigo judío de Adolf Hitler
 Ella es Lebron James jugando de delantero en el Real Madrid
 Ella es Lionel Messi jugando de alero en los Chicago Bulls
 Ella es Romeo Santos cantando Heavy Metal
 Ella es Steven Tyler cantando un parrandón vallenato
 Ella es Paris Hilton ordenada como monja en un convento
 Ella es el papa Francisco disfrutando en una playa nudista
 Ella es el Ché y Fidel con ideas capitalistas
 Ella es Carlos Slim con un gancho en el Bronx de Bogotá
 Ella es un mendigo en pleno centro de Dubai
 Ella es un expendio de drogas en un edificio del FBI
 Ella es la evasión fiscal en el país del tío Sam
 Ella es los bebés que trae a las cigüeñas
 Ella es los cerdos y las vacas voladoras
 Ella es un pájaro ruiseñor acuático
 Ella es papá pitufo alto y de color marrón
 Ella es todo lo imposible,
 pero cuando se encuentran nuestros ojos
 las miradas todo lo convierten posible
 lo imposible posible
 lo posible imposible.
 Ella es lo imposible muy posible.

HISTORIA DE UN ASESINATO A PLENA LUZ DEL DÍA

Luis Fernando Obando Castro



Eran aproximadamente las 11 de la mañana cuando llegué hasta el lugar donde tenía que esperar al fulano; y digo tenía, porque era la vida de él o la mía, así sin más; no porque fuéramos enemigos, sino porque era la orden de la oficina.

Llegué disfrazado de *embolador*. Sólo debía tener paciencia y esperar, pero el temor me fue invadiendo porque aquel sitio estaba poblado de gente. Sólo les cuento, para que sepan: era una plaza principal, o Plaza de Bolívar, como llaman a los parques en los pueblos; seguí ahí, en la espera, cuando de pronto se estacionó un vehículo de servicio público, se bajó dicho paciente; pensé dentro de mí: «ahí está, qué casualidad». Se dirigió hacia mí, me saludó: «¿qué más mijo, cómo va todo por acá?»; yo le respondí «todo bien padrecito, por acá rebuscándome *pa'la* comida; y cómo ha estado el trabajo, más o menos, esto está muy duro, pero ahí vamos». «Ah bueno, mijo, tenga estos diez mil pesitos, para que se coma algo». «Dios le ha de pagar, padrecito». Qué ironía que tiene la vida, el hombre que en poco tiempo se tenía que morir, me estaba brindando para un bocado de comida; «bueno, señor, que Dios le bendiga», le dije.

La adrenalina seguía creciendo, miraba a mi alrededor, creía que toda la gente me miraba, eso siempre pasa cuando vas a hacer algo malo; de repente sonó mi celular: «qué hubo *ghevón*, qué le pasa, ¿se quiere morir o qué?»; «ah, sí, bueno madrecita, ahorita voy». Miré a la víctima, que estaba frente a mí, dándome la espalda; se sentía un poco intranquilo, como si temiera algo, miraba para todos lados. Entonces pensé «ésta es la oportunidad»; metí la mano en la caja de embolar de inmediato, saqué la pistola, me aproximé hacia él sin que se percatara, extendí mi mano y le pegué el primero, mientras caía al piso como derrumbándose; me ensañé y le descargué toda la pistola en treinta segundos; apareció luego la moto, que me sacaría de este lugar, y me subí en ella mientras apuntaba con mi arma para todo lado. Emprendimos la huida, llegamos al centro de acopio y exclamé, victorioso: «ya está hecho». «Salió bien, felicitaciones», entonó con voz fuerte mi superior; pero igual, aún no terminaba, no, pues todavía debía ir al velorio de aquel fulano porque siempre que mato a alguien tengo la costumbre de ir a verlo; mi creencia es que si no los veo, entonces me atormentan para siempre.

Esa noche llegué a la funeraria donde lo velaban, mezclándome entre la gente me acerqué hasta el féretro donde yacía mi víctima, lo miré fijamente y advertí que tenía los dedos ligados; yo sabía que esto era para pedir justicia o coger al asesino; sucede entonces que la madre se me acerca en un mar de llanto y yo le digo que lo de los dedos ligados era algo malo, pues el muerto no descansaba en paz; ella, entre sollozos, ordenó que le desataran los dedos, y que descanso sentí. Al poco tiempo entraron unos sujetos murmurando que ya sabían quién había matado al patrón. Empecé a sudar frío porque estaba metido en la cueva del oso, pero me tranquilicé enseguida pues mencionaron el nombre de otro; esperé unos minutos y salí de ese lugar un poco intranquilo. Me subí a la moto, y sólo pensaba que ahora sí todo había salido bien.

LOS GOLPES DE LA VIDA

Graciliano Samboní Perafán



Cuando murió mi madre yo apenas tenía ocho meses de nacido. De cinco hermanos que somos, fue mi hermano mayor quien se hizo cargo de nosotros; pasado un tiempo, nos abandonó, y lo mismo hicieron mis otros hermanos, quedando tan solo con mi hermana. Cuando cumplí seis años, ella también se fue y entonces me tocó quedarme con unos tíos.

Al tiempo mi padre me encontró y me llevó con él donde una hermana, una tía que no conocía, y me matriculó en el colegio para que estudiara. Ahí fue donde empezaron las complicaciones pues cuando llegaba a casa siempre estaba con llave y no podía entrar; me sentaba en un rincón de la entrada y me ponía a llorar, mientras le pedía a Dios que pudiera regresar con mi hermana.

Luego me iba de nuevo para el colegio sin comer y cuando un día la profesora me preguntó que por qué llegaba tan rápido, yo le decía que como mi tía nunca estaba en casa, me sentaba un rato al lado de la puerta y, como me aburría, me devolvía al colegio sin comer, y mientras le decía esto, yo lloraba a moco tendido y terminaba diciéndole que quería morirme.

La profesora me consoló y me dio algo de comer, mientras decía que apenas viera a mi padre, hablaría con él. Mi padre, a regañadientes, me llevó a donde mi abuela. Con ella viví cinco años muy difíciles pues me tocaba hacer todos los quehaceres y los mandados en la casa; éramos 3 nietos pero como el que no tenía madre era yo, mi abuela abusaba de eso y me trataba muy mal, al punto del desprecio, echándome la culpa de todo lo malo que pasaba.

Por eso, cuando terminé la primaria, viajé a la ciudad de Cali; allí otra tía me recibió en su casa, me consiguió un cupo en otro colegio para que siguiera con mis estudios. Pasó el tiempo, y cuando estaba en grado once, a punto de graduarme, me llegó la noticia de que mi padre había muerto. Hice entonces un viaje largo a un pueblo olvidado, y cuando llegué, hacía 3 días que lo habían sepultado. Pregunté entonces cuáles fueron las causas de muerte, y algunos habitantes atemorizados, me dijeron que había sido la guerrilla.

Así, les hice saber a mis hermanos que la única manera que yo veía de vengarme era presentarme al ejército y así lo hice; estuve dieciocho meses, hice el curso de paracaidista, me hice soldado profesional. Sucedió entonces que en una licencia que me dieron, para ir donde mi hermana, los milicianos se dieron cuenta de mi llegada, y por la noche fueron a buscarme, pero como yo no estaba, y mi hermana no quiso decirles mi paradero, entonces la mataron a sangre fría.

Cuando regresé a casa y encontré a mi hermana muerta, sintiéndome casi como muerto, me prometí y me dediqué a acabar con todos los que servían a la guerrilla, hasta con sus familiares; lo hacía sin ningún tipo de compasión. Todos eran objetivos militares para mí, hasta que conocí la palabra de Dios hace cuatro años y he tenido un poco de paz en mi corazón. Ahora que estoy en este lugar pienso que de pronto Dios me castigó porque por una venganza le hice mucho daño a mucha gente inocente.

PORQUÉ NO PRESTO LO MÍO

Ángel María Montes Sueche



Mi papá siempre me decía: «mijo, el que presta plata es porque no necesita, y está dispuesto a perder». Ahora tiene ochenta y dos años, y desde que lo conozco, siempre fue liberal y creyente en Dios. Va a la iglesia, pero no confía en los curas; le gusta visitar el cementerio, porque los muertos no dan problema, y no piden nada, dice él.

Cuando era más joven, y tal vez por serlo, criticaba la excesiva desconfianza de mi padre hacia los demás y hacia el porvenir. Me hacía sentir inseguro cuando no estaba con él. Con el tiempo me enseñó que mis miedos los provocaba el no tener el control de mis decisiones, y a no prever sus posibles consecuencias. Él decía: «si lanzas una moneda al aire, lo más probable es que caiga, pero, si no lo haces, no te preguntes porque no cae, sino, para qué la lanzaste».

Hace algunos años, y como de costumbre en esos días, me encontraba tomando algunas *frías* con el finado Mario en la tienda de don Horacio, cuando llegó Murfhy con una sonrisa de oreja a oreja, diciéndonos: «a ustedes era a los que andaba buscando».

—¿Para qué, negrito? —le preguntó Mario.

—Para que me preste los fierros; me resultó una vuelta linda con el viejo Lámpara, pero estamos manos abajo.

Mario, sin pensarlo, le pasó su treinta y ocho a Murfhy, mientras yo lo miraba, y éste me miraba, esperando una respuesta.

—¿Sabes qué, negrito? Cuando tomo no saco el fierro, pero búscame más tarde y miramos qué hacemos —le dije.

—Listo, parcerero, todo bien —y se fue el negrito.

Ese día no fui a la casa ni me mostré por el barrio porque la verdad, no quería prestar el fierrito. A los dos días me enteré que Murfhy había coronado la vuelta y se había ganado una plata, se había ido para Pereira y que se había enfiestado, y que contrató putas, y que fumó y olió hasta que se cansó. Al barrio no volvió hasta una semana después, y fue cuando Mario me pidió el favor de que lo acompañara a reclamarle el aparato, porque hasta ese día no se lo había devuelto.

La Nueva Tebaida es un barrio de calles amplias y de lozas con ladrillo a la vista a medio terminar, las familias que lo habitan son personas en su mayoría humildes. Por eso las viviendas son una mezcla de ladrillo rojo, guadua, esterilla, bahareque, tejas de *eternit* partidas y de zinc oxidadas, perros y niños corriendo por las calles, y parches en las esquinas.

Cuando llegamos a la casa del negro nos abrió Diana, la hermana, que es una preciosura de mujer, de piernas largas y bien torneadas, de caderas amplias, y de pechos bien parados; pero lo que más me gustaba era su sonrisa, tan blanca y sincera, tan entregada y perturbadora; incitaba a la mente a recorrer su cuerpo con los más libidinosos deseos. El negro estaba como trabado, y en el rostro y en las reacciones se veía que había ingerido pepas, porque se notaba algo agresivo, con bajos reflejos, y demasiado sensible.

A Mario eso no le importó y le pidió el fierro, pero el negro le decía que se lo pasaba después, que se tomara una cerveza y que armara un *bareto* para que se relajara, y Mario que no, que todo bien, pero que necesitaba el aparato ya mismo, y el negro que no, que lo necesitaba para otra vuelta; hasta que Mario lleno de rabia, y en un tono agresivo, le dijo:

—¿Sabes qué, negrito? Pásame el fierro o *tenés* un problema conmigo.

Murfhy se paró y le respondió:

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

Y sin mediar más palabras se fueron a los puños, mientras Diana gritaba:

—¡Ay, no! No peleen, Carlos haga algo, sepárelos.

Yo solo los miraba hasta que Mario sacó una navaja y le hizo dos lances al negro, el cual retrocedió esquivándolos y corrió hasta una pieza de donde salió con el revólver en la mano haciendo disparos. En ese momento, y recurriendo a mis reflejos, solo atiné a tirarme a la puerta, que aún continuaba abierta, di una vuelta en el suelo, me paré, y corrí en zigzag, hasta que vi otra puerta que estaba abierta, la atravesé mientras escuchaba los disparos y los gritos de la gente detrás de mí. Llegué a un patio y escalé un muro para tirarme a otra casa. El corazón me latía a mil, y solo cuando me sentí seguro, dejé de correr.

—Negro doble *hijueputa*, me tiraste a matar —pensé, y me senté sobre la hierba a tomar aliento.

A Ricardo Henao Castillo, alias Murfhy, lo buscó la policía algunos meses, y cuando lo capturaron, al preguntarle por lo acontecido el día de los disparos, dijo que dos sicarios llegaron hasta su casa para matarlo, que él se había defendido. Su hermana dijo que no conocía a ninguno de los involucrados, que ni eran ni conocidos ni amigos, como afirmaban algunos vecinos chismosos.

Mario murió el doce de julio del año 2010, de dos tiros en el abdomen, desangrado, pues la ambulancia tardó mucho en llegar. En el velorio, algo borracho, recuerdo haberle dicho al cadáver:

—Ve, Mario, yo por eso no presto lo mío, porque con lo mismo le dan a uno.

PEREIRA



Mauricio Quintero
Director del taller

Cárcel de Pereira

VIAJES AL FESTIVAL

José Alexander Agudelo Villa



Corría el año de 1998. Me encontraba disfrutando de un cigarrillo de marihuana en compañía de dos parceros: Álvaro (*Peluka*), que ahora es licenciado en Español y literatura y, además, es el padrino de mi hijo, y Fabio, que la última vez que lo vi, recorría las calles de Río Negro (Antioquia) como indigente.

En ese momento llegó Paola Díaz, una nena que estudiaba en grado once, compañera de Peluka y Rockera, igual que nosotros.

—Hola, muchachos: ¿saben que se aproxima un festival de bandas de rock en Bogotá? Yo no puedo ir, pero sería bueno que ustedes no se lo pierdan.

—¡Uy, sí! Eso va a estar una chimba, va a tocar I.R.A., Fértil Misericordia, Policarpa y sus viciosas, Darkness, Morgue, La Pestilencia. Son como 32 bandas de punk y metal, 3 días de mera descarga.

—Que chimba, hace tiempo que no nos *sollamos* un toque, aguanta ir —dije.

Los días siguientes nos pasamos fabricando artesanías, y nos reuníamos en la casa de Fabio para planear el viaje. Ya estábamos acostumbrados a *maniar* con artesanías en los pueblos cercanos: Quimbaya, Armenia, Marsella, Chinchiná. Vendíamos o cambiábamos

por ropa, comida y hasta por besitos. Un día en Cartago me hicieron pasar un susto ni el *hijueputa*: resulta que Fabio le vendió a una muchacha unas candongas de electro-plata. Le dijo:

—Tranquila, que eso no se le pela, son de pura plata.

Y lo que son las coincidencias, como a los 15 días le ofrezco a la misma muchacha una gargantilla y, como un peludo se parece a otro, el novio me confundió con Fabio.

—Esta gonorrea fue el que nos vendió esas candongas que se pelaron.

Y dicho esto me amenazó con un fierro. Yo pegué un pique que no me vieron ni en las curvas. Cuando le conté a Fabio casi se caga de risa.

Llegó el día de irnos para el concierto. Entre Pacho, Peluka, Maliño, Fabio y yo compramos media libra de marihuana y dos botellas de brandy. Para ese entonces yo ya fumaba *bazuko*, así que decidí llevar cinco papeletas. Quise fumarme una antes de irnos y resulté fumándomelas todas. Después salí para donde los parceros que ya se impacientaban de esperar.

—Este *güevón* como viene de asustado, deje de fumar esa mierda, hermano —dijo Peluka.

Nos fuimos para San Nicolás, un barrio de Pereira, a convidar a Luna, la novia de Pacho, una metalera que además de *artezángana*, era más puta que las gallinas de Corinto. Vivía sola en una pieza de un inquilinato, no tenía más que un colchón, una estufa de gasolina, 3 ollas tiznadas, una grabadora, varios casetes y un montón de fotos posando desnuda pegadas en los muros de la habitación.

Nos dirigimos a la vía que conduce a Armenia, cuando se nos acercan dos pollas. ¡Cuál de las dos más buena!

—Hola, muchachos. ¿Tienen candela?

—Claro, mami. ¿Y pa' donde van sin mí? —contestó Maliño.

—Venimos de Cali, íbamos para Santa Rosa a las fiestas de las araucarias, pero decidimos mejor ir al toque de Bogotá.

—Qué bien, nosotros también vamos para allá —dije.

Mientras charlamos paró una camioneta.

—Los puedo llevar hasta Calarcá —dijo el conductor.

Nos montamos y Lina y Valentina, las dos caleñas, se quedaron en Armenia, nosotros llegamos a Calarcá. Allí esperamos un rato hasta

que pasó una tractomula. Nos colgamos y así subimos el alto de La Línea. Nos quedamos en el peaje que queda cerca de Cajamarca, caminamos un buen rato. Eran más o menos las 3:30 de la madrugada cuando pasó por un lado nuestro un bus con el bomper apachurrado, sin parabrisas y algunos vidrios rotos. Frenó unos metros adelante, se bajó el ayudante y dijo:

—¡Hey, muchachos! ¡Pa' donde van, *home*?

—Vamos pa' Bogotá. ¿Nos va a llevar o qué? —dije.

—Saben qué, nosotros también vamos *pa' tabogo*, sino que tuvimos un accidente subiendo La Línea, nos tocó trasbordar los pasajeros y venimos recogiendo gente por el camino. ¿Si pillá? Hemos montado a más de un peludo como ustedes.

—¿Y qué, cómo es la vuelta? —dijo Luna.

—Pues denme diez *lucas* por cada uno.

—Oigan a este, tenemos treinta mil pesos y eso porque estamos mamaos de andar —contestó Pacho.

—Móntense, pues, que lo que necesito es plata —dijo el chofer que oía lo que hablábamos.

Ya dentro del bus nos encontramos con que todos los pasajeros eran *rockeros*, pues había un éxodo de gente de varias partes del país: todos hacia el mismo lugar. También estaban Lina y Valentina.

El ambiente estaba saturado por el humo de marihuana y en un viejo *pasacintas* sonaba *Sol de invierno* (canción de Extremoduro, una banda de rock transgresivo). Ya no teníamos brandy, pero Valentina y Lina, que ya estaban ebrias, tenían media garrafa de aguardiente y varias bolsas de perico. Además, entre la gente rodaba el *frutiñazo* (alcohol con Frutiño). Me senté al lado de Valentina, quien colocando una mano en mi pierna, me dijo:

—Eres un niño muy lindo, me gustaste desde que te vi en Pereira.

Después puso un dedo en mis labios, lo mordí suavemente mientras la miraba a los ojos. Ella mordía sus labios incitándome a besarla, la abracé y nos unimos en un delicioso beso con sabor a alcohol.

—¡Q'hubo, pues! Rueden ese chorro o un pase de perico par de tortolitos —dijo Lina.

Sin dejar de besarnos, Valentina hundió su mano en un bolsillo de su jean, sacó una bolsa de perico, con la misma mano cogió la

garrafa de aguardiente y la entregó a su amiga. Después de un rato de besos y caricias se quedó dormida en mis piernas.

Nosotros seguimos de juerga, bebiendo, fumando, *hueliendo* y coreando canciones. Aún hoy cuando escucho a Extremoduro o a los Sex Pistols, viene a mi memoria aquella escena. A eso del mediodía llegamos a Bogotá. Allí nos separamos de Lina y Valentina, dijeron que iban a quedarse donde una prima en Fontibón.

Reunimos la poca plata que quedaba, almorzamos y nos alcanzó para pagar una noche en hotel, el resto del día descansamos del viaje pues estábamos agotados y con mucho guayabo. Al día siguiente, muy temprano, me dirigí a la habitación donde dormía Pacho para despertarlo, pues el concierto empezaba a las 11 de la mañana. Abrí la puerta y Pacho aún dormía. Luna se hallaba sentada completamente desnuda, me miró con picardía y se puso en pie. Volví a cerrar la puerta y nuevamente entré al cuarto que compartía con Maliño. No lo quise despertar.

Disfrutaba de un delicioso baño con agua tibia, cuando Luna irrumpió y cerró la puerta del baño con pasador.

—¡Huy, Luna! ¿Qué hace, está loca o qué?

—Tranquilo parece, que todos están dormidos, nadie se va a dar cuenta. ¿Me va a decir que no le gusto? Yo vi cómo miraba mis fotos.

—Pues usted es feíta pero está muy buena —dije.

Apreté sus nalgas con ambas manos y empecé a besar sus senos, hicimos el amor brevemente. Antes de salir me dijo:

—Yo no soy fea, soy una fea hermosa.

Cuando salí del baño, Maliño estaba sentado en la cama.

—Eh, Ave María, Alex, usted es una gonorrea, ¿cómo se le ocurre *culiarse* la novia de Pacho, *güevón*?

—Parce, eso se lava y queda lo mismo. Ella fue la que me buscó, usted sabe que esa mujer es ninfómana. Además el que no *gurree* no *culea* —le dije.

—Este marica está bueno pa'presentarle mi novia. Pero todo bien que no he visto nada, y qué: ¿si es estrechito?

—Jajajaja, suave, parece bolsillo de payaso.

Pronto entraron Fabio y Peluka.

—Pacho y Luna ya están listos, faltan ustedes pa'que salgamos. El toque empieza a las 11 y no tenemos ni pa'l pasaje —dijo Peluka.

—*Sizas*, hay que vender algo pa'desayunar, está haciendo un hambre ni la *hijueputa* —dijo Fabio.

Tratamos de vender algo pero la gente apenas escuchaba nuestro acento se cambiaba de acera.

—Rolos malparidos, no paga sino robar estos *pirobos* —decía Luna.

En esos momentos vimos un señor pasándole unos billetes a un muchacho, yo creo que era cacorro porque le acariciaba la cara; cuando el joven quedó solo lo rodeamos ofreciéndole artesanías. Mi intención no era robarlo, pero Fabio no pensaba igual, lo agarró por el cuello mientras Malíño esculcaba sus bolsillos. Le quitamos treinta mil pesos, con ese dinero desayunamos y abordamos un bus rumbo al Parque Simón Bolívar.

Como no conocíamos la ciudad, le dijimos al chofer que nos avisara cuando estuviéramos cerca. Después de un largo rato, le preguntamos:

—Jefe, ¿ya casi llegamos al parque?

—Por ahí pasamos hace más de 15 minutos —contestó.

Nos bajamos no sin antes gritarle una sarta de insultos, caminamos de regreso hasta que por fin llegamos a la entrada. Había policía por todas partes. La requisa intensa, así que guardamos la marihuana en las plantillas de los zapatos. Dentro del parque todo era energía, el sonido estridente de las guitarras, las voces regadas, grupos de chicas, pintas raras, nenas con la cabeza rapada, crestas de 15 centímetros, los jeans rotos y botas con platina en la punta; algunas dejaban ver sus senos. Nos sentimos como verdaderos hippies en *Woostok*. No nos importó la lluvia ni el inflexible frío, sólo queríamos pasarlo bien.

De repente subieron al escenario las nenas de Fértil Miseria, excelente banda de punk rock de la ciudad de Medellín. Confundidos entre casi doscientas mil personas, nos unimos a la danza de los perdidos, extasiados con la música, grupo tras grupo nos gozamos todo el concierto.

Eran las 10:30 de la noche y, poco a poco el parque se fue quedando solo. Mucha gente tendió sus carpas en los alrededores del parque, nosotros no teníamos más que la ropa que llevábamos puesta, así que vendimos algunos collares y con el dinero compramos alcohol y gaseosa. Con eso amortiguamos un poco el intenso frío de la noche. Al siguiente día nos sentíamos agotados, con hambre y con frío.

Decidimos dividirnos, para ver si nos iba mejor con las ventas, y quedamos de encontrarnos en cierto lugar. Fabio y yo nos adentramos en un barrio, y como no logramos vender nada decidimos robar en las tiendas. Mientras Fabio entretenía al tendero, yo aprovechaba para echar al bolso manzanas, galletas o cualquier cosa. A veces yo entretenía y Fabio robaba. De vuelta al lugar de reunión repartimos lo conseguido. Pacho y Luna sólo consiguieron tres mil pesos, los gastaron en tinto y buñuelos. Malíño y Peluka robaron a un gay. Malíño nos contó:

—Estábamos parados en una esquina cuando se nos acercó un marica a hablarnos. Le dijimos que teníamos mucha hambre y nos dijo: «¡Ay, qué *pecao!* Esperen a ver si llega un cliente y los invito a desayunar».

Y sí, al ratico llegó un taxi y le pitó, el marica se subió y como a los diez minutos volvió y nos invitó a tomar caldo de pescado. Seguimos charlando y yo le pelé el bisturí y Peluka le quitó trece mil pesos.

—Que risueña, parece, ese marica como gritaba y era hasta bonito, tenía tetas y todo—dijo Peluka cagado de la risa.

—Bueno, ¿y qué hicieron la plata? —pregunté.

—No, pues ya habíamos desayunado. Con eso compramos una bolsa de perico y el resto en alcohol, vean —dijo Peluka mostrando la botella de etílico.

Luna dijo:

—Voy a probar suerte. Ahora vuelvo, nos encontramos aquí mismo.

A Pacho no le gustó mucho. Nuevamente entramos al parque. Habían tocado algunas bandas, cuando descubrí a Valentina alegando con un tipo que según ella le tocó las nalgas. Me acerqué y le pregunté:

—¿Qué pasa, mami?

—Este *hijueputa* dizque tocándome el culo.

—Quién la manda a estar tan buena, *mamasota* —dijo el fulano.

Dándomelas de valiente le grité:

—Déjela sana, *pirobo*, que ella no está sola.

Él sin decir nada me acertó un golpe en el ojo izquierdo. Mi reacción fue pegarle un cabezazo en el tabique. Mis amigos que vieron la escena se acercaron y entre todos le dimos una fuerte golpiza. Luego nos retiramos del lugar seguidos de Valentina y Lina.

Subió a la tarima Darkness, banda de *epid* metal de Medellín. Sedientos de adrenalina, buscamos el lugar donde el baile fuera más violento. Vimos una muchedumbre corriendo y saltando de un lugar a otro.

—Ese es el *pogo* más chimba —dijimos varios en coro.

Lina y Valentina se hicieron a un lado mientras nosotros nos unimos al baile. En medio de la multitud, entre golpes y empujones, nos dimos cuenta de que aquello no era un simple baile. En realidad estábamos en una batalla campal. Maliño recibió una puñalada en la espalda, vi un joven con el rostro ensangrentado, otro con el abdomen abierto y mucha gente con cuchillos y navajas. Fabio resbaló y cayó al suelo, se esforzaba por levantarse, pero la gente lo pisoteaba. Como pude llegué al lugar y entre Peluka y yo lo ayudamos a incorporarse. A empujones logramos salir de aquella riña. Buscamos a Lina y a Valentina sin poder encontrarlas. Nos sentamos en el prado y allí esperamos a que terminara el concierto. Luego salimos y echamos a caminar sin rumbo fijo, desanimados, pensando en la pésima noche que se avecinaba.

Escuché que gritaban mi nombre a mis espaldas, di media vuelta y allí estaba ella.

—Hola Valen, qué rico volver a verte.

Nos miró y dijo que estábamos muy aporreados. Luego preguntó si teníamos hambre.

—La verdad, casi no hemos comido nada.

—Nosotras tenemos plata, busquemos donde comer algo.

Ya con el estómago lleno armamos dos *baretos*. Ellas compraron 3 botellas de vino. Tenían a donde ir, pero decidieron pasar la noche con nosotros. Recordamos lo sucedido en el parque y reímos a carcajadas.

—*Ténés* el ojo morado —me dijo Lina.

—Pero la pela que le dimos a ese *pirobo* fue áspera.

—No, y esa caída de Fabio, casi que no lo paramos.

—Ahí el que llevó del arrume fue Maliño —dijo Fabio.

—Nada, más hondas me las han pegado.

—¡Uy! A nosotras si nos dio mucho miedo, quién iba a pensar que el *pogo* más chimba era un tropel.

Entre charla, humo y licor fue transcurriendo la noche, filosofamos hasta altas horas. Abrazado a Valentina me sorprendió el amanecer.

—Muchachos, nosotras nos vamos, mi prima debe estar muy preocupada —dijo Lina.

Valentina me dio su dirección en Cali, acarició mi ojo hinchado y nos dimos un largo beso. Puso diez mil pesos en mis manos y se despidió de todos. Eran las diez de la mañana cuando llegamos al parque: pensábamos si entrar o no al último concierto. De pronto apareció Luna con la cara maquillada y un escote que casi mostraba sus pezones, traía una botella de ron en la mano.

—Hola, muchachos, ¿cómo la han pasado?

—¡Ábrase de aquí, perra! —fue la respuesta de Pacho.

—Cómo que ábrase, ¿no ve que trae plata y chorro? —dijo Peluka.

Hablamos un rato. Luna entró al parque y quedamos de vernos en el mismo lugar. Decidimos regresar a Pereira, así que dejamos a Luna y nos fuimos rumbo a Soacha. Nos paramos bajo el alero de una casa cerca de una estación de gasolina, allí había varios camiones parqueados. La tarde era gris, caía una leve brisa, el frío nos calaba los huesos y estaba a punto de precipitarse un fuerte aguacero.

Sentada en un rincón tiritando de frío se hallaba una chica, su cabello lacio caía sobre sus hombros. Era de piel clara, mejillas rosadas y cuerpo voluptuoso. Nos miró y sus labios quemados por el frío dibujaron una triste sonrisa. La interrogamos, nos dijo que había escapado de un internado. Malíño se mostró interesado en ella. Mientras los dos hablaban, nosotros le poníamos la mano a cuanto carro pasaba. Esa noche dormimos tirados en el andén. Peluka permaneció toda la noche en pie, alerta por si paraba algún camión. En medio de Malíño y yo se acostó aquella chica, nosotros llevábamos 3 días sin bañarnos, pero ella olía peor que los cinco juntos, de su cabello emanaba un fuerte olor a cebo y su aliento era nauseabundo. Cosa que no le importó a Malíño, que durmió colocándole una pierna encima. Yo le cedí mi lugar a Pacho, preferí el frío de la orilla.

Antes del amanecer sentí que mi cabeza iba a estallar, un agudo dolor taladraba mis oídos. Me levanté y con Peluka me dirigí a hablar con varios choferes que calentaban el motor de sus camiones. El chofer de una volqueta nos dijo:

—Los puedo llevar hasta la entrada a Girardot.

Rápidamente despertamos a los muchachos. Nos subimos en la parte posterior del vehículo, nuestra nueva amiga subió con nosotros.

A medida que nos alejábamos de Bogotá, los rayos del sol de la mañana fueron mermando mi dolor de oído. Cerca de Girardot, la volqueta tomó otro rumbo, nos bajamos, dimos las gracias y comenzamos una larga caminata

A orillas de la carretera había palos de mango y aunque comimos hasta quedar hastiados no mitigamos el hambre. Ahora no era el frío sino el calor lo que nos azotaba, miramos hacia el horizonte y sólo se veía el calor que salía del caliente asfalto. Después de horas de camino llegamos a un puente. Debajo pasaba un río de aguas turbulentas. Sin dudar ni un segundo bajamos a darnos un baño. La chica rola ni siquiera se lavó la cara.

Después de refrescarnos nos tendimos en el pasto. Maliño y Pacho quisieron abusar de la pobre rola: Pacho la manoseaba y Maliño la besaba. Peluka, Fabio y yo, impedimos que ocurriera algo grave.

—Uy, no chuparle trompa a esa vieja con ese aliento que se manda, qué *pirobos* tan cochinos —comentó Peluka.

Salimos de nuevo a la carretera. Fabio, Pacho y Maliño le pasaron los morrales a la rola, para que los cargara. Caminamos hasta llegar a un parador, allí pedimos comida. Lo único que nos dieron fue sancocho vinagre. Era tanta el hambre que botamos el caldo y nos comimos las papas, la yuca y los plátanos.

El chofer de un furgón nos dijo que sólo podía llevar a dos de nosotros. Echamos suertes y Fabio y yo ganamos. Entonces nos despedimos y nos *enrutamos* hacia Ibagué.

Llegamos a la ciudad y sin perder tiempo empezamos a vender artesanías, esta vez con éxito. Esa noche dormimos en un lote vacío; al día siguiente compramos dos pasajes a Pereira y al mediodía llegamos a casa. Pacho, Peluka y Maliño llegaron dos días después. Le pregunté a Maliño que había pasado con la rola y me dijo que la dejaron lavando platos en Girardot.

Desde entonces tengo bien claro que quien sale en busca de aventuras, a menudo las encuentra. Fabio y Pacho cayeron en el *bazuko*. Tres años después a Pacho lo mataron cuando intentaba robar en una licorería. A Fabio lo llevé a Marinilla, Antioquia, a trabajar como mi ayudante en una construcción, pero terminó reciclando en Río Negro.

Maliño aún es artesano. Lo último que supe de él es que cruzó la frontera y llegó al Perú. A Luna jamás la volvimos a ver. Peluka, como dije antes, ejerce de profesor en un colegio privado.

A Valentina y Lina nunca las visité. Paola Díaz, hoy en día es mi mejor amiga, y nos comunicamos por medio de cartas, ya que dos meses después de mi captura viajó a Chile.

VIDA DE PLAZA

Jorge E. Narváez



Con caras somnolientas, a medio lavar, con pasos como de sombras por las pocas horas que han podido dormir, así son algunas de las personas que hacen su arribo a la plaza de mercado.

—¿Qué hora es? —preguntó un fulano desperezándose.

—La una y media —contesta otro tirado de bruces sobre unos buítos.

En la madrugada todos los dueños de locales corren para comprar la verdura, frutas y hortalizas que llegan de distintas regiones. A esa hora hay que aprovechar antes de que lleguen los acaparadores, que regatean y luego venden bien caro.

Don Ricardo, un hombre entrado en años, de piel curtida y espeso bigote, a quien nunca le falta el poncho, el carriel y en su mano un gran tabaco, es dueño de un depósito de frutas y verduras. Su clientela son los dueños de *revuelterías* aledañas y algunos parroquianos que vienen de partes cercanas.

—Buenos días, don Ricardo.

—Buenos días, doña Emilia, ¿cómo va todo?

—Pues ahí... Eso está duro por todo lao, pero hay que *hacele*.

—¡Claro, hay que *hacele*! ¿Qué va a llevar hoy?

—Lo mismo de siempre. Aquí le pago lo de hace ocho días y le adelanto la mitad de lo de hoy.

—¡Ah, qué bueno!

—Quería pedirle el favor de que me guarde esta platica que es para pagar más tarde al banco, no sea que me embarguen la casita y... ¡ahí sí!

—Con gusto, doña Emilia. Y ya le separo lo suyo y se lo despacho. Después de contar el dinero, lo envolvió en un pañuelo y, luego, los guardó en el cajón de una rústica registradora.

—Dos millones pa'l banco —dijo, y los colocó al lado del suyo.

Se sentó en un taburete a esperar a que llegase su trabajador de confianza para poder salir a mirar los carros que ya empezaban a cuadrarse para ofrecer sus productos. Estaba dando una gran bocanada a su puro cuando llegaron dos hombres quienes haciendo una inspección con su mirada, vieron que el viejo estaba solo; se acercaron con rapidez y sin mediar palabras sacaron sendos *mataganaos* para intimidarlo; uno en el cuello y otro en su prominente vientre. Quedó estupefacto, intentó gritar pero el cuchillo en su cuello le decía que no. En estado de total impotencia sólo pudo ver que uno de los hampones vaciaba el contenido de la caja y tras advertirle que debería quedarse quieto salieron como almas que lleva el diablo.

El que llevaba el botín tropezó con unas cajas y cayó de bruces soltando lo que llevaba en las manos. El sonido de un pito lo hizo reaccionar rápido, recogió los billetes y de un salto ganaron la calle para desaparecer del lugar como fantasmas. Don Ricardo salió hasta la puerta pero ya no vio a nadie.

Con voz entrecortada llamó al vigilante que pitaba cerca y le contó la historia. Este le respondió que no había visto a nadie por ahí.

—Con esta inseguridad tan verraca no se puede estar seguro en ninguna parte —fue lo que atinó a decir.

«La policía llega cuando ya pa'qué», pensó don Ricardo.

Tampoco pudo contar con el apoyo de su empleado tradicional, pues no llegó a trabajar. La mayor preocupación de don Ricardo era la plata de doña Emilia. ¿Qué le iba a decir cuando llegara? Entró en un estado de nervios, desesperación y angustia sin encontrarle solución al asunto. Quedó sumido en sus pensamientos como en trance, sin noción del tiempo, de tal manera que su día transcurría sin que

se percatara de las horas que pasaban. Una mano le palmoteó suavemente la espalda haciéndole volver a la realidad y, ¡oh, sorpresa!, era doña Emilia que al mirarlo le dijo:

—¿Fue que vio un fantasma o qué? ¿Por qué está tan asustado?

Él no sabía qué decir, ¿cómo le iba a contar del infortunio? Pero paísa es paísa y rápidamente recobró el aliento:

—Al mal paso darle afán.

Y comenzó a relatarle lo que había pasado; una palidez cadavérica apareció en el rostro de doña Emilia quien se sentó en el acto, pues presintió que sus rodillas le fallaban.

Cuando se repuso un poco del impacto, dijo:

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—No lo sé, pero algo habrá que hacer —respondió don Ricardo muy acongojado.

Poco a poco se fueron calmando, dándose ánimo el uno al otro. Doña Emilia se puso de pie, comenzó a organizar cajas y demás cosas que habían regadas a causa de la estampida de los hampones. De pronto, algo blanco le llamó poderosamente la atención: lo levantó y vio que erra un pañuelo con un envoltorio. Lo desenvolvió y para su gran sorpresa, encontró allí el dinero que don Ricardo le había guardado. Con una inmensa sonrisa le mostró su descubrimiento. Él no podía creer lo que pasaba, su bigote se expandió al soltar una fuerte carcajada.

—¡Bendito sea Dios! —Exclamó en muestra de gratitud dando un prolongado suspiro de alivio—. Por lo menos su platica está a salvo... Vaya llévela, no sea que vuelvan esos malditos y nos dejen sin nada. Lo mío ya lo recuperaré trabajando.

—Así será —dijo doña Emilia—. Dios no desampara a nadie, ya mismo me voy. Hasta luego.

—¡Que le vaya muy bien!

LA HORMIGA Y EL ZANCUDO

Juvenal Ruiz Ríos



Una vez me desplazé del Huila para el departamento del Meta. Llegué a un pueblo llamado Mesetas, con mi esposa y los niños aún muy pequeños. En esa época andaba muy mal económicamente. Se me enfermó la familia y no conseguía trabajo ni en las fincas; me vi tan mal que un buen día me fui para el parque del pueblo. Había un viejito sentado en una banca, me quedé mirando hacia los lados y luego me resolví a acercármele. En ese momento sacó un cigarrillo y como yo fumaba en esos tiempos le pedí uno. Empezamos a conversar.

—Usted tiene muy buenos colores. ¿De dónde viene?

Le conté mi situación y me respondió:

—Por aquí estamos en muy mal tiempo para trabajar el campo.

¿A usted le gusta trabajar?

Respondí que sí, y señalándome el cerro de La Macarena, me dijo:

—Esas son las tierras buenas para un hombre trabajador.

Me quedé pensando. Recordé que mi mujer tenía una máquina de coser Singer. «Ahí está la plata», pensé, y le pregunté al viejo que quién me guiaba hasta La Macarena. El viejo me ayudó a vender la máquina a un sastre amigo de su cuñado. Le dejé la plata a mi familia y me metí sólo a la serranía. Llegué a la dirección que el viejo me

dio y me puse a trabajar con él. A los 15 días le pregunté por los baldíos y me dijo que estaban muy lejos.

—Si quiere trabajar, yo le vendo un lote de montaña. Yo tengo por ahí doscientas hectáreas.

—Yo no tengo plata —respondí.

—Esta semana lo llevo para que se meta.

Me llevó como a dos horas de allí. Me dejó con un fundador para que me guiara y me quedé dos días haciendo trochas como linderos. Entonces, me devolví muy feliz a Mesetas porque ya tenía en donde cultivar.

—Ya tengo un tajo'e tierra en montaña —le dije a mi mujer.

Y arreglamos maletas y nos fuimos. Dejé mi mujer donde el mismo señor y me fui a hacer un rancho. Volví por mi familia y como él me debía unos días de trabajo, me pagó en víveres. Nos metimos en medio de la selva sin escopeta, con tan solo una peñilla y un hacha. Como yo sabía hacer trampas en madera, no dejé aguantar a mis hijos la falta de carne porque había mucha gallineta. De pronto un buen día llegó un desconocido y me dijo:

—¿Qué hace con esos niños tan pequeños por aquí?

Le conté mi historia y mi lucha por buscar sustento.

—¿Le gusta la cacería? —preguntó el forastero.

Le respondí que sí pero que no tenía escopeta.

—Yo tengo —dijo él.

Al día siguiente volvió y nos fuimos. En el camino me dijo que tenía un saludo visto.

—Vamos a ver si está llegando la danta —agregó.

Yo me pregunté: «¿Qué será un saludo?».

Llegamos a un nacimiento de agua y me incitó a que la probara. Me llevé tremenda sorpresa: era agua salada. Había rastros de danta, bajamos un poco por el nacimiento y había otro *llegadero*. Hicimos dos garitas y nos subimos en cada una de ellas. Cayó la noche, me había advertido que no hiciera ruidos, ni toser ni prender linterna; comencé a sentir muchos ruidos extraños, me estaba dando cuenta que me había montado en una vaca loca al llevar a mi familia por allá. Como a las diez de la noche me llamó y bajé hasta donde él. Me dijo:

—No trasnoche mucho, es muy dañino; no le haga nunca las 9 noches a un animal porque lo pueden asustar, eso dicen las leyendas.

Al otro día me alisté y bajé de nuevo al salado. Era tanta mi ilusión por conocer ese animal que no le perdí noche, a la octava noche me dijo mi mujer:

—No vaya más porque lo pueden asustar.

Yo había escuchado decir que había Patasola, Mohán, Llorona y La Coja, pero no pensé en esos cuentos o leyendas. Me fui, y como a las 9 de la noche comencé a escuchar algo extraño... Decían:

—¡Ay, ay, mi zanca!

Al buen rato otra vez:

—¡Ay, ay, mi zanca!

Me alisté con mi escopeta, pensé que era el que me llevó allá. Me di vuelta, puse la linterna contra la escopeta y se me cayó al suelo. Grité:

—¡No me asuste porque le soplo un tiro!

Me bajé como pude y prendí el encendedor y no me dio luz la linterna, la *golpié* un poco y prendió y enfoqué. No era la Patasola ni la Llorona ni el Mohán, era una hormiga que llevaba un zancudo de una zanca y gritaba para que lo soltara. Y ese era el tal espanto.

MI PRIMERA VEZ EN UN CORCEL

Jonny Andrés Echeverri Foronda



Jamás había montado en un caballo, pero soñaba con jinetear alguno de los tantos que había visto en varios lugares. Sin embargo, montarme en un caballo era un lujo que no podía darme pues carecía de una moneda para alquilarlo. Bastaba sólo una para realizar mi sueño pero yo no la tenía, hasta que luego de unos meses el deseo se me hizo realidad.

Caminaba con mi padre por la callejuela cuando a pocas cuadras de la pequeña plaza del pueblo, estaba allí el alquilador de caballos. Había una multitud aglomerada observando cómo los pequeños montaban mientras duraba el alquiler. Al mirar éste espectáculo mis ojos se iluminaron y mi corazón retumbó de alegría. Quería de un solo salto estar en medio de la multitud, en aquel tierrero que era la plaza de mi pueblo. Pronto, abriéndonos campo entre los pueblerinos y *veredeños* del municipio, llegamos hasta donde se hallaba el alquilador de caballos. Era un día de mercado y mi pueblito estaba lleno de gente que venía a hacer sus compras y vender sus productos.

Yo estaba fascinado con el espectáculo, pues además había payasos y acróbatas que llegaron con el circo. Pasado un rato, mi padre me tomó de la mano anunciando que debíamos irnos; elevé mi mirada

triste, aguada, hasta sus ojos y quizás supo leer en ella la conmoción que había dentro de mí por no poder montarme en uno de aquellos caballos, ya que él en muchas ocasiones pudo verme corriendo por el patio de la finca jineteando la escoba de ramas con que se barría el piso de tierra de la casa. Bueno, el caso es que mi padre vio en mi rostro tanta frustración, que llamó al alquilador de caballos y alquiló uno para mí.

Yo estaba feliz, por fin mi sueño se hizo realidad, el alquilador me guió hasta otra recua y me ayudó a subirme; para mí esto era lo máximo, como pude me aferré del pescuezo del animal y con mis pequeñas y huesudas piernas apreté la panza del equino. De pronto el caballo comenzó a galopar dando giros y giros; parecía volar en su galope. Estaba desbocado y mientras más pasaba el tiempo, más parecía emocionarme. Como de la nada, la cabeza empezó a darme vueltas; empecé a sentir una extraña sudoración en todo el cuerpo y al mirar hacia atrás cerca de las ancas del caballo, venía un rinoceronte casi tocando la cola de mi corcel con su filoso cuerno. Tras el rinoceronte también venían otros animales, lo cual me hizo aferrar más fuerte del cuello de mi jaca que no se detenía. Mientras los segundos pasaban, más mareado me sentía, el estómago se me hacía nudo, mis labios y mi lengua se resecaron.

Nuevamente y con gran esfuerzo giré mi cabeza hacia atrás y a un escaso metro de distancia de mi caballo venía el rinoceronte y tras él un hipopótamo, una cebra y un elefante. Esto era una estampida a pequeña escala. Ahora, aparte de lo mal que me sentía, tenía que arreglármelas para no ser aplastado por aquellas bestias.

El susto me consumía y comencé a sentir un fuerte zumbido en mis oídos, las manos me sudaban a borbollones y la vista comenzó a fallarme. Todo mi panorama se oscureció de repente, las fuerzas se me fueron desvaneciendo poco a poco hasta no soportar más y, ¡cataplúm!, caí rodando por el suelo. Me estrellé contra las piedras y me empolvé en la escarpada geografía del terreno. Estaba tan mal que no puede evitar que todos aquellos animales me pasaran por encima una y otra vez, incluyendo el caballo que yo mismo jineteaba, del cual aún pendía uno de mis zapatos; y aunque parezca mentira, estos animales pasaron sobre mí unas veinte veces.

Todas las personas se aglomeraron para ver cómo había quedado luego de este horrible accidente, todos tenían sus ojos fijos en mí,

algunos abanicaban mi rostro con sus gorras y sus sombreros. Otros me hicieron paños de agua fría en la frente, remojaban mis resecos y empolvados labios porque hasta tierra tragué en la caída. Luego de un rato comencé a incorporarme, me puse en pie llorando y confundido porque, pese a que todos estos animales me pasaron por encima, no tuve más que unos leves golpes y rasguños. Esta fue una experiencia tan traumática que desde entonces y hasta el día de hoy, jamás, ni aunque fuera gratis, me he vuelto a subir a un carrusel de ningún circo.

BUCARAMANGA



Álvaro José Claro
Director del taller

Establecimiento Penitenciario de Bucaramanga (La modelo)

MI CONFESIÓN

Álvaro Corzo



Hoy, viernes 14 de junio de 2013, ha transcurrido la audiencia condenatoria después de un año y veinte días de estar aquí, prisionero en medio de los fríos muros de la cárcel. Aun hoy no alcanzo a comprender la frialdad del juez que me condenó a 34 años, 2 meses y 7 días de prisión, quedando en 18 años y 9 meses por haberme acogido anticipadamente a los cargos que me imputaron. Todo por no tener el dinero suficiente para contratar una verdadera defensa. Fui condenado como si fuera el peor asesino, violador, extorsionista y terrorista.

Me encuentro destrozado, hundido en el dolor con mi familia. No quería que esta fecha llegara. Fue la noche más dura y larga de todas las noches de mi vida; con los ojos llenos de lágrimas y tristeza estuve entre las sombras de mi celda. Viví una noche oscura que no dejaba de extenderse como una mancha de carbón, y ahí sólo el cielo servía de pañuelo para secar las lágrimas. Contemplo la ingratitud humana, más negra que todas las noches, más oscura que las mismas tinieblas en la que vivo. Con gran amargura incliné mi cabeza y lloré... lloré mucho. Cuando volví a levantar mis ojos, ví en el cielo, en medio de un enjambre de estrellas, los rostros de mi madre, mi hermano Jorge y mi hija Luz Adriana, con sus ojos tan grandes, tan

tristes que parecían llorar eternamente porque sentían mi corazón herido. Frío y enfermo está mi corazón por las penas que llevo en el alma. Soy un hombre atormentado de la vida porque todo se convirtió en desolación y tristeza, como cuando las campanas de la iglesia tocan al muerto.

Pienso que desde mi cuna hasta el sepulcro me acompañará este dolor profundo. No quiero con estas líneas despertar ninguna lástima: todo lo contrario. Quiero con este grito desahogar este dolor tan lleno, tan insondable como el mar, tan misterioso como el alma humana. Mi vida, hoy, es un conjunto de alegrías y nostalgias, una canción ya vieja que es también tema para escribir muchas páginas que dicen una misma palabra: dolor. Sin saberlo, nací. Yo soy Álvaro Corzo, un soñador, un perdedor, un alma rara. Yo me conozco bien, soy un iluso. Hoy le tengo miedo a los humanos, pero igual seguiré formando parte de ellos.

Mis palabras son tomadas de la vida, y con el burdo pincel de mi tristeza pinto el lienzo gris de mi desgracia. A los que nunca hayan sufrido no pongan atención a mis palabras, yo lloro con los que lloran y amparo al que desmaya. No siempre la riqueza es alegría, ni siempre la pobreza es agonía. El dolor y la dicha son hermanos que aquí todos conocemos.

Para terminar con este escrito, quiero decirles que como humano que soy seguirá mi llanto, el llanto de un hombre cuya sonrisa se volvió nostalgia y su pelo se volvió cano. Con mis fuerzas menguadas abrigo la poca esperanza que me queda de volver a ver los verdes campos de mi tierra. Así, al fin, Dios me llame para que mi familia y amigos me acompañen a mi última morada.

UNA VAGA ILUSIÓN

Guillermo Cardona Rodríguez



Cuando miro mi vida
y pienso
que esto que me sucede
no existe,
y que estar preso
es sólo un sueño
y despierto
todos los días.
Igual
nos despiertan, nos cuentan,
desayuno, estudio.
Y en la tarde otra vez nos cuentan
comida
y dormir.
Entonces,
pienso que esto es ilusión
y recapacito, y busco
y me pregunto
qué es la realidad.

Y si es que algún día
todo esto pasará,
si saldré
y una vez afuera
otra vida llegará a mi mente,
otras gentes
otra vida.
En resumen,
todo no es más que un sueño.

CUANDO DIOS NOS VISITA

Guillermo Cardona Rodríguez



1

Hoy es un martes cualquiera
día de encomiendas para muchos.
A mí nunca me envían nada
porque no soy de aquí.
Es un mes muy bonito
porque cumplo años el 25.
Esta fecha pocos la saben
pero si yo fuera un gánster
todo el planeta seguro lo sabría.
Pero sólo lo sabe mi familia
y, por supuesto Dios, que nos creó a nosotros.
Soy como el hijo de un pobre
que se contenta con un juguete viejo.

2

Estamos en el pabellón
que consta de tres pisos.
Yo estoy en el tercer piso

esperando que me dejen bajar
 porque en el patio hay más libertad.
 Puede uno moverse
 comprar cosas, jugar billar, fútbol,
 estudiar.
 Cuando madrugamos
 nos dan la comida muy rápido,
 comida normal y comida de hipertenso.
 Yo soy hipertenso
 y por eso es que debo hacer ejercicio todos los días
 es como la lluvia para las plantas
 o como el cura para el pecador.
 Después del desayuno nos cuentan
 pero en plena contada
 sucede lo maravilloso
 y nosotros quedamos como ese niño
 que va por primera vez a Disneylandia
 o como ese curita de pueblo
 que lo llevan por primera vez a Italia.
 Lo maravilloso son las palomas,
 aves que teniendo tanto cielo para volar
 tanto terreno por descubrir
 se meten en estos patios.
 Son escuadras de 30 o 40 palomas.
 En este patio sólo dos personas son las que la alimentan:
 uno es un profesor y el otro es un viejito.
 Al profesor le decimos así, pero no es profesor.
 El viejito, en cambio, sí es viejo y religioso y sabio
 pero nadie le pone atención por eso de ser viejo.
 Son sólo ellos los que alimentan a las palomas.
 Cuando los guardías vienen a contarnos
 el profesor y el viejito tiran pedazos de pan al piso
 y las palomas bajan a comer.
 Es algo mágico
 porque teniendo tanto a dónde ir
 vienen y nos deleitan con sus alas
 cada una buscando su pedacito de pan.

Y nosotros
los de la esquina
vemos cómo las aves libres
vienen a visitarnos
como si fuera el mismo Dios quien les diera la orden de venir.
A ellas no les importa que seamos ladrones o asesinos
sólo les importa nuestro espectáculo privado.
Es algo maravilloso, inédito,
algo creado por Dios
porque para un preso, aves y animales
sólo se ven por televisión.
Somos pocos los que observamos este regalo.
Cuando se marchan,
sólo queda la nostalgia.

SUEÑOS

Luis Miguel Ramírez Tarazona



Son las 3 de la mañana y como de costumbre no puedo dormir. Cuando lo hago, sueño con el día en que salgo a la libertad, fuera de estos muros enormes como para tener cautivos a gigantes. Me asomo por la ventana y veo el amanecer; debo ir a la ducha y sólo puedo pensar en lo fuerte que debo ser para cruzar este largo pasillo de fieras, lagos, ogros y cualquier otra criatura rara de las que suelen aparecer en el camino. Me armo como un valiente y paso por los valles de la oscuridad que son estas mazmorras. Una vez logrado todo esto, cierro los ojos bajo la ducha, y espero que un rayo de luz me atraviese de la misma manera que lo hace una bella canción.

EL PANTALÓN

John Fabio Rueda Araque



Sentado en la nariz de la piragua, está el hombre arremangándose los pantalones remendados que lo han acompañado por más de diez años. Se dispone a pescar, oficio que ha realizado a diario desde muy joven en compañía de su padre. No le importa que los pantalones sean un solo remiendo porque precisamente son la única herencia que le dejó su padre, lo único de valor que poseía al morir. Mientras la piragua cruza el río, el hombre acaricia su pantalón para traer a su lado a su padre muerto.

TULUÁ



Walter Mondragón
Director del Taller

Establecimiento Penitenciario de Tuluá
- varones y mujeres

TODO POR UNA TRAGA

Aldenievier de Jesús Cano



Una vez fuimos a una fiesta con unos amigos. Allí estaba una muchacha que me gustaba, pero tenía también a un amigo al que le gustaba la misma muchacha, y le estaba cayendo. Entonces, muy celoso, por lo único que me dio fue por recibirle aguardiente al amigo hasta que me emborraché y no podía ni pararme. Cuando se acabó la fiesta me fui a montar en mi moto pero no era capaz, me caía con moto y todo. Otro amigo me dijo: «préstame las llaves para llevarte». Y yo, muy terco, le decía que no, hasta que me quitó las llaves, la prendió y me ayudaron a subirme de parrillero. Cuando salimos yo iba trasbocando entre dormido, y no sabía ni dónde estaba.

Así es que cuando íbamos por el camino me caí de la moto en la mitad de la carretera y no me pasó nada. El amigo no se dio cuenta y cuando paró en mi casa dízque dijo: «bájese que ya llegamos». Y fue cuando vio que no estaba. Muy asustado se devolvió a buscarme y me encontró en la calle dormido. Me subió y me llevó, esta vez de verdad, a la casa.

Al otro día, comentamos lo sucedido entre todos los amigos y eso causó gracia. ¡No lo podían creer!

EN LA CASA HECHIZADA DE MI SUEGRA

Olga Lorena Toro Salazar



En ese entonces la casa de mi suegra era grande: tenía 16 cuartos y era de 3 plantas. En el segundo, se oía que taconeaban unas mujeres cuando caminaban. Allí había unos cuadros de mujeres grandes que portaban sombreros antiguos, muy bonitas; entonces los del tercer piso bajaban al segundo a ver si era que había llegado alguien y no veían a nadie. Pero lo raro de esa casa era que en el tercer piso, estando habitado, había murciélagos en el zarzo, y nadie se explicaba eso.

La señora de la casa, mi suegra, tenía los ojos más hermosos que yo haya visto en la vida. Eran azules pero no cualquier azul, destellaban una luz especial, tanto que no se podía sostener la mirada ante ella. Pero lo bueno de sus ojos lo dañaba su carácter, pues se mantenía alegando y tratando mal a los hijos. Un día, cuando tuve a mi hija, yo me levanté a algo y vi que la señora, sentada en una silla, parecía dormir. Cuando menos pensé me habló. Mi cuerpo se me erizó y me miró: sus ojos brillaban tanto que eso no era normal... Llegué a pensar muchas cosas. La verdad, me asusté demasiado.

Al día siguiente le pregunté que si anoche no podía dormir:

—No. Yo no me levanté en toda la noche —me contestó.

Mi mente se preguntaba qué era lo que había pasado. No me aguanté y le comenté lo que me había sucedido al padre de mi hija. Él me contó que lo que pasaba era que en esa casa ocurrían muchas cosas raras, que me tranquilizara que eso no era nada para todo lo que ahí sucedía.

En esa misma semana salí de aquella mansión. La verdad, me provocaba mucho miedo.

Y nunca volví.

UNA PESADILLA EN BOGOTÁ

Beatriz Sánchez



Cuando estaba viviendo en una pieza, con tres amigas, me acosté en el medio de ellas. De pronto, vi un negro que se me acercó y no le presté cuidado. Eso quedó así. Pero al quedarme dormida tenía ganas de moverme y no podía, era que ese negro me tenía cogida haciéndome el amor.

Al día siguiente resulté con chupados y también arañazos. Era un negro alto, con sombrero verde y grande.

Aquí en la cárcel una noche estaba acostada en mi pieza y me tocaron los pies. Yo creo que era el mismo diablo.

EL SUSTO DE MI VIDA

Luis Fernando Cardona Ocampo



El 25 de abril de 1980 hizo un día muy frío. Estaba en una zona montañosa y me dio por salir de mi casa rumbo al pueblo. Tomé el caballo blanco *patinegro* que había en la finca. Mi esposa me empacó el fiambre porque de la finca al pueblo demoraba seis horas. Eran las cinco de la mañana cuando salí. Llevaba ya tres horas de camino aproximadamente, cuando me dio hambre y bajé del caballo para desayunar.

Estaba sentado en un barranco desayunando cuando de repente el caballo se asustó. Yo giré la mirada hacia el lado izquierdo y alcancé a ver que venían unos hombres, tal vez unos diez, todos ellos armados. Del susto dejé todo tirado, me monté en el caballo y salí en pura verraca. Ellos reaccionaron haciendo un tiro pero gracias al Señor no me alcanzaron. Me faltaban como tres horas para llegar al pueblo y del susto no me demoré sino una hora y media.

Cuando era la hora de volver a la casa estaba lleno de miedo al pensar que de pronto me encontraría con esos hombres armados en el camino de regreso. El cielo estaba nublado. Pero gracias a Dios no les volví a ver.

¡Qué alegría me dio ver a mi esposa y a mis dos hijos!

EL PUEBLO DE LOS DESEOS

Elkin Orlando Collazos Salas



Había un pueblo lejano que le decían el pueblo de los sustos y los deseos. Se le llamaba así porque en ese pueblo había sucedido una masacre lo cual llevó a que muchas personas murieran y sus almas quedaron en el limbo. Desde ahí empezaron a presentarse diferentes historias y cuando las oían los turistas, se asustaban.

En ese pueblo sólo quedó un niño. Ese niño era huérfano, pero tenía un don y era que el que pidiera un deseo, él se lo concedía.

Una vez un joven quiso que el pueblo fuera como antes y el niño le concedió ese deseo. Ya el pueblo era habitado por más gente, los espíritus malevos desaparecieron y nunca más sucedió algo malo.

Todo era tranquilidad. El niño que era huérfano encontró una familia y siguió con el don de seguir realizando los sueños de la gente.

LA OSCURA NOCHE DE TERROR

María del Pilar Moncada



Esta historia que les voy a narrar me ocurrió en Roldanillo, Valle del Cauca. Cuando era joven loqueaba mucho, andaba con un grupo de amigas de un negocio del lugar, llamado Los Barriles. Era una discoteca-bar, y en aquel lugar sucedían cosas muy extrañas.

A ese sitio llegó esa tarde viernes una muchacha mona, bajita, de ojos claros y rara. El sábado nos sentamos a tomar unos *guaritos*. Esa noche no pasó nada. Al otro día nos sentamos a hablar con la nena mencionada y nos contó de una hermanita que ya había fallecido. Nos dijo que se comunicaba con ella, se puso a fumar tabaco y las otras, que estábamos en el mismo cuarto, le dijimos que no hiciera esas cosas ahí. Como a la una de la madrugada nos acostamos a descansar y cuando ya mis amigas estaban dormidas —yo no podía hacerlo— vi una luz que alumbraba el cuarto como cuando una farola de un carro alumbraba en una ventana. Sentí un miedo horrible, me subió un escalofrío por el cuerpo. Yo me tapé la cabeza y cuando menos pensé, sentí a alguien sentarse en el borde de la cama y me sobaba la cara. Yo trataba de gritar o moverme, pero del pánico no era capaz. Empecé a rezar y cuando pude moverme algo, logré levantar a mi

compañera de al lado. Y lo más asombroso fue cuando ella encendió la luz: sentimos que alguien corría en unas sandalias.

No veíamos la hora de que amaneciera para irnos y jamás volver a ese lugar.

REAL PRESENTIMIENTO

Ana María Castrillón y Amparo Cadavid



Tenía catorce años y estaba durmiendo; eran como las doce y treinta de la madrugada. Yo dormía en el cuarto de una hermana. Cuando desperté sentí que alguien estaba parado al lado de mi cama. Traté de mirarlo para verle la cara y no se le veía, pero veía el cuerpo y cómo estaba vestido. En el momento pensé que era mi papá y cuando lo fui a tocar no sentí nada e inmediatamente me quedé paralizada. Solo alcancé a taparme la cara con la cobija y esperé a que amaneciera. Conté lo que me había sucedido y mi mamá me dijo que por qué no oraba. Yo así lo hice.

Pero al otro día mi papá se accidentó y mi abuela ahí mismo me dijo: «lo que le pasó a usted, *mijita*, era un aviso de lo que iba a suceder a su papá».

Mi papá iba detrás de un bus en una moto. El bus pisó una piedra que le pegó en un ojo, por lo cual mi papá perdió ese ojo.

BARRANQUILLA



Luz Helena Arroyo
Director del Taller

Cárcel Distrital El Bosque - Barranquilla

SE LANZÓ

Bladimir Estrada Lozano



Aquí estoy en el punto más alto, oteando las posibilidades que me quedan para tomar la mejor decisión, la cual no me queda clara hasta el momento.

Por un lado, se encuentran las innumerables deudas, productos de un juego enfermizo que heredé de mi padre, la lapidación de mis empresas, el odio de mi progenitor al apostar su legado y perderlo, el fracasado matrimonio, las falsas mujeres que me rodean, el temor infundido a mis retoños por el injustificado maltrato físico y verbal al estar ebrio, y el poco valor cobarde que aún me sostiene en este lugar.

Dicen «todo problema tiene solución, menos la muerte», que «no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista», pero es claro y contundente que «muerto el perro se acaba la sarna». Qué más da, si a nadie voy a faltar y aún no encuentro ninguna razón para no hacerlo.

La duda me invade, no creo tener el coraje que se necesita para tomar esta decisión tan radical pero, anoche, tuve la osadía de apostar la virginidad de mi propia hija sin pensarlo dos veces. Y lo peor fue que la perdí. Fui tan cobarde que ni siquiera intervine en esa atroz violación, mientras ella con sus ojos llenos de llanto me decía:

«papaíto, ayúdame, quítame a este hombre de encima». ¡Qué horror, quién soy, en qué me convertí! La verdad no sé.

Ahora estoy aquí parado en el teatro de mis desdichas, siendo el payaso mayor en este circo público lleno de espectadores que esperan el mejor desenlace. Qué más da, chao...

¡Se lanzó! Fue el grito uniforme de los espectadores al ver un hombre que se tiró del décimo cuarto piso de un edificio ubicado en el centro de esta ciudad.

PROFANACIÓN

Jorge Barreto



En estas tardes ardientes de sol caribeño
y a espaldas de mi destino
deseo reflexionar y hacer reflexionar al hombre
que las cosas bellas no se adquieren,
ni se cambian, ni se compran.

¿Pero cuáles son esas cosas?
Tu amor, tu paisaje, tu pueblo, tu familia
y todo aquello que te sonrío
y te hace sentir feliz.

Que tus pensamientos sean limpios, puros
cual manantial riega su agua
alimentando todo a su paso.

¡Ya verás! Tú serás quien decida,
yo, simplemente soy vocero;
respeto tus ideales, porque aunque a muchos
no les importa, tú eres quien las valora.

No hace falta ser escritor, poeta
literato o poliglota, para hablar del sentimiento
que todo el mundo conoce, y que muchos
no expresan por temor a no ser entendidos,

¿Sabes cuál es ese sentimiento?
El Amor, amor palabra tan fácil de decir
y tan difícil de entender,
porque nace de la nada,
crece en un corazón,
se alimenta de muchos seres,
y muere como una flor
si el hombre aprendiera a respetar
esta pequeña palabra y no fuera tan usual.
¡Ay de aquel que profane este bello arte de amar!

LA LLEGADA

César Vález



Cuando vienes, voy
cuando haya sufrido lo suficiente
cuando la última lágrima salga
sonreirá toda la naturaleza
porque él la ama a pesar que está
más allá de la oscuridad.
Sin embargo todos lo quieren
y lo vuelven a querer
puede verse en su interior donde nadie
puede verse
solo aquel que nos creó.

ESPERANZA

José Acuña Carmona



El calor me invade hasta el alma. El teléfono no deja de sonar. Las pulgas que hay en la habitación devoran el alimento que me trajeron. Mi esposa se marchó con el celador del edificio de enfrente.

Y de pronto llega uno de mis hijos. Trae en sus manos una rosa blanca que contrasta con el día gris y con la penumbra que hay en mí. En el jardín, el pájaro hace una alabanza a su dios y me insinúa una esperanza.

ABSTRACCIÓN

José Acuña Carmona



Andrés Felpe González estaba meditando y en medio de su silencio se decía:

Estoy inmerso en un mundo de ilusiones, ando buscando mil palomas blancas, para mandar un mensaje. He estado muchas veces en esta orilla, esperando divisar el horizonte, y siempre me pasa lo mismo: se queda mi mirada viendo el infinito, y no encuentro respuestas que satisfagan mis preguntas; tendré que regresarme a buscar la fe a otra parte, no la hallo en mi melancolía y aquí en donde me encuentro es peor, porque aquí, todos los días son grises, podemos tocar el tedio, sentir a veces el vaho de cualquier preso en nuestro cuerpo, por eso digo que aquí, en esta orilla, la cosa es peor.

Las cárceles tienen sus espacios muertos, como sucede en todos los espacios donde hay vida, como muerta está la conciencia de algunos presos, con sus ilusiones en lontananza. En esta frustración que embarga mis sentidos, intento hacer un poema, pretendiendo buscar en la fantasía escapar de esta realidad. Tengo el frenesí de los amores nuevos, aunque no es la primera vez que amo, así lo parece, con este nuevo amor, en todo lo que observo se refleja ella, percibo el mundo de una manera diferente, me duermo pensando en sus labios, hasta he

pensado que es la primera vez que le digo a alguien que la he amado. Locura o realidad, ambas cosas, porque estoy enamorado, su olor es algo especial, me tiene embrujado. A veces pienso que es verdad que existe la hechicería, porque su olor me persigue como si fuera un vaho, a todas partes va conmigo, me baño y siento que llevo su olor en mis axilas, vive conmigo, siento que me vigila, pero no importa, normalmente a uno no le gusta que lo vigilen, porque se siente manipulado pero este olor es como si fuera mis ojos, por eso no me importa tenerlo conmigo, porque este olor es ella. El olor es el alma de los seres, es mil flores de jazmín, y mil rosas su perfil, es el recuerdo infinito de la conciencia, es la existencia, el olor mezclado en el cuerpo de dos seres es el nacimiento de un nuevo aroma, es éxtasis y frenesí, es una nueva emoción, es memoria, es la nueva alma que solo se acaba con la muerte, es pasión, es la fuerza, es la vida, es la existencia. Todo eso es el olor, es carácter, personalidad, matriz, fragancia y realidad, es la magia del ser, es anhelo tangible que flota en el ambiente.

Hago unas oraciones queriendo hablar con Dios y la reflexión es que el término Dios significa amor. En este vacío tengo un encuentro a solas con mi conciencia, el cielo llora por mí y en esta noche sin luceros solo me quedan los recuerdos envueltos en la angustia de mis pensamientos. Hay personas que creen en varios dioses y uno de esos dioses es el que mora dentro de ellos, a veces le oramos al dios que no es el de uno. Mi concepción de Dios es diferente a como la piensan la mayoría de las personas, creo que todo lo que existe es lo que llamamos Dios, y si existe debe ser amor, no debe haber rencor en su corazón. Entonces, si nos inspiramos en nuestras creencias, en nuestros dioses, en nuestros corazones debe haber bondad, gratitud, humildad, eso es lo que pretendo tener en mi corazón. A partir de hoy y para siempre le doy una mirada a mi vida, buscando la esperanza y la fe, y a la vez me pregunto, qué es la esperanza, qué significa para mí, pero qué tiene que ver la esperanza con la fe, la esperanza es un estado del alma, es una actitud mental positiva, es tener la suficiente confianza en que todo lo que tú quieres lo vas a lograr. Por otro lado, pienso que hay dos tipos de fe, la personal y la religiosa. La primera es confiar en uno mismo o en alguien, la del raciocinio, la del análisis conceptual, esa no la he perdido nunca, ha menguado en mí, la que me hace sentir solo con mi nostalgia, es la que no encuentro en

las iglesias y pienso que es porque no es una fe emocional, dogmática, fanática. Sin embargo la seguiré buscando, analizo la Biblia, me detengo pocas veces en lo religioso, porque lo religioso a veces me perturba la razón. Alguien me dijo que leyera la Biblia para poder ser salvo, a lo que otro contestó: «hay quienes la leen y no la entienden». Para mí el fanatismo es la irracionalidad de la conciencia, es la carencia de la certeza, veo mi fe religiosa arrugarse de tal manera que parece una hoja seca rodando por el suelo, pero la hoja seca se vuelve abono que nutre el árbol del cual provino, pero en mí no sucede igual, mi mente no me retroalimenta, no encuentro mi inteligencia, perdiéndose mi fe.

Qué hago, qué camino tomo en esta soledad. A veces el frío es más pesado que las noches, y otras veces la soledad es tan pesada como varias noches de insomnio. Me pregunto: ¿será que soy dogmático? En este momento de incertidumbre me pasa igual que cuando pienso en el alma y qué es el espíritu, hoy todavía no sé cuál es la una o el otro. Además, ahora me acuerdo que también existe la conciencia. Qué hacer en esta encrucijada, que en cuanto más me cuestiono, menos me entiendo.

Y así lo sorprendió la luz del alba sumergido en su mundo de dudas, ahondando más su melancolía. Esta abstracción se dio debido a la conversación que sostuvo con un preso que en su momento fue pastor, y hoy se autocalifica de nihilista, y por tanto no cree en Dios.

LA VISITA DE LAS ÁNIMAS

Celedonio Blanquicett



Lo único que recuerdo con exactitud es que fue en el año 1982, y lo digo con seguridad porque en ese entonces llevaba la cartilla de ese mundial.

Era costumbre de mamá Zoila de reunirse tres veces a la semana con mamá Merce, una familiar de mi difunta abuela, y así poder adelantar chismes que había entre las dos familias.

Recuerdo a mi abuela acariciar las puntas de mis cabellos medio ondulados, a mamá Merce decirme que ya era todo un hombre. Yo para mis adentros pensaba: «¿cómo así, si hasta ahora tengo diez años?».

Desde que tengo uso de razón crecí viendo el altar de nuestros difuntos en un rincón del segundo cuarto de la casa de mi abuela, de igual manera en la casa de mamá Merce, adornados con flores blancas, una veladora de las grandes y un vaso de vidrio transparente, lleno de agua, para que bebieran las ánimas que nadan atormentadas por este mundo.

Un lunes, muy de mañana, mamá Merce armó un tremendo escándalo y salió gritando del segundo cuarto llamando a sus hijos y nietos. Y hasta a los vecinos llamó para que vinieran a ver lo que había ocurrido en el altar de sus muertos.

En cuestión de segundos la casa estaba llena de curiosos que querían saber qué le pasó a mamá Merce. Señalaba el altar y con voz entrecortada decía:

—Las ánimas anoche nos visitaron. Miren el altar del vaso, está vacío, como que estaban bien atormentadas porque no dejaron ni gota de agua.

Asombrados los hijos y los vecinos hablaban casi a los gritos. Agreguemos la bulla de los pelaos hasta que despertaron a Alcídito, el nieto mayor de mamá Merce, quien estaba durmiendo la tronco de pea que se clavó el domingo.

Se tiró de la cama pensando que algo había pasado.

—¿Qué pasó? —preguntó asustado.

Y la abuela le contestó:

—Ay, mi Alci, anoche nos visitaron las ánimas.

—¿Y por qué dices eso, mamá?

—El vaso de agua del altar lo dejaron vacío.

Y el nieto soltó una carcajada.

—Ay abuela, aquí no ha venido nadie.

Y explicó.

—Anoche después de que comí, me cepillé los dientes y cuando me iba a acostar me acordé que no tomé agua y me dio pereza devolverme hasta la cocina. Entonces vi la vela encendida en el segundo cuarto y me acordé que el vaso siempre tiene agua. Así que le pedí permiso a los difuntos y me tomé el agua.

Lo que recuerdo de esta historia es que solo dos quedamos regañados: Alcides por borracho y atrevido. Y yo por parar oreja y reírme de las conversaciones de los mayores.

EL HOMBRE DE LAS ALAS DE LETRAS

Celedonio Blanquicett



Esta historia está basada en un lugar muy apartado de la sociedad. Pero es muy real. Ya hace un poco más de dos años que lo distingo. Es una persona culta, respetuosa. Siempre está dispuesto a colaborar, a compartir sus conocimientos y vivencias con los demás, con muchas cualidades y virtudes, y con defectos como cada uno de nosotros. Sus días transcurren en medio de paredes frías y rejas desgastadas por el largo pasar de muchos años. Igual que los míos. Sobre sus hombros pesa una gran condena, sus escasas canas son testigo del tiempo que ha pasado, su cabeza está llena de historias maravillosas, con personajes muy pintorescos, muy reales, los cuales los de allá, detrás de esa gran muralla que nos rodea, desconocen porque siempre la gran sociedad nos margina. Siempre lo observo y lo comparo con un turpial, que a pesar de ese lindo canto, se ve triste detrás de las rejas. Aunque nunca le falte el agua y la comida, su vida es triste porque no puede abrir sus alas para volar y adornar el cielo azul. Y con sus bellos cantos cantarle a Dios. A pesar de su condena este hombre logró construir unas alas de letras para volar, ser libre y feliz. Porque para nuestra mente nunca habrá límites, ni tampoco existe lo imposible de crear. Porque en *Fugas de tinta* él pudo abrir sus alas de letras, y así pudo llegar a muchos.

ARAUCA



Nelson Pérez Medina
Director del Taller

Establecimiento Penitenciario de Arauca

INGENUIDAD

Rodis Alexis Alfonso Ávila



Cuando tenía 15 años vivía en la ciudad de Yopal, Casanare. Estudiaba, pero un día mi supuesto padre se comunicó con mi mamá y le dijo que quería verme, que me mandara a donde vivía él, en Venezuela. Mi mamá me preguntó si quería ir a visitarlo, por un tiempo. Yo le dije que sí. Entonces me mandó para Arauca. Cuando mi padre me recogió, me dijo:

—Hijo, lo voy a llevar conmigo para que conozca muchos lugares.

Me fui con él y llegamos a un pueblo muy lejos, en Venezuela, que se llama Elorza, en el Estado de Apure. Ahí tenía la casa mi padre.

Al día siguiente me llevó a conocer todo el pueblo. Fuimos con mi madrastra, que era una mujer muy chévere conmigo. Así que conocí el pueblito y me gustó mucho.

—Súbase al carro para que me acompañe a la sabana a llevar unas cosas a una gente, y de paso los conoce —me dijo mi papá cuando llevaba dos meses de vivir con él.

Anduvimos como seis horas de camino, hasta que llegamos a un campamento de la guerrilla del ELN. Enseguida bajamos unos víveres del carro. Mi papá me presentó con ellos, me dijo que eran buenas

personas. Yo me puse a hablar con un muchacho como de mi edad. Cuando ya casi anocheecía mi papá me dijo que nos fuéramos.

—Yo me quiero quedar unos días para ver cómo es esto —le dije. Él me dijo que estaba bien, que me quedara.

A los 3 días volvió mi padre y me llevó para el pueblo. Me despedí de mi amigo y quedamos de vernos en el pueblo para ir a las fiestas.

Pasaron como dos años y no volví a ver al muchacho. Mi padre tuvo que viajar para la ciudad de San Fernando de Apure, a trabajar. Yo me quedé con mi madrastra y mi hermano de cinco años. Al mes me encontré al muchacho en una discoteca, nos saludamos y hablamos. Me dijo que esa vez no había ido al pueblo porque no le habían dado permiso, pero que se iba a quedar dos semanas, que si lo dejaba quedar en la casa. Yo le dije que sí.

—Véngase conmigo para la guerrilla —me dijo un día antes de irse.

Yo le dije que no, que me daba miedo. Él insistió, me dijo que sólo sería por un mes, para probar. Entonces le dije a mi madrastra que me iba para una finca, a trabajar.

Cuando llegamos al campamento, los otros guerrilleros me recibieron bien. De una vez me dieron un uniforme. Me vestí, me puse unas botas y un chaleco. Colgué el chinchorro que me entregaron y me acosté. Esa noche cayó un aguacero que casi no me dejó dormir.

Al otro día me llevaron a una escuela, para entrenar. Allí estuve veinte días y luego me llevaron de nuevo al campamento. Anduve con el muchacho como dos meses más. Ya me quería devolver para el pueblo, así que hablé con el jefe del campamento.

—Usted no se puede ir todavía, tiene que tener más tiempo para tener derecho a permisos, me respondió el jefe apenas me escuchó hablar.

A los siete meses me mandaron para otro campamento, en la frontera con Colombia. Iba con mi compañero y 15 muchachos más. Apenas llegamos nos dieron armas, a mí me entregaron un fusil R15, un chaleco y dos proveedores.

Patrullábamos todos los días, hasta que una noche tuvimos combates y bombardeos con el ejército de Colombia y nos destruyeron todo el campamento. A todos nos tocó huir. En la carrera duré 3 días perdido en la sabana, hasta que llegué a una finca donde estaba una familia muy buena: me dieron comida, dormida y ropa por tres días,

hasta que llegaron mis compañeros. Me uní a ellos y nos fuimos hasta el primer campamento. Allí me estaba esperando mi padre.

—Ya hablé con el comandante, nos vamos para el pueblo —me dijo apenas me saludó.

A mí me dio una alegría inmensa. Estuve cinco días en la casa, es decir, sin salir para ningún lado, es que no podía de la alegría de estar lejos de la guerra.

A los días me volví a encontrar con mi amigo, me dijo que nos fuéramos para Colombia. La idea era entregar una pistola, no más. Yo me compré un mercadito para llevarle a mi mamá. Cuando compramos el mercado lo echamos en una caja de cartón, ahí metí la pistola. Yo me metí el proveedor en el bolsillo y nos fuimos en un carro de un amigo.

Cuando llegamos a Arauca eran como las 2 de la tarde. Fuimos a la terminal de transporte y me bajé del carro a esperar el bus. Entonces me di cuenta que la caja estaba rota por un costado. Arrimamos donde una señora que trabaja empacando encomiendas, ahí mismo en la terminal.

—Véndanos una caja nueva —le dije a la señora.

Ella se ofreció a ayudarnos a acomodar el mercado. Yo le dije que sí, y no le puse cuidado porque me estaba despidiendo de mi amigo. Él se devolvía para el pueblo. Cuando me fijé, la señora ya había arreglado la caja. Le pagué y nunca pensé que ella se había dado cuenta de la pistola camuflada. Me fui a comprar el tiquete para viajar. Cuando el ayudante del bus estaba metiendo la caja en el maletero, llegaron tres policías.

—¿Esa caja es suya? —me preguntó uno de los agentes.

—Sí, la caja es mía —contesté.

—La vamos a abrir —me dijo el segundo policía.

Cuando estaban sacando todo el mercado empecé a ponerme nervioso. Al descubrir la pistola de una vez me arrestaron, me leyeron mis derechos y me requisaron.

—¿Qué tiene en el bolsillo? —me preguntó el policía que hacía la requisa.

—Una galleta de *cocosete* —le respondí, casi bromeando.

El policía me sacó el proveedor.

Cuando me llevaban por el centro de la terminal vi a la señora que me había ayudado con la caja. Ella se rió.

En la estación de policía me metieron al calabozo. Esa noche lloré como nunca había llorado en mi vida. Al día siguiente me llevaron para donde un juez y me hicieron la legalización de captura. De ahí me encerraron en la cárcel.

Aquí estoy todavía, esta es mi historia.

LA CARTA QUE NUNCA ENVIÉ

Teresa Castro



Hola.

Perdóname por escribirte de esta forma, en realidad me tomó mucho tiempo hacerlo.

Eres mi madre y como tal te amo. Tú y mis hijos son mis más grandes amores, aunque no lo demuestre como debe ser.

Te cuento que estoy pasando por la prueba más grande que me ha puesto Dios. Si he decidido aceptarlo es porque él también me quitó el hombre que más quería: mi marido. Aunque tú sabes que he tenido muchas relaciones, pero ese hombre fue el que me enseñó a amar, respetar, fue quien me hizo poner los pies sobre la tierra. Pero esta guerra absurda y el ejército nacional me lo quitaron, y me dejaron sin fuerzas para seguir.

Mi hijo Jhonny ya no me necesita, él tiene su vida realizada. A ti y a mi hermano no hay nada que pueda darles, y mis dos pequeños Steven y Sebas, un día tendrán su recompensa. Así que no tengo nada que perder. Antes quería salir de aquí, pero ya no. No tengo lo que más quería, él está muerto y yo aquí, reclusa. Ahora sólo espero a que él venga por mí. Ya no quiero vivir. Pero mientras eso ocurre, prefiero quedarme acá. Recuérdame, madre, como la hija que nunca

tuviste, haz de cuenta que morí el día 26 de septiembre del 2000, que fue el último día que nos vimos. No creas que no te amo, sí, te amo, y mucho. De veras quería verte y decírtelo, que me miraras a los ojos para que veas que no es mentira. Yo creo que de tus cuatro hijos soy la que más te ha amado. Porque preferí alejarme de ti para no hacerte daño.

A la tía Ave, que nunca entendí por qué me quería tanto, y siempre la he querido entender.

A Mayra, que de todas mis hermanas es a la que más he querido.

A Ariel, que lo quise siempre, que me acuerdo de las diabluras que hacíamos cuando niños.

A Alberto, que lo amé mucho, era mi héroe y, a pesar de todo, lo amé.

No tengo más hermanos. Papá nunca tuve, el que tuve fue prestado, pero bueno, las circunstancias y tú, mami, me hicieron entender que la vida es especial.

Mi tío Wicho fue a quien más quise, pero él ya murió. Igual lo recuerdo.

Pero quien más ternura me daba era mi tío Arma, él no era ni sal ni azúcar. Nunca se metió con nada, siempre era bueno.

A mi tía Fanny siempre la vi como la que se las daba de importante.

Mis primos, a todos los recuerdo mucho, pero mi preferido, al que siempre quise, Rifrafa. Él era mi... no sé cómo decirlo, ha estado en mi mente todos los días, lástima que no tuve tiempo de decírselo.

La tía Yolanda era especial, vaya que sí.

Pero lo que más me duele en la vida, por lo que quisiera devolver el tiempo para arreglar todo, es por esa viejita que me está matando el corazón, y que sé que después de esta cárcel no voy a poder volver a ver. Es mi madrecita, a ti, viejita, yo creo que nos veremos en el cielo, porque todos los días le pido a Sergio que me lleve con él, sé que de acá no voy a salir.

Te amo, madre, cuídate mucho, ya que por mi carácter, por tratar de conseguir mis sueños, no pude cuidarte.

Despídeme de todos, que se olviden de mí.

Los amo.

MI REGALO DE 15

Leidy Carrillo



Domingo, 2 de marzo de 2008, 7:30 a.m.

Llegó a mi casa Paca, mi amiga del colegio. Ella de trece, yo de catorce y medio. Como siempre iba a trabajar donde un señor llamado Augusto, quien cuadruplicaba mi edad. Salí esa mañana rumbo a su casa, en compañía de mi amiga. Era algo extraño, pues quería que le ayudara en los quehaceres de la casa, pero el día anterior había hecho todo, nada quedaba pendiente. Mi madre se opuso: no quería que fuera pero ella sabía que era un dinerito extra que ganaría.

Al fin llegamos; le comenté al señor que venía en compañía de mi amiga porque me iba a ayudar en la tarea que tenía que cumplir. Él se opuso rotundamente, se exaltó un poco, pero mi ingenuidad era total, pues no entendía lo que estaba planeando. Luego de explicarle que tenía que hacer tareas con ella, en la tarde, y que si no era así no podía cumplirle con el trabajo, accedió, pero no muy a gusto. Se le notaba un poco nervioso, pero yo ignoraba todo por completo y, por supuesto, mi amiga también. Luego de estar adentro de la casa, don Augusto, con un pretexto muy tonto, logró sacar a mi amiga, pues le pidió que fuera al súper, que queda como a 15 cuadras y a pie, por supuesto. Yo me ofrecí a acompañarla, pero él se opuso de nuevo,

argumentando que si quería salir temprano tenía que seguir haciendo los oficios, y me quedé cumpliendo con mi deber.

8:15 a.m.

Me encontraba en la UCI de una clínica, con 4 puñaladas en mi pecho y cuello. ¿Cómo llegué a ese lugar? Todo sucedió muy rápido, minutos antes Augusto, aquel hombre que siempre admiré y respeté, porque me aconsejaba y me prevenía de los peligros que trae la vida, se había obsesionado conmigo, él no me veía como yo creía. Así que esa mañana del 2 de marzo, muy decentemente me propuso tener sexo, y a cambio el aumentaría algo más a lo que tenía pensado pagarme por el aseo, propuesta que de inmediato rechacé muy furiosa. No podía creer lo que mis oídos oían. Se puso ansioso y furioso por ser rechazado, y luego de discutir me pidió que me tranquilizara, y se fue. Yo, ingenua seguí con mis labores mientras que en su mente perversa, en su ego herido, planeaba cómo hacerme suya de cualquier forma. Tomó el equipo de sonido de la casa y lo colocó en dos partes diferentes, una torre en la puerta de salida al patio y la otra en la entrada. Bajó cortinas, mientras la música sonaba a un volumen exagerado. Tomó en sus manos una tijera quirúrgica, y salió al ataque. Llegó hasta donde yo estaba, me dio un pequeño toque en mi hombro izquierdo, mientras que por el lado derecho me impactó en el pecho con su tijera, a tan solo medio centímetro del corazón. Eso fue horrible, quedas anonadado, no sabes qué te paso, por qué él estaba haciendo eso. Mientras mi sangre cubría parte de mi cuerpo, él insistía en tener sexo conmigo. Como un caníbal, sin importar la sangre que derramó con sus manos rasgó mis vestiduras y empezó a besarme en el cuello. Herida, pero con fuerza, luchaba para que no lograra su objetivo. Mientras yo gritaba, él me impactó en repetidas ocasiones. Lo único que quería era librarme de él y de la muerte, pero eso era casi imposible: perdía sangre, mucha sangre, y me desmayé. Él, asustado de ver lo que había hecho, quiso suicidarse. Surgió de mí una fuerza interior: era Dios que me impulsaba a seguir viviendo, y en medio de la lucha le ayudé a terminar con su pesadilla, y con la mía. Corrí a la salida y, ¡oh, sorpresa!, la puerta tenía tres seguros y dos candados: todo estaba cerrado, sentía que iba a morir. Me aferré a las cortinas y

logré desconectar el sonido, para que la gente escuchara los gritos de auxilio pero nadie llegó.

Cuando mi amiga volvió con el pedido vio, por la ventana, mi cuerpo bañado en sangre, tirado cerca a la puerta. Desesperada pidió ayuda y fue cuando la gente llegó. Lograron llevarme a la clínica.

Lo más absurdo de todo es que después de durar cerca de tres meses hospitalizada, en terapias físicas y psicológicas, la policía solicitó a un juzgado de menores una audiencia para esclarecer los hechos. Sólo les bastó con tomarme una pequeña declaración para encerrarme, según ellos, por ocho días, mientras todo se aclaraba. Fui llevada a una correccional de menores, acusada por homicidio agravado. Allí permanecí dos largos años. Luego, en libertad, decidí que la justicia es una mierda, tal vez por eso estoy encerrada nuevamente.

EL VIAJE DE MI NIÑEZ

Leidy Carrillo



A las 6 de la tarde, como siempre, estábamos en la casa del terror. Era nuestro refugio, nuestro lugar de encuentro: Carlitos, Mariela, Rocío, Jefferson y yo, Jhoanna, todos con nuestra corta edad jugábamos a creernos los dueños del mundo.

Carlitos tenía 11 años y había vivido en la capital. Cuando viajaba a Belén de Umbría, nos encantaba jugar con él, porque nos contaba cómo era su vida en la capital, y nos enseñaba a jugar a los policías y los ladrones: era súper. Todos éramos felices cuando estábamos juntos, hasta que se escuchaba: «¡Pa'entro todo el mundo! ¡Se acabó el juego!». Eran nuestras mamás que nos llamaban a cenar y a dormir.

En mi casa nos castigaban si nos demorábamos lavando la loza. Cada vez que lo hacían dejaba resbalar algún plato para que no me volvieran a mandar, pero inútil.

Supe que mi papá vivía en la capital, solito, y yo lo extrañaba mucho. Empecé a portarme mal para que me mandaran donde él, pero me decían que no podía hacerse cargo de mí porque vivía muy ocupado.

Un día, mi amigo Carlitos me llevó hasta la pesebrera de su finca, y me invitó a vender una arroba de café que su papá tenía subida en el

cielo raso. Yo tenía 7 años y entre los dos no podíamos levantar eso, pero se nos ocurrió sacarlo de a poquitos, en la volqueta que teníamos para jugar llevando piedras. Lo vendimos y compartimos las ganancias. Eso me pareció de maravilla, así que lo seguimos haciendo, a escondidas de nuestros papás, por supuesto. Cuando el padre de Carlitos se dio cuenta del hurto, fue de inmediato a contarle a mi madre y, lógico, a decirle que yo estaba corrompiendo a su hijo. Yo me quedé sin palabras, no abrí mi boca sino para gritar cuando me estaban dando rejo.

Al día siguiente, reunidos en nuestra guarida, planeamos emprender una aventura rumbo a la capital. ¿Cómo? No lo sabía, pero Carlitos era la mente de todo, y yo lo apoyaba.

Doña Marina, una vecina de mi casa, vendía embutidos, chuzos y chorizos. No sé si era cleptomanía o las ganas de salir de casa, las que nos impulsaba a hacer más y más cosas: colocamos dos ladrillos cerca de su ventana, Carlitos se subió en ellos, y en los hombros de Carlitos me subí yo; con una varita, muy sigilosamente, logramos bajar dos tiras de chorizo. Corrimos a toda prisa, cada uno a nuestras casas.

Mi madre no se comió el cuento de que nos lo habían regalado, así que le pidió a mi hermanito que me tomara del brazo y me acompañara donde la vecina, pero el muy estúpido me cogió por el pelo y me llevó casi arrastrada.

—¿Es verdad que le regaló esta cantidad de chorizos a mi hija?— le preguntó mi mamá a la vecina.

—¡No! —Respondió la vecina—. Pero no le pegue, señora, ya eso pasó —agregó doña Marina.

Pero mi mamá me dio con un rejo en su presencia. Logré huir y llegué a mi casa. Mi mamá cansada de correr tras de mí, me mandó a lavar la loza: la quebré casi toda. Luego vinieron más llantos y gemidos por las heridas que me causó.

Carlitos también recibió su castigo. Pero eso no cambió los planes de esa noche: habíamos quedado de vernos a las doce, en la quebrada.

Yo me quería ir, pero lloraba porque la mantita caliente, mi sopita, las caricias de mamá cuando no estaba furiosa, el monstruo del armario... pero fui valiente y huí de aquel lugar donde no era feliz por completo.

Llegamos a la plaza de mercado, y allí nos encontramos con Mariela y Jefferson. En un descuido nos subimos en un camión

cargado de mercado, que salía rumbo a la capital. Carlitos y Jefferson hicieron un hueco entre las cebollas y el cilantro, para camuflarnos.

Fueron horas de camino, veíamos las luces pasar y yo preguntaba, «¿ya?, ¿ya?». Y Carlitos decía que paciencia, que faltaba poco.

En una parada del carro bajamos e hicimos nuestras necesidades. Carlitos se robó un termo de café para mitigar el frío. Según él, esto nos tendría los ojos bien abiertos.

Al fin llegamos a Corabastos, en Bogotá. Nos bajamos con frío y hambre. Jefferson y Carlitos fueron a robar más café y pan. Pero se cayeron y nos sorprendieron. Corrimos en todas direcciones y nunca volvimos a saber uno del otro. Yo caminé con lo único que tenía: mi maletica de conejo que me gustaba porque al correr movía sus orejitas. Subí un puente, bajé muchas cuerdas, había carros grandes y largos. La gente corría como si algo pasara. Llegué a un parque y me senté a llorar porque estaba de nuevo sola, desconcertada: no quería nada, sólo encontrar a mi padre. A mi casa no quería volver, prefería dormir en el parque.

Una señora se acercó y me preguntó por qué lloraba —Le dije que tenía miedo, estaba perdida, no tenía mamá y mi papá vivía lejos. Ella llamó a la policía, pero no quiso acercarse a mí, tal vez por mi rico aroma a cebolla.

Me llevaron a la estación de Fontibón. Me bañaron y al Bienestar fui a dar. Me buscaron ropa, comida, me preguntaron los datos de mi papá. En tres horas dieron con él. Cuando mi padre me vio no sabía si pegarme o abrazarme.

Me fui con él, pero ahí empezó lo peor: mi papá no podía hacerse cargo de mí, así que la mayor solución fue internarme en una escuela militar.

Ahora recién salgo, después de 11 años, graduada y con honores.

Carlitos murió a los 15 años, pues decidió vivir la vida fácil. De los demás nunca volví a saber nada.

MI PRIMERA MUJER

José Tovar



Tenía trece años de edad cuando mi papá llevó una mujer muy bonita al fundo, para que trabajara como empleada doméstica. Como a los 3 días de haber llegado empezó a seducirme, a decirme «qué muchachito más simpático, ¡papacito!». Pero yo no sabía nada, me daba miedo. Claro que, a la vez, ella me gustaba mucho, aunque tenía una niña de un año de edad. Yo la miraba como una señora, sin pensar que ella estaba enamorada de este criollito.

Un día mi papá me mandó al conuco, a arrancar yuca— luego se acostó con mi mamá a dormir la siesta del mediodía. Yo acarree mi costal viejo y me dirigí a lo que me habían mandado. Ella me siguió.

Estaba haciendo fuerza con un palo de yuca, empeñado en arrancarlo, cuando sentí que me agarró.

—¡Uy papito, ahora sí vas a ser mío! —me dijo.

Me di media vuelta y no sabía si correr o gritar. Pero ella me atrapó entre sus brazos y me empezó a chupar la boca. Yo me quedé quietico: ella se había adueñado de mi lengua. Me besuqueó hasta que quiso pero, no sé por qué, no pasó nada más esa vez.

Las chupadas de boca siguieron cada vez que mis padres se des-cuidaban. Yo, de a poco, le fui cogiendo confianza. Ella me decía que le gustaba chupar piña conmigo.

—Vaya esta noche a mi cuarto, yo le dejo la puerta abierta, vaya para que nos lo comamos —me decía.

Pero yo no le entendía. Yo pensaba que ella lo que quería era comer panela con queso. Entonces le respondía que después de la cena quedaba muy lleno para comer más.

Yo siempre le decía que de pronto me hacía daño comer de gula, y por eso no iba para comer más, una noche de una fuerte lluvia, me llegó al chinchorro y me dijo que fuera con ella para la pieza donde dormía. Yo le dije que no, y entonces se me subió por un lado del chinchorrito, y empezó a besarme otra vez. Me pasó la boca por donde quiso y hasta me olió las partes íntimas.

—¡Vamos, papacito rico, vamos! —me decía.

Yo tenía mucho miedo y no hacía nada. Entonces ella se levantó, me alzó y me llevó hasta su cama. Allí sucedió mi primera vez. Desde esa noche se me empezó a engrosar la voz, a salirme pelos en el sobaco y en mis otras partes.

—Papi, estás encañonando —me decía ella.

Yo estaba alegre, hasta la pena se me fue pasando, porque la pena mía era porque tenía el pene muy chiquitico, pero hasta eso me empezó a crecer.

Después era todas las noches, ya no era necesario que me fuera a buscar, sino que yo solito llegaba allá.

Lo que más recuerdo de mi primera vez es que fue muy hermosa, yo sentía una cosa que nunca he vuelto a sentir, me daban ganas de llorar, de reírme, de gritar. Ella cruzó las piernas por encima de mí, me apretó contra su cuerpo y con la boca me agarró la lengua. Después, cuando descansamos, le pregunté qué era eso que me había hecho. Ella me dijo que se llamaba el rabo de mono, que eso se hacía para que el hombre se amañara, y yo creo que es verdad, porque yo sí quedé amañado.

Cuando cumplí los 16 me dijo que estaba embarazada. Yo le dije que no le contara a mis papás porque ellos eran muy rígidos, pero no se aguantó y le dijo a mi mamá.

—¡No se ha sanado el ombligo y ya con una vieja preñada! ¡Tiene que ponerse a trabajar! —me dijo mi mamá.

A mí me dio mucha rabia y me fui para donde una hermana que vivía en Arauquita. No volví a la casa durante un año. Cuando regresé ya había enredado a un primo mío, y mi hijo quedó como hijo de mi primo.

LA VENGANZA DE LOS INDIOS

José Alfredo Tovar



Esta historia sucedió en el cajón de Arauca, a orillas del río Capanaparo, bravío sitio de tierras indígenas, tierras que en esa época eran solas, baldías, habitadas tan solo por los Cuiba. Ellos eran dueños únicos.

Un día aparecieron unos hombres blancos y se apoderaron de algunas tierras. Fundaron un hato, y como los indígenas Cuibano tenían quien los defendiera, entonces los blancos los atacaron, les quemaron las casas, los asesinaron y los corrieron. Cuando ya quedaban poquitos, se fueron y se refugiaron en Riecito, ahora llamado Carabalf. Allí se organizaron y se reprodujeron aumentando las familias, pero siempre con el rencor del dolor causado por los racionales blancos. Como los indígenas nunca olvidan, después de veinte años los Cuiba regresaron para tomar venganza contra los blancos.

Caminaban de noche y se escondían en el día. Los dueños del hato pensaron que era un solo indio porque a donde el primer Cuiba colocaba un pie, ahí lo colocaban los otros. Entonces se miraba una sola huella.

Un día cualquiera sucedió lo inesperado: la venganza. A las 5 de una mañana escalofriante, atacaron el hato.

Los encontraron, como dice el dicho, con los calzones abajo: la sirvienta en la cocina, colando café, los obreros ordeñando vacas, el dueño dándole vueltas a una *topochera*. Estos indígenas fueron tan astutos que ni los perros se dieron cuenta, tan solo un niño de cinco años fue el que los vio y gritó: “papá, mamá, vienen los indios”. Cuando dijo así un indio le dio con un canalete, cayendo al suelo con una herida en la cabeza.

Mientras esto sucedía, los otros indígenas también hacían lo de ellos: atacaron y acabaron hasta con el nido de la perra. Mataron a todos los blancos, pero resulta que el niño no murió. Después de masacrarlos, arrastraron los cadáveres para un cuarto. El niño se hacía el muerto y lo arrastraron a un lado de los cadáveres de las mujeres, pero él observaba todo lo que hacían.

A los hombres muertos los sacaron y los amarraron con unas sogas del tranquero de la entrada del hato.

Y se marcharon llevándose todas las pertenencias, quedaron solo los muertos y el niño que quedó herido, lleno de sangre. En total fueron siete los muertos: tres mujeres y cuatro hombres. El niño, cuando llegaba la noche, se acostaba a un lado a la mamá.

Cuando el hambre lo atacaba, el niño salía del cuarto, iba a donde había una mata de patilla bien cargada y comía. Con esta fruta el niño sobrevivió ocho días.

Una mañana llegó un vecino de otro hato, quien iba a visitarlos de vez en cuando porque su casa quedaba a un día de camino.

Cuando el vecino iba llegando vio volar muchos zamuros sobre el hato, y pensó: «mis vecinos están de fiesta». Creía que habían matado una res, pero la sorpresa para este hombre fue grande cuando llegó al tranquero y encontró los cuatro hombres muertos, amarrados. Los zamuros hacían fiestas con sus carnes. Entonces el hombre se detuvo con mucho miedo, y al mirar para adentro vio al niño que salió a correr. El niño vio al hombre, corrió y se acostó al lado de la mamá, quien ya se encontraba en descomposición: pensaba que lo iba a matar. El jinete se bajó del caballo, con miedo, pero se llenó de valentía, empuñó su arma y entró a la casa.

Cuando miró las tres mujeres muertas, pensó: «pero el niño está vivo, yo lo vi cuando salió corriendo». Entonces el vecino empezó a buscarlo, a llamarlo. Cuando lo encontró acostado a un lado de su mamá,

Lo agarró. El niño le gritaba que por favor no lo matara, pero el hombre le habló, le dijo que era el vecino, el amigo: «venga conmigo, que lo quiero ayudar, yo lo voy salvar, vámonos de aquí, no tenga miedo».

El niño preguntó por la mamá, no la quería dejar sola. El hombre le dijo que a ella la buscarían después, al otro día: «pero vámonos rápido de aquí». El niño aceptó con mucho temor. Montó en el anca y emprendieron el viaje.

Ese mismo día, galopando como a las doce de la noche, el caballo se cansó. Se detuvieron en una mata de monte que quedaba en medio de la sabana y cuando se creía que iban a descansar, el niño no quiso quedarse, y empezó a pedirle al vecino que se fueran, que él quería seguir el camino: «vámonos», repitió una y otra vez. «Vámonos, señor, porque los indios nos van a alcanzar».

El hombre le decía que no, que durmiera tranquilo, pero el niño insistió tanto que el vecino dijo: «está bien, sigamos el camino hasta donde aguante mi caballito». Montaron nuevamente y se sorprendió porque el caballo ya se había recuperado. Aligeraron la trocha y cuando iban como a diez minutos, se dieron cuenta que los indios le habían prendido fuego a la mata donde ellos querían descansar. Parece que los ángeles de Jehová Dios los guiaba, los estaba protegiendo, pues se trataba de un niño inocente.

Para los que no saben la verdad, dicen que el espíritu de la madre le avisó del peligro.

A las seis de la mañana llegaron al fundo del hombre. Inmediatamente tomaron un radio teléfono y dieron parte a las autoridades araucanas- Estas enviaron una comitiva en avioneta a recoger los cuerpos.

Mientras tanto el amigo del niño le brindaba comida, ropa y le curaba las heridas de la cabeza, que ya las tenía infectadas.

La comisión recogió los muertos, fue a la casa del hombre a tomar la declaración y a recoger al pequeño niño, pero no solo se lo llevaron a él, sino al vecino también.

En la ciudad de Arauca enterraron los cuerpos, el niño fue adoptado por un tío que le brindó mucho cariño y apoyo, fue muy querido por sus vecinos y consiguió nuevas amistades.

Estudió y se inclinó por estudiar en el seminario. Hoy en día es un viejo y buen sacerdote al que aprecia la comunidad que lo rodea.

POEMAS DE *MARÍA*

Irene Trujillo



TU SECRETO

Tú, mi fortaleza en esos días de oscuridad,
en la agonía de mi tristeza,
en la impotencia de no poder demostrar una verdad,
una verdad que sólo tú conoces.
Tú, ese ser incomparable e inigualable,
ese ser que me dará la luz al final.
Final en donde todos sabrán esa verdad.

PALABRAS DE AMOR

La noche es el llamado a pensarte,
a tomar el lapicero,
a inspirarme, a contar la realidad de mis días,
la soledad de no poder tocarte, besarte, sentir tu respiración
tan cerca que se confunde con la mía.
Sé que llegará ese día en que mis cartas serán realidad,
el día en que podré hacer de nuestras letras
una realidad.

AUSENCIA

Pensarte, cómo no hacerlo, sí siempre estás presente.
Cierro mis ojos y recuerdo cada parte de tu cuerpo
siento que muero al pensar que te pierdo
miro al cielo y suspiro soñando con tus besos
tenerte cerca para amarte y demostrarte
que en mis días de silencio,
siempre estás.

LIBERTAD

En el silencio de tu celda
en la tristeza de tus días
piénsame
estaré allí.
Recuerda lo hermoso que será tu vida junto a la mía,
lejos de estas rejas,
en la libertad
de un nuevo día.

AMARTE

Cómo no amarte si estás en cada parte de mí.
No pidas al tiempo que borre la locura de tenerte,
de borrar tus caricias,
tus besos.
Cómo no amarte, si aun en tu ausencia,
en la nostalgia de tu partida
te llevaste mi corazón.
No puedo dejar de amarte, si te llevaste contigo
todo lo que era,
y ahora no sé quién soy.

ESA VOZ

Háblame, me enloquece tu voz.
La dulzura que irradian tus palabras
calman mis días,
mi espera impaciente.
Ver que tus labios me besen,

repetiendo cada palabra,
cada declaración de tu amor,
por eso, hálame.
Te escucharé hasta encontrar tus labios
besándome
frente a mis ojos...
Ese día, ya no tendrás que hablar...

TUS OJOS
Cuando te miro
siento que entras por cada poro que posee mi piel.
Es rico sentir tu aliento,
cada parte de ti.
Por eso, cada amanecer junto a ti
es como cada florecer de los jardines en primavera
llenos de alegría.
dulces colores y olores.
Cuando te miro abres mi mundo
siento que moriría si no estás aquí...

EL BRILLO DE LAS ESTRELLAS EN MIS OJOS

Olga Sánchez



Hoy, 18 de julio de 2014, me encuentro, como la mayoría de mis días, acompañada de mi soledad y del silencio de estas cuatro paredes.

Mi historia empieza desde mi niñez, con una vida normal: no había lujos o cosas extravagantes. Compartía con mis hermanos y mi mamá, porque mi papá nos abandonó siendo muy pequeña, tanto que no lo recuerdo. Solo tengo en mi memoria momentos de cuando jugaba con mi hermana menor a las muñecas. Pero esos juegos acabaron muy rápido, por la situación económica. Yo me vi en la obligación de empezar a trabajar teniendo sólo 9 añitos. Fue duro y triste para mí, aunque mi patrona me trataba muy bien. Eso era importante, ella comprendía el sacrificio que yo estaba haciendo, aunque para mí hubiera sido más hermoso haber compartido más tiempo con mi mamá y mis hermanos.

Mi mamá es una mujer ejemplar, nos daba muchos consejos, que no cogiéramos malos caminos. Sin embargo, nunca la escuchamos, porque con el transcurrir del tiempo tomamos una decisión que no fue la mejor para ella, y le causamos un gran dolor cuando supo que nos habíamos ido para la guerrilla.

Un día inesperado me encontré una comisión de las FARC. Yo les dije que quería ingresar, que me llevaran. Tenía sólo catorce años. Ellos no querían porque yo era menor de edad, pero insistí tanto que a lo último aceptaron.

Cuando les dije a mi hermanita y a mi sobrina que se fueran para la casa porque yo me iba para la guerrilla, ellas se pusieron a llorar para que no lo hiciera. Me rogaron tanto que tuve que irme rápido antes de que me convencieran, pero lo que no me imaginaba era que nos iban a seguir. Como a mitad de camino nos alcanzaron y me dijeron que ellas también iban con la guerrilla. Yo les supliqué que se devolvieran, pero fue inútil.

Con dolor y tristeza me tocó aceptar que se fueran conmigo. El mando no quería llevarlas: eran menores que yo, pero a lo último decidió que sí.

Anduvimos como una hora a pie, hasta que llegamos a un case-río que le decían La Horqueta. De ahí nos fuimos en carro, hasta que llegamos donde teníamos que llegar. Para nosotras fue una sorpresa muy grande cuando nos bajamos y vimos muchísima guerrilla. Nos recibieron bien: nos dieron un vaso de limonada y comida. Al otro día la impresión fue el doble, pues al abrir mis ojos nunca imaginé que encontraría todo lo que mis ojos vieron: era un cuartel, había de todo, tanto en servicios como en alimentos y lugares de descanso.

A los ocho días salimos rumbo a un nuevo destino, uno incierto. Llegamos a un campo lleno de obstáculos, allí duramos diez meses duros y difíciles en los que afronté una terrible realidad. Luego salimos para un combate, preparados para enfrentarnos a la lucha por la igualdad.

Con el tiempo nos separaron y nos echaron para unidades diferentes. Los días para mí eran tristes porque no estaba acostumbrada a estar lejos de ellas, y tenía bien claro que lo que nos tocaba enfrentar era bien duro. Por mi mente pasaban muchas cosas, eso era lo que me atormentaba: que les pasara algo y que uno nunca sabe cuándo la muerte lo sorprende.

Los días más alegres, para mí, era cuando miraba salir ese sol tan brillante, porque podía realizar todas mis actividades diarias, como lavar mi ropa y colocarla a secar para tener mi equipaje listo para cualquier situación que se presentara.

Cuando llegaba la noche estaba lista para esperar mi turno de guardia, preparada psicológicamente para cualquier situación que se me presentara. Eso sí, pobrecito el que se me atravesara en mi turno, no me daba miedo apretar el gatillo, porque en la guerra hombres y mujeres somos iguales, nos regimos por una sola disciplina.

Había noches de luna iluminada, toda la montaña era hermosa porque resplandecía a nuestro alrededor. Una vez, a las 4:50 de la mañana nos mandaron a bañar a todas las mujeres. Luego nos hicieron formar. Llegó el comandante y nos empezó a dar una charla; cuando terminó nos dijo que nos iba a celebrar el día de la mujer. Nosotras nos pusimos muy contentas. Nos hicieron una fiesta, nos dieron el día libre para bailar, nos dieron regalos y comida especial. Pero lo más especial fue que me encontré con mi sobrina y con mi hermana. Yo creo que fue uno de los días más felices de mi vida, tanto que no pude controlar las lágrimas. Disfrutamos mucho, porque al día siguiente ellas tenían que volver a su unidad y esa noche nos contamos las cosas que nos habían pasado. Cuando se marcharon sentí que el corazón se me partía en pedazos.

Tuve que volver a mis labores diarias. Así pasaron los años y no sabía de ellas, hasta que un día me encontré un compañero de la misma unidad de mi sobrina y me contó que a ella la habían trasladado para otro frente. Nunca más volví a saber de ella hasta el día de hoy, no sé si está viva o muerta. Solo le pido a mi Diosito que la proteja, yo la recuerdo con todo mi corazón, porque compartimos muchos momentos bonitos en nuestra infancia.

De mi hermana supe que está bien, me dijeron que no me preocupara que con ella pronto nos volveríamos a ver. Me tranquilicé un poco, me contaron que el esposo que tenía era el mando de una unidad, ahí supe que estaba *rebien*.

Yo también conseguí mi compañero y lo quería mucho. Tenía que cuidarme para no quedar embarazada, pero fue algo que pasó. Al principio pensaba que era una enfermedad: vivía siempre con rabia, no comía, estaba flaca y caderona. El mando me ordenó hacerme la prueba y me salió positiva. Yo me puse muy feliz: iba a ser mamá por primera vez a mis veinte y cinco años. Aunque a la vez fueron momentos difíciles porque no sabía qué decisión fueran a tomar los mandos. Mientras tanto mi barriga iba creciendo.

Me tocaba entrenar y, mientras llegaba la hora del descanso, yo me ponía a llorar y me acariciaba mi barriguita. Le pedía fuerzas a mi bebecito, para soportar todo. Mi esposo también me daba mucho ánimo. Él también estaba feliz de ser papá.

Cuando llegó el día que me dijeron que lo podía tener yo me puse muy feliz. Cuando tenía cinco meses me mandaron para mi casa. Mi esposo me llamaba todos los días. Recuerdo tanto que un 8 de diciembre, a las doce de la noche me llamó y me preguntó cómo estaba. Yo le dije que bien, pero me dio un presentimiento, era como si él se estuviera despidiendo. Como a la media hora sonaron unos disparos donde ellos se encontraban. Yo me puse a llorar. Pero luego pensé en mi bebé y me controlé. Al amanecer, cuando pasaron las noticias vi el nombre de él. Fue un golpe muy duro, porque no pudo conocer a su hijo, que era su mayor deseo. Mi hijo fue quien me dio fuerzas para seguir enfrentando la vida.

Cuando nació mi bebé fueron los días más felices de mi vida. Pero luego vino lo más difícil, porque me tocó dejarlo: tenía que regresar dejando atrás a los seres más queridos: mi hijo y mi madre-cita. Lo que me consoló fue que llegué donde estaba mi hermanita. Fue muy bonito verla de nuevo.

Pero esa alegría también acabó pronto, porque yo me tuve que ir a cumplir una misión, y ella se quedó en el campamento.

Teníamos ocho días de separadas cuando, estando de guardia, a la una de la mañana empezaron a sonar las primeras bombas. Otra vez tuve el presentimiento. Al otro día en las noticias supe que habían matado a cincuenta guerrilleros. Fueron varios días de angustia porque no sabía si ella estaba viva o muerta. Cuando llamé a mi mamá estaba en un mar de lágrimas: habían matado a mi hermana. Mi dolor fue muy grande y lo peor era que no podía ir a acompañar a mi mamá, tenía que darle consuelo sólo por el celular.

Con el tiempo pude superar la pérdida de mi hermana, aunque a veces la recuerdo y me pongo a llorar. Yo corrí con mucha suerte, porque le pedía a Dios que me protegiera mucho de todos los peligros.

Ahora me encuentro pagando una condena porque para el estado nosotros somos ilegales, pero lo que ellos no saben es que somos de carne y hueso, y que todo ser humano tiene sus errores.

Tengo mucha fe en Dios, sé que algún día me ayudará a salir de este lugar, tengo personas que me esperan con ansias. Si de algo me sirvió este lugar es para recapacitar y no causarle más angustia ni dolor a mi madre. Por eso quiero empezar una nueva vida, porque fueron muchos años de sufrimiento para mí. Ahora lucharé para vivir rodeada de las personas que me quieren mucho. Aunque hay momentos que me enfoco mucho en mi soledad y en mi tristeza. Es tanta la desesperación que me acerco a la reja y miro para el cielo cómo brillan las estrellas, y me digo que algún día así brillarán mis ojos de felicidad.

POR UNA NOCHE DE PLACER

Ana Miledis Canchila



El 18 de julio mi novio me dijo que se iba. Yo le propuse que nos diéramos una despedida con todos los juguetes. La idea era clara: yo pasaría la noche con él y en la madrugada me iba para la casa.

Esa noche él me acompañó a mi trabajo, que era en una cantina. Yo le dije que me ayudara a *tanquear* —si se preguntan qué es *tanquear*, pues no es echarle gasolina a una moto o a un carro, sino que en este caso es llenar un enfriador con cerveza, gaseosa, aguardiente. Eso es *tanquear*—. En fin, después del trabajo nos fuimos para mi casa, la idea era ir para que mi mamá no sospechara y luego salir, pero no alcancé a entrar, porque nos quedamos hablando. Cuando de repente vimos que venía mi mamá con un palo en la mano. Discutimos, me insultó y decidí irme con mi novio, así que los planes me salieron mucho mejor porque ya no tendría que volarme.

Cuando llegamos a la habitación donde vivía Camilo nos pusimos a besarnos, a acariciarnos y luego terminamos haciendo el amor. Fue algo espectacular, bello, me gustó mucho, tanto que decidimos hacerlo una vez más. Luego nos bañamos y nos quedamos dormidos. Cuando eran como las 2:30 de la madrugada llegaron unas personas nada decentes y, de un totazo, abrieron la puerta gritando que tenían

permiso de allanamiento, nos acostaron en el suelo y requisaron la pieza. Yo estaba asustada e inocente de todo. Los miraba, no más. Escuché que encontraron algunas cosas, las sacaron, nos esposaron y nos dijeron que estábamos capturados. No entendí qué fue lo que pasó, ni qué fue lo encontraron. Lo único que sé es que vine a parar aquí, al cementerio de los vivos, que ahora me la paso luchando contra el estrés y pidiéndole a Dios que me dé valor y fuerzas, y que me perdone por ser rebelde, por andar buscando una noche de placer.

EL TIGRE VALIENTE

Andrea Durán



Érase una vez un tigre muy valiente y vegetariano. Él protegía a sus amiguitos, que eran como su familia, porque cuando estaba pequeño quedó huérfano: creció con sus amigos, un conejo llamado Jerry, un sapo llamado Óscar, un puercoespín llamado Sofi y un perezoso llamado Andrés. Ellos eran muy unidos, pero un día, mientras jugaban al escondite, Alex corrió muy lejos, unos hombres lo vieron y quisieron atraparlo. Alex se alcanzó a salir por entre las piernas de uno de los cazadores, pero uno de ellos disparó y una bala lo impactó. Alex siguió corriendo, sin rumbo, hasta que notó que había salido del peligro, pero estaba perdido en ese bosque gigante.

Se recostó bajo un árbol. Tenía ganas de llorar: no sabía dónde estaba, además sentía mucho dolor y estaba solo.

Sus amigos, muy preocupados, empezaron a buscarlo: presentían lo peor, ya que su amigo Alex no aparecía, y habían escuchado los disparos.

Llegó la noche y sus amigos no descansaban.

—¿Alex, dónde estás?

Al amanecer se encontraron con una paloma, quien les preguntó si estaban perdidos.

—No, estamos buscando a nuestro amigo Alex, que desde ayer está perdido —dijo Óscar.

—Lo único que escuchamos fueron unos disparos, y ahora él no aparece —agregó Sofi.

—Será que puedes ayudarnos, tú que puedes volar —pidió Andrés.

—Claro, vamos a buscarlo entre todos. ¿Cómo es él? —preguntó la paloma.

—¡Es un tigre! —respondió Jerry.

—Qué curioso, cuando venía para acá vi un tigre que estaba durmiendo bajo un árbol.

Sus amigos, contentos, pidieron que los guiara hasta donde estaba Alex.

Cuando llegaron, Alex estaba en muy mal estado, ya que la herida le había producido fiebre, y sangraba mucho. Sus amigos pensaban que se iba a morir.

Entre todos hicieron una casita. Con unas hierbas medicinales prepararon una bebida, le dieron a beber y le lavaron la herida.

Sus amigos esperaban un milagro y, del cansancio, se empezaron a quedar dormidos, todos, menos Andrés, el perezoso, que esa noche lo acompañó despierto.

Cuando el resto del grupo se despertó, no vieron ni a Andrés ni a Alex: salieron corriendo a buscarlos, estaban asustados, pero los encontraron desayunando. Alex estaba más sano que nunca: ese remedio había sido milagroso.

El tigre agradeció a cada uno, les dijo que los quería porque no lo habían abandonado.

—Ustedes son los mejores amigos del mundo. Nadie, nunca, nos podrá separar —agregó.

Y vivieron felices por siempre.

SINCELEJO



María Alejandra García Mogollón
Directora del Taller

Establecimiento Penitenciario de Sincelejo
(La vega) - varones y mujeres

PIDIÉNDOLE PERDÓN A MI MADRE

Lucía Correa



Lo único que le pido a Dios es que me dé fortaleza para seguir adelante en este lugar. En estos momentos solo Él me puede ayudar. A veces me pregunto qué me dirán mis hijos, preguntaran «¿porqué nos abandonaste, porqué te fuiste?», pero algún día ellos van a entender.

Yo era una niña muy juiciosa hasta el día que mi papá desgració mi vida. Tenía solo 12 años y abusó de mí. Desde ese instante he cargado odio en mi corazón y a veces me digo que si no me hubiera pasado eso, quizás no estuviera aquí en este lugar.

Me siento sola y triste, lo único que me hace vivir son mis hijos porque a mi mamá no le importo y desde que caí en este lugar nunca me ha venido a visitar.

EL ENCUENTRO

Angélica Bonilla González



Aunque era domingo yo no lo sentía igual: después de cuatro meses me iba a encontrar con él. Mi corazón latía tan rápido que lo centraba en la boca. Mis pasos eran cortos, mis piernas temblaban. Cuando llegó la hora, el tiempo se detuvo. Lo vi a través de las rejas, sus ojos se iluminaron al igual que los míos. Caminé lentamente hasta que nos encontramos, sus brazos me rodearon fuertemente y me dijo al oído: «te extraña mucho, mi amor, te amo». No quería que ese abrazo terminara porque de nuevo me sentí completa.

Me preguntaste: «¿Cómo estoy?». Creo que lo sabes. Pero en realidad ni yo misma lo sé. Desde niña nos enseñan que sin oxígeno no puedes vivir, pero acá en la cárcel siento que este me quema por dentro. Tengo tantos sentimientos encontrados, quisiera gritar pero no encuentro el espacio, quiero llorar pero ya no le encuentro sentido y mis ojos se han secado. Quisiera correr sin mirar atrás pero no hay lugar donde llegar.

Lo único que me mantiene cuerda es saber que en algún momento te voy a ver, te abrazaré, te besaré y pediré con todas mis fuerzas que el abrazo no termine jamás. Sabes que hay tanta gente a mí alrededor pero me siento tan sola que me detengo a pensar en lo egoísta

que soy porque no soy ni la primera ni la última que está en la cárcel. Pensar en ti y en nuestra hija no deja que caiga en la depresión. Tengo fe que pronto esta pesadilla terminará y nunca más volveremos a separarnos. Mi intención no es que sientan culpa o lástima porque quiero expresar lo que siento en esta soledad.

LAS REQUISAS DEL PERSONAL DEL INPEC

Maricela Parejo



Para las personas de la calle la visita son los sábados y domingos.

El sábado es la visita masculina y los guardianes son los encargados de requisar a los hombres. Ellos revisan las comidas, mecatos y bebidas que van a ingresar al establecimiento. Después les pasan un aparato que llaman «garre»; este detecta el dinero, celulares o metales. Luego los sientan en una silla que detecta sustancias psicoactivas, dinero y metales. De ahí pasan con los paquetes donde está el perro antinarcóticos. Esa es la última sesión antes de entregar la cédula en el comando de guardia. Cuando se les pega el perro o les pita el garre o la silla, el visitante es llevado a un cuarto aislado donde debe quitarse la ropa y hacer sentadillas. Esta es una situación muy incómoda y bochornosa ya que están violando la integridad personal y privacidad a la que todos tenemos derecho.

El domingo es la visita femenina y cada 15 días las mujeres pueden traer a sus hijos para que sus familiares los vean. La requisa de las mujeres la hacen las guardianas, les revisan sus partes íntimas y les toca pasar por el mismo proceso de los hombres: el garre, la silla, las guardianas, el perro, la requisa de alimentos, mecatos y bebidas. Cabe reconocer que hay prioridades con las mujeres embarazadas y

que tengan niños de brazos, y con la tercera edad, pero dicha prioridad no es suficiente ya que les toca hacer largas filas y madrugar al igual que las demás.

Si a la persona le encuentran algo la sancionan dependiendo de la gravedad: suspenderle la entrada hasta seis meses o abrirle un proceso judicial privándolo de la libertad, en caso de encontrar que transportan droga.

Hay personal del INPEC que no deja pasar las cosas que la visita le trae a los internos y toca sacar un permiso para que puedan ingresar, después de la visita, y eso si dan la autorización. Hay guardias del INPEC que son muy groseros y maltratan a las personas que vienen de la calle.

Las requisas son demasiado duras debido a que hay personas que buscan pasar implementos prohibidos en el establecimiento como celulares, dinero, drogas y alcohol.

Y por pecadores pagan justos.

Requisas a las internas que van a conyugal

Al ir para los patios las requisan por encima de la ropa y buscan en sus partes íntimas. También les revisan cualquier paquete que lleven y si les encuentran una carta se la decomisan y les pasan un escrito, ya que está prohibida la comunicación de cualquier forma entre los internos. Cuando ya regresan de los patios les pasan los perros anti-narcóticos y el garre. La requisas a las internas es mucho más dura ya que les tocan las partes íntimas y hasta les pasan el dedo por las mismas. Ya ha habido muchos inconvenientes porque hay ocasiones en las que se exceden y tocan a las internas estando totalmente desnudas. Esta es una situación muy incómoda y engorrosa, pues se tiene una sensación de humillación, impotencia y rabia al ver como violan nuestros derechos y los de nuestros familiares. La mayoría de las veces no encuentran nada, son solo olores que se les pegan a la ropa de las personas y, cuando son visita, no les permiten el ingreso.

Para venir a visitar deben de traer chancas, ropa sencilla y cómoda porque no les permiten después el ingreso. No se pueden traer joyas ni prendas porque no son permitidas y en lo posible no traer jeans con taches ya que estos pitan con el garre y la silla. Las requisas son muy incómodas y peor cuando nuestros derechos son violados y vulnerados.

SE DICE

Angélica Bonilla



En la cárcel hay un dicho: «un día menos para los condenados y otro más para los sindicatos». Sin embargo, en realidad es lo mismo porque ambas partes vivimos en este lugar las veinte y cuatro horas del día. La rutina es la misma desde que amanece hasta que anochece. El único día diferente es el domingo, pues algunas nos levantamos más temprano, vestimos nuestras mejores pantis, el *brasier* que nos haga ver más sexys y la mejor ropa que hay en la bolsa. El maquillaje también combina con la blusa, las sandalias con el pantalón o el vestido, según sea el caso. El reloj marca las siete de la mañana. La dragoneante del turno llama a los de conyugal y es cuando hay alboroto: unas corremos con afán, otras no se impacientan, y otras son las primeras. Salimos a la capilla, el ambiente es diferente y finalmente a las ocho nos dejan bajar a los patios y cada una de mis compañeras, y yo misma, no encontramos con nuestros esposos. Algunos vienen juntos y otros se conocen en este lugar, para algunos olvidado por Dios, para otros el lugar donde solo habitan malandros, para otras el lugar donde se aprende a valorar la vida. Pero finalmente para nosotras el lugar donde cada ocho días vivimos la magia del amor.

INFANCIA OSCURA

Yira Elena Álvarez Angulo



Esto no es un invento, es la pura realidad, y la viví yo. Mi madre y mi padre se conocieron, nunca vivieron y me concibieron. Mi padre le ofreció unir sus vidas pero mi madre no aceptó. Él, triste, pidió traslado de ese municipio a otro en la empresa donde laboraba como piloto en una avioneta de regar cultivos.

Pasó el tiempo. En ese transcurso mi madre tuvo dos amores más, o al tiempo, ya que no supo de quién estaba embarazada y se fue para Venezuela; total, nació yo y mi madre no tenía dinero para sostenerme y tampoco leche de pecho, mi abuela me daba tinto con *yupi*. A los seis meses empecé a caminar y mi madre me negoció por cincuenta centavos y un mercado a una señora en la Guajira. Una hermana de mi padre se enteró y le mandó una carta. En ese entonces la comunicación era difícil, mi padre al saber esto pidió permiso a su patrón, pero se lo negaron. Pero a él lo movió su instinto paternal y se embarcó en una avioneta que salía, sin pensarlo dos veces. Nadie sospechaba lo que pasaba, la avioneta cogió altura empezó a tener fallas mecánicas, fue descendiendo y rodó por todo el barranco hasta que se le partió el ala, cayó en tierra y el resto en el fondo del río Magdalena. Mi padre murió ahogado junto a otros dos; lo misterioso fue que al

piloto no lo encontraron. Lo de mi padre fue una noticia fatal para mi abuela y su familia. Pasó el velorio y mi tía le juró a mi padre en la tumba que lucharía por mí. Se armó de valor y me fue a pelear: una me jalaba por el cuerpo y la otra por las piernas. Total, gano mi tía pero a los 3 días mi mamá me robó, y no sé qué pasó que me dejaron caer. Hay varias versiones: una, que mis primos me dejaron caer de los hombros, otra, que un enamorado de mi madre no me quería y me *patió* y, la última, que me caí de una silla mecedora. Lo cierto es que eso me llevó al hospital y me iban a amputar la pierna.

Mi tía a cada rato discutía con mi mamá y dijo que ella no iba a permitir que me pusieran esos hierros en la pierna. Entonces mi tía me robó del hospital y me llevó a donde un señor sobandero. Ella me contó que yo vomité, me oriné y por último perdí el conocimiento. El señor le dijo:

—En 15 días caminará nuevamente.

Y así fue. Mi mamá ni fue más por mí, yo me quedé con mi tía y aprendí a decirle mami.

Pasaron los años, mami se llenó de odio porque mi abuelo y mi abuela se murieron de dolor por la muerte de mi padre, fueron tres pérdidas en un año. Ella lavaba ropa ajena y así me levantó junto a sus dos hijos.

Me acuerdo cuando tenía 7 años para acá aprendí a lavar, a cocinar, a tejer trasmallo, a hacer bloque con mis primos hermanos. Cuando cumplí los 8 años me pusieron en el colegio, peleaba y allá me desquitaba de lo que me hacían en la casa: a todos les pegaba y a nadie miraba bien. Mi mamita todos los días me pegaba, mientras me enseñaba los quehaceres de la casa. Como yo no hacía las cosas enseguida, ella me pegaba y si corría, peor, porque lo que veía me lo tiraba y siempre me daba. Por eso mis piernas estaban marcadas.

En las tardes, vendía en la calle lo que hubiera: mamón, pescado, guayaba y limones. Así llegué a los diez años en el mes de julio. Estando en vacaciones del colegio, mami me mandó a vender pescado, llegué a una casa, vi un señor y me hizo entrar. De pronto, alguien me agarró por detrás y me tapó la boca, yo empecé a patear para soltarme. Le mordí la mano y corrí a la puerta pero me dieron con algo duro en la cabeza y perdí el conocimiento. Ellos abusaron de mí, me tiraron lejos en un basurero. No sé qué hora de la noche

era cuando me despertó una suave lluvia. Me dolía todo mi cuerpecito y no sé cómo me paré y llegué la casa donde vivía. Al tocar, de inmediato me abrieron pero antes que hablara me entraron y empezaron a gritarme tantas cosas que no las oía. Estaba lela, ida, no sé lo que sentí. Recuerdo los cañamazos que me dieron en la espalda y me dejaron tirada en el piso. Nadie reparó el estado en que yo llegué, ni me dieron oportunidad de hablar.

Pasó algo inexplicable, nunca lo he entendido: yo sentí que alguien me paró y me llevaba cargada. Me alejé de esa casa. Mi primo al darse cuenta quiso alcanzarme pero no pudo. Pasé tres barrios, al final caí rendida en una terraza y no pude más, me dormí. Y amaneció, desperté pero no me pude mover. Llegó un muchacho que le dio pesar verme y me quiso agarrar pero yo no me dejé, él se devolvió y regresó con la hermana. Ella me levantó y me llevaron para su casa. La mamá se impresionó al verme, mucho más al ver mi espalda. Me preguntaba pero yo no pude hablar. Ellas me bañaron y yo no sentía ni dolor, ni ardor, ni pena. Me pusieron otra ropa, me ofrecieron comida pero no pude comer, no lloraba, no botaba ni una lágrima. La señora y sus hijos eran trabajadores del Bienestar y el juzgado. La señora llamó y mandaron por mí en un carro del Bienestar. Todo el que me veía se aterrorizaba pero a mí las palabras me rechinaban. Total que me revisaron y el médico dio el resultado de una brutal violación, pero yo no decía nada porque no podía hablar, ni lloraba.

Entonces me hospitalizaron. Una psicóloga iba a charlar conmigo y yo solo la oía, puedo decir que ni la veía porque yo no sé lo que observaba. Pasaron tres semanas y empecé hablar. Dije mi nombre, apellido, el barrio donde vivía pero no el de mi mamá. Ellos me embarcaron en una camioneta y me llevaron al barrio, como yo no decía por donde era, decidieron preguntar; casualmente al primero que le preguntaron que si me conocía era amigo de mis primos hermanos y los llevó a la casa. Allá todos se asustaron y yo más. Ellos comentaron todo y en realidad mami no sabía eso pero yo no me quise quedar con ellos, me puse histérica y me llevaron otra vez para el Bienestar. Contactaron a mi propia madre y ella iba hablar conmigo pero yo no le prestaba atención.

La psicóloga me dijo que tenía que escoger dónde quería vivir porque no me aconsejaba que me quedara ahí. Pasó un mes y decidí

vivir con mi propia madre, lo cual fue un error porque no vi amor, ternura: me cogieron fue de sirvienta. Un día me iban a pegar por una hermanita mía y salí caminando sin rumbo fijo. Al anochecer dormí en una terraza y por la madrugada un señor me despertó y me llevó para su casa, claro, el adelante y yo detrás. Al llegar llamó a su mujer.

Él se fue y me quedé con ella, me acostó junto a una niña y me dormí. Cuando desperté todos me miraban, yo no era mentirosa pero sí tenía claro que quería comenzar una nueva vida. Les dije que me llamaba Mónica y venía de Sucre, el pueblo que mami nombraba tanto. Les dije que me habían robado el bolso de la ropa, que ahí tenía la dirección de una tía y que no sabía dónde vivía. Enseguida les pedí que me ayudaran a conseguir un trabajo de lo que fuera. Ella me dijo que a cinco casas un señor necesitaba una muchacha, pero no muy niña. De todas formas me llevó, el señor aceptó y de una me quedé. Él se fue para el trabajo y yo me quedé sola; después la señora mandó una niña para que me ayudara y me acompañara. Yo hice lo que pude, el señor tenía la casa al revés y llegó a la 1 de la tarde con comida hecha. Me dijo que por la noche hacía mercado. Comí como nunca, tenía hambre, él solo me miraba, me entregó la mitad de su comida y yo me la comí también. Luego, me dio más jugo. Después se fue a trabajar y me dejó dos mil pesos para que comprara útiles de aseo para mí. Al frente había una tienda, yo le hice caso, me bañé, me cepillé y me puse la misma ropa.

Por la noche llegó el señor Zampallo con un mercado grande que nunca había visto. Me volví loca acomodando todo, sin darme cuenta que el señor me miraba. Entonces me dio miedo. Cuando dijo que teníamos que hablar, yo me asusté. «Es que no sé qué hacer para tu dormida, ¿sabes dormir en hamaca». Yo le respondí que sí y salió. Al rato regresó con una hamaca y cáñamo: «aquí vas a dormir unos días». Yo le pregunté qué quería que cocinara y él dijo que ya era muy tarde, que iba a comprar pasteles y patacones. Trajo seis pasteles, él solo se comió uno, yo el resto. Me dijo que comiera sin pena y que por favor me portara bien, así podía conservar el trabajo y que al otro día me traía ropa. Y me dio una camisa de él y un suéter.

Como yo me estaba quedando dormida en la silla, él me dijo que me podía dormir y me acosté. Ese señor me produjo confianza no sé porqué, a pesar de lo que me pasó. Yo me acordaba de mi mamá

y lloraba en silencio. Al otro día desperté, no sé qué hora era pero sé que era tarde. Estaba sola, el señor se había ido. Me levanté me asecé, me puse el suéter y lavé ropa. Luego, hice el aseo y organicé la casa. Cuando oí que abrían la puerta me asusté y me escondí debajo de la cama: era el señor. Al verme debajo de la cama, sonrió: «No sé qué te ha pasado pero aquí no te pasara nada, te traje desayuno, me imaginé que te levantarías tarde». Yo le dije que estaba vestida solo con el suéter porque había lavado la ropa, y me dijo: «aquí te traigo ropa». Esperé que saliera y la ropa me quedó buena. Desayunamos, me dijo que cocinara lo que quisiera que él llegaba por la tarde y que no le abriera a nadie.

Bueno, pasó un año y yo feliz allí. Él me acostumbró a decirle abuelo. Yo no salía de ahí para nada, lo que quería se lo encargaba: cuadernos, lápices, colores, diccionario, cartillas, todo eso me gustaba. Él me complacía y me trataba con respeto. Nunca le conté de mi pasado, a veces terminaba durmiendo con él porque mis pesadillas eran horribles, gritaba mucho y me ponía temblorosa. Total, él se aburría de preguntarme quién me había hecho tanto daño en la vida porque yo pasaba llorando mucho. Él se daba cuenta pero no podía contarle.

Pasó otro año y sucedió lo que hubiese sido mejor que no pasara: él se enfermó de gravedad, tanto que tomó la decisión de irse para Cúcuta a donde sus hijas y me consiguió un trabajo en otra casa. Yo me entristecí, él le dejó a la patrona nueva cincuenta mil pesos para mí. Le dijo que me comprara una cadena para mis 15 años y me comprara la torta, sandalias y ropa. Dejó el número de la casa de las hijas, yo me quedé allá y a los cuatro meses falleció. Me dio tanta tristeza.

La señora era muy buena conmigo, sólo era ella y el papá, pero mis pesadillas eran muy constantes. Ella me preguntaba pero yo me quedaba callada. Al comienzo creyó que estaba embarazada porque no me venía el periodo. Es decir, yo de eso no sabía y le decía que nunca me había venido pero no me creyó, me llevó al médico y él le dijo que yo no me había desarrollado. Ella me empezó a cuidar más, los domingos me sacaba a pasear pero le daba rabia porque no me reía. Yo le decía que me quería ir para la casa, me sentía segura encerrada.

Pasaron los años y llegó mi quinceañero, me compraron de todo, la pasé bien, aunque por dentro sentía odio. La verdad dentro de mí creció un rencor que me hizo cambiar totalmente y me dieron ganas

de tomar. Esa noche cogí la botella, me subí para mi cama, me puse a tomar y me embriagué. Quedé tan acostumbrada que me volví adicta, tomaba todos los días hasta que la patrona se dio cuenta y me regañó, pero yo no vi que me regañaba por mi bien. Total, me fui a escondidas y tomé mal rumbo, trabajaba por tomar y todo lo odiaba. Pasaron dos años perdida en el alcohol, solo quería tomar y tomar.

Vendí todo lo que tenía porque lo que trabajaba no me alcanzaba. Y no permitía que nadie se me acercara, excepto una lesbiana que se hizo amiga mía y me llevó a vivir a su casa. Conocí un hombre diez años mayor que yo, en un granero, y le caí bien, me agradó, fue algo raro. Él conocía a mi amiga, y ella le dijo que vivía en su casa y él fue por la noche allá, charlamos y nos invitó a salir. Como a él también le gustaba el licor, nos poníamos a tomar todos los fines de semana. En esa época tomaba a diario, y empecé a trabajar en un kiosco en el día. Allá también tomaba. Pasó un mes y él me propuso que fuera su novia, yo acepté pero al pasar dos meses, un día en medio de una borrachera terminé durmiendo con él y pasó de todo. Yo no me acuerdo, pero él me contó y se sintió tan comprometido que me pidió nos fuéramos a vivir. Con él tenía licor y, poco a poco, me compró las cosas. Yo igual me la pasaba tomando y como casi no lo veía eso me relajaba. Pasó un año y a él le dieron ganas de tener un hijo, pero nada que quedaba en embarazo. Me llevó al médico, me mandaron unos análisis, ecografía, y me salió un quiste. Entonces, me pusieron en tratamiento pero no lo hice adecuadamente por estar tomando. Él perdió el entusiasmo conmigo y empezó a salir con otra, que en tres meses salió embarazada. Él me lo contó y se fue de la casa. Él me pasó por un año plata mensual. Yo me puse peor, llena de odio, ira, rebeldía y tomé la decisión de irme pero mi problema fue más grande que yo y no me iba bien en ningún lado. Entonces volví a mi pueblo y comencé a viajar por los pueblos y veredas cercanas, vendiendo ropa y artículos, y de noche tomaba. Conocí varios hombres y salía con ellos solo por tomar, pero no les aceptaba ninguna relación seria. Cuando veía que eso querían, me alejaba. Una vez me levantaron a tiros y salí corriendo porque yo no quería nada en serio y él se había enamorado de mí.

Ya tenía 19 años, iba para veinte. Yo era malgeniada, grosera y apartada de todo el mundo. Conocí un hombre mayor que yo, el cual

me consintió mucho y por eso duré andando con él y, aunque me daba muchos consejos y me puso a estudiar, me dejaba tomar, me cuidaba y respetaba. Me ayudó a conseguir un carnet y me llevaba al médico, me pusieron psicóloga pero lo mío fue difícil de manejar, yo estaba bloqueada. Fui donde mi madre pero siempre discutíamos. A veces iba embriagada y yo le reclamaba por mi padre y mi pasado. Ella lloraba y no me importaba verla así, nunca hizo nada para acariciarme como yo quería, como madre siempre era muy fría, entre nosotras hubo una gran barrera que siempre nos separó.

Yo lloraba mucho por un amor a una madre o un padre, quería tener una familia, una vida normal, pero ya no sabía cómo tenerla y lloraba y bebía. Y no le decía a nadie lo que guardaba en mi corazón, todo me lo guardaba y por eso me sentía más oprimida. Pasó el tiempo y conocí un muchacho el cual predicaba. Fue cuando conocí a Dios. Entonces, empecé a desahogarme, a contarle lo terrible de mi vida y, aunque tomaba menos, lo hacía para cambiar de ámbito. Seguí mis estudios, empecé a trabajar de ayudante de albañilería y estudiaba por las noches. Terminé la primaria, validé el bachillerato, mi relación con el muchacho prosperó, él me hizo dejar poco a poco el licor pero el día que me *soyaba* se me olvidaba todo. Llegaba borracha y él no me decía nada en el momento, después me aconsejaba. Sin embargo, nunca perdí clases, en eso era responsable. Viví con el joven ocho meses y después nos dejamos: la familia de él no gustaba de mí y tuvimos muchos problemas. Él, por ellos, hasta me pegó. Yo me mudé, me fui para donde mi tío y me puse a pescar. También pasaba tiempo en el monte cortando corozo y por la noche volvía a pescar. Total que pasó un año y me volví a inscribir en el colegio para terminar el bachillerato, hasta que mi madre me llamó a decirme que en el periódico había salido la muerte del joven, Edwin, el muchacho con el que yo viví. Me dio tristeza pero no podía hacer nada. Pasó un mes y me fueron a detener en clases porque yo era la principal sospechosa del homicidio. Me trajeron para Sincelejo y me llevaron para La Vega donde me dio mucho dolor pélvico y bastante sangrado. El INPEC me trasladó para Barranquilla para que me hicieran una revisión médica. Allá pasé tres meses, luego me regresaron y el proceso estaba en las mismas. Cambié de abogado y las cosas empezaron a dar buen giro, demostré mi inocencia y salí. En ese tiempo demoré

recluida un año y trece días. Allí aprendí a hacer muñecas, bolsos y sandalias. Cuando salí hice un préstamo en el banco y lo invertí en material y trabajé, pero algo me faltaba, estaba vacía, no era feliz y hasta ahí les cuento. Ya no tengo más en donde escribir y eso que me he saltado muchas cosas.

NO ERES COBARDE

Rolando Carriazo



Desde niño me gustaban los animales. Con otros niños de mi edad pasábamos cerca del río pescando y cazando iguanas, babillas, etc. Una vez nos metimos muy adentro del monte. Nos habían advertido que la guerrilla andaba por esos lados, pero por la ignorancia de ser niños no nos importó y, efectivamente, dimos con ellos. Yo llevaba unos huevos de iguana. Nos preguntaron qué buscábamos y les dijimos que estábamos cazando animales. Sonrieron con ironía: «¿acaso no saben que eso está prohibido?». «No, no lo sabíamos», respondimos. Y fue cuando nos destriparon los huevos en la cabeza. En ese entonces no tenía idea cuál era su misión, los guerrilleros solo nos regañaron y nos mandaron a casa.

En esa época mi vida era muy difícil: a mi madre le tocaba trabajar muy duro, muchas veces lavando ajeno, yo me dedicaba a vender boletas de rifas. Por mucho tiempo me tocaba asistir al colegio sin un tinto. Fueron tiempos muy duros hasta cuando cumplí 15 años. Un día me di cuenta que uno de mis compañeros de barrio estaba metido en algo: «Amigo, yo le tengo una, hay un señor que necesita unos pelaos». Yo le pregunté que eso para qué. Entonces, me dijo: «yo no sé, pero dijo que nos pagaba bien y que nos va a dar plata para

que le dejemos a la familia, el viejo se ve que tiene plata». Pasaron veinte días, el amigo se desapareció y no lo volví a ver. Entonces otro amigo y yo nos fuimos a Taraza, Antioquia, a trabajar en las minas. Desde allá le enviaba plata a mi mamá. Luego, por motivos personales, regresé a mi casa.

Un tiempo después me fui para el ejército. Allá pasé por muchos contratiempos, tuve muchos combates con la guerrilla y aun no entendía porqué peleábamos. Los comandantes nos decían que ellos eran nuestros enemigos, que secuestraban y mataban a sus víctimas. Así pasaba el tiempo hasta que un día ellos, en un retén, mataron a un compañero que viajaba conmigo. El se asustó y un guerrillero le preguntó qué pasaba y comenzaron a maltratarlo, a preguntarle quiénes venían con él. Mi compañero no lo soportó y comenzó a correr. Los guerrilleros se entretuvieron con él, mientras otros y yo, no sé porqué, nos fuimos loma abajo.

Luego de dos días aparecimos en un pueblito. Los que se escaparon conmigo me decían: «tranquilo, *pelao*, que con nosotros está bien». Y la sorpresa que me llevo es cuando en el pueblo donde estábamos aparecieron un grupo de personas uniformadas y, lógico, no eran soldados porque los que teníamos la zona éramos nosotros, o sea el ejército. Yo les pregunté: «Ey, amigo, quiénes son esos manes». Voltaron a mirar con unas caras de picardía y repitió: «soldadito, con nosotros no le pasara nada». Sorpresa me llevé cuando uno de los hombres le dijo a otro uniformado «comandante». Y el hombre le respondió: «me alegro por ustedes, creíamos que los habían matado pero tranquilo que ya un pelotón se está dando con ellos, y tienen muchas bajas». El hombre portaba un fusil AK47. Entonces comprendí que esos manes eran AUC. Lo mejor de todo es que me obligaron a uniformarme, me dieron un fusil y de inmediato me dijeron: «eche pa'lante, soldadito, que vamos a recuperara su compañero».

Pasé una semana combatiendo al lado de las AUC. Yo les preguntaba: «¿hasta cuándo voy a estar con ustedes». Y ellos me decían: «si no estuvieras una semana, ya te hubiéramos fusilado, pero vemos que no eres cobarde, y tranquilo, mijo, en cuanto podamos llamo al comandante tuyo y le hago la entrega formal».

Esa fue la primera vez que tuve roses con las AUC hasta que llegó el día de baja y me fui a casa donde pasé un par de meses. Allí trabajé

con mis hermanos en un taller, pero las cosas no marchaban muy bien por lo que decidí marcharme a otra parte en busca de un mejor futuro, pero la mancha de la guerra no es posible arrancarla con un fusil.

CUERPO MÍO

Humberto Jaime Reyes Hoyos



Oh, cuerpo mío
eres la máxima expresión
de una vida llena de dificultades.

Oh, cuerpo mío
pero sé que hay en ti
la esperanza de la libertad.

Oh, cuerpo mío
eres el reflejo de una vida
llena de sentimientos,
adversidades y de felicidad.

Oh, cuerpo mío
eres mi hogar
y mi anhelo es darte
con mi actuar mi libertad.

SUEÑOS DE UN DESPLAZADO

Jorge Eliécer Anaya Barrios



¡Qué confortante es volver a la tierrita nativa
donde se respira vida y se siente renacer!
¡Qué placentero es volver a este suelo
bien amado olvidando lo pasado,
Reunirme con los vecinos,
Sin pensar porqué me fui,
Sin pensar por qué he venido!
Saber si, que estoy aquí
y que aquí me dé de quedar
que no me vuelvo a marchar
porque esta es la tierra mía,
estos montes de la serranía,
Yosoy de ellos y ellos son de mí
y aquí he vuelto sin recelos,
bajo el amparo del cielo y la voluntad divina
¡Que confortante es volver a cultivar la parcela,
escuchar las guarumeras con su canto lastimero,
el berrido del ternero de la normanda lechera,

el gallo giro en la brega correteando las gallinas,
El garañón de polillas rebuznando en la arboleda.

No regreso a la ciudad,
se acabó la pesadilla,
Ya la luz de la paz brilla en toda la patria mía,
en los montes de la serranía,
tierra que me vio nacer,
volvió el campo a florecer con las nuevas esperanzas,
ya en las tierras de labranza se ve la espiga crecer.

MEDELLÍN



David Macías Isaza
Director del Taller

Complejo Carcelario y Penitenciario El Pedregal- Medellín
Establecimiento Penitenciario Bellavista- Medellín

MUNDO DE CRISTAL

Francy Elisa Moreno H.



Yo vivía en un mundo de cristal donde todo era lindo, donde no existía la pobreza, ni mucho menos el dolor. Todo era color rosa. Tenía un hogar maravilloso con mis 3 hijos, aunque no tenía a su padre al lado. Yo era capaz de darles todo: un lindo hogar donde vivir, un buen colegio, excelentes paseos y, en fin, tantas cosas que creía que lo eran todo... pero de repente este mundo se estaba derrumbando y debido a un mal negocio, entramos en quiebra. Mi mejor amiga estaba a punto de perder sus propiedades y yo era su codeudora frente a los bancos. Por esos días me llamó un conocido para preguntarme si me interesaba un negocio donde nos iría muy bien. Yo le contesté que plata era precisamente lo que necesitaba, pues andaba en una crisis económica que me iba a enloquecer. Me citó en el restaurante Palmitas. El negocio que me planteó era sencillo: solo tenía que firmar unos papeles con mi licencia de contadora pública. Allí también conocí a Carlos, un hombre joven, hermoso, muy amable. La reunión fue muy interesante y me sentía cerca de salir de mis problemas económicos. Así fue como comencé el camino que me trajo a este tormentoso lugar.

No puedo decir que fue Dios quien me trajo esta oportunidad, diré que fue la vida la que me colocó todo para que el negocio se

diera, empezaran a fluir las cosas y así yo fuera saliendo de mis apuros. Un día ya no tenía deudas, volví a tener mis comodidades, volví a ser feliz, o a experimentar eso que yo creía que era la felicidad. Así pasaron cuatro años relativamente tranquilos, hasta que sucedió lo inesperado. Recibí una llamada de la secretaria del Fiscal para que me presentara a un interrogatorio. En ese momento me llené de temor y llamé a Carlos para ver qué íbamos a hacer. Nos reunimos a diseñar estrategias, pero fue imposible: la Fiscalía tenía todas las pruebas en nuestra contra y, después de siete meses de investigaciones, sucedió lo que sabíamos que iba a suceder: la entrada a la cárcel. Esos siete meses previos sentí como si estuviera preparando mi propia muerte. Empecé a organizar mis cosas personales, el trabajo, la parte económica y, por último, mi familia que era lo que más me dolía y que sentía que acabaría con mi vida.

En junio, después de haber estado en la Fiscalía de Bogotá, hablando con el Fiscal General de la Nación, les pedí aplazar un poco este proceso para salir de vacaciones con mis hijos, ya que eran las últimas que tendría con ellos. Me concedieron el permiso y nos fuimos para Santa Marta. Fue el paseo más doloroso para mí y el más feliz para ellos; era la última vez que los disfrutaba y que los vería reír tan alegres. Disfrutaron de mí, sin saber lo que pasaría en pocos días, sin saber que se iban a quedar sin su madre por varios años. Tenía que ser fuerte delante de ellos para no amargarles el paseo.

Después de pasar noches enteras en un solo llanto, sin saber qué iba a pasar con ellos, regresamos de vacaciones y yo continué organizando todo, preparándome.

En agosto mis hijos hicieron su primera comunión. Fue algo sencillo pero inolvidable. Salimos otra vez de paseo, esta vez uno corto a Santa Fe de Antioquia, a Tonusco, una hostería que les encanta. También fue triste para mí, pues era inminente la hora de partir y tenerlos que dejar. Un mes después llegó la despedida. Era sábado, estaba en un centro comercial disfrutando con ellos cuando recibí la llamada del abogado diciéndome que nos teníamos que presentar el lunes para imputación de cargos. Sentí que moría, no sabía cómo disimular ante mis hijos el dolor y la angustia. Sin embargo, logré terminar con ellos el día, almorzamos, vimos una película y después les compré el *Play* que querían de traído del niño dios. La pregunta

no se hizo esperar: «¿por qué nos diste el *play* si era el traído del niño dios?» No supe que contestar, solo quería llorar y tenerlos entre mis brazos, pero les contesté: «porque se los quiero dar ya».

Luego, fuimos a comer y por último los llevé a la casa, los senté en la sala y les conté la verdad sobre lo que iba a pasar. Esto fue lo más doloroso que he tenido que pasar en mi vida, sentí que el corazón se me desgarraba, que me moría al ver el llanto y el desespero de mis hijos, la impotencia frente a lo que estaban escuchando. Ellos solo me abrazaban. Me sentí la peor madre del mundo al ver sufrir unos seres inocentes, porque si alguien es inocente en este proceso son esos niños, que jamás pidieron nada y mucho menos exigieron algo. Todo fue mi culpa, por mi ambición. Así empezó mi calvario, el camino al cementerio de los vivos.

UNA VIDA NORMAL

Deisy Bibiana Adarbe Ruiz



Mi nombre es Yencil, tengo 23 años y de pequeña sufría de asma. Un día, tuve una de esas crisis en que pensé que moriría y a mi padre no le importó ni un poquito lo que me sucedía porque, mientras sentía que me iba poco a poco, él estaba feliz en su boda, olvidando que tenía una hija que lo necesitaba. Eso fue cuando tan solo tenía seis años.

Cuando me encontraba en la edad en que una joven desea tener novio, amigos y disfrutar de la juventud, me sentía cohibida de las cosas porque mi padre no me dejaba salir ni a la esquina. A veces lograba escaparme para reunirme con mi amiga Tatiana en la tienda de don Jaime para tomar un refresco, conversar con amigos, planear un paseo o una salida pero, en ese preciso momento, aparecía mi señor padre y me decía: «yo ya ni sé cuantos novios es que *tenés!*». Sentía que se me desplomaba todo de la vergüenza con mis amigos, era inevitable que me sonrojara con los shows que me hacía. Fue desde ahí que comencé a sentir odio por mi padre al igual que por la vieja con la que nos abandonó.

Al cumplir 16 creí conocer a mi príncipe azul. Fue un día realmente espectacular, me encontraba almorzando en un restaurante y, de repente, puse mi mirada en la mesa del lado donde se encontraba

ese hombre que lucía hermoso. Él me regaló una sonrisa y una mirada pícaro que me flechó. ¡Cupido se apoderó de mí dándole un giro total a mi vida!

Me moría de ganas por hablarle, pero realmente era una joven bastante tímida y ese no era mi estilo. Después de unos cuantos minutos tenía que partir, cuando por fin se decidió a hablarme. Primero me saludó: «Hola, ¿qué haces ahí tan solita? ¿Puedo hacerte compañía un momento?». «Sí, claro», le respondí, con un tono más bien duro que lo condujo a decirme: «pero... ¿por qué tan seria?». Ahí sí logró sacarme una leve sonrisa mientras decía: «Yencil, ¿me puedes regalar tu número de teléfono?». Me di media vuelta y le respondí: «¿Para qué?». «Es que no quiero perder el contacto contigo». Como me sentía atraída por él, ni corta ni perezosa se lo di. Mientras continuaba mi camino, vi como se desprendía una sonrisa de esos tiernos y hermosos labios.

A las seis de la tarde sonó mi teléfono, sin saber quién era sentí un sustico porque algo me decía que podría ser él, y no me equivoqué. Me hizo una invitación que rechacé, le dije que imposible, porque estaba un poco ocupada. Obvio, no era cierto, solo que quería ponerlo a esperar un poco. La semana siguiente por fin le acepté su invitación. Desde ahí comenzamos a tener una bonita amistad y también empeoraron los problemas con mi padre, pues se dedicó a hacerme la vida imposible con Julián.

Cada día que pasaba me sentía más enamorada. Fueron ocho meses felices, creía haber tocado el cielo con las manos, hasta que mi querido padre terminó saliéndose con la suya. No podía permitir que ningún hombre estuviese a mi lado y comenzó a presentarle otras viejas a Julián, metiéndoselas por los ojos, hasta el punto de llevarse las al apartamento y *cranear* el plan perfecto: que yo presenciara la horrible escena. Fue lo peor, sentí que mi mundo se derrumbaba al ver como el hombre que yo amaba estaba en la cama con otra mujer, en la misma donde juntos solíamos hacer el amor. No tuve el valor de hacer nada. Me fui para una tabernita que quedaba en toda la parte central del pueblo, tratando de ahogar en alcohol todo el dolor que estaba sintiendo. Después de enterarme que mi padre había sido artífice y cómplice de todo eso, sentí odiarlo más de lo que ya lo odiaba, al igual que a Julián.

Fue ahí que comenzó mi venganza. Decidí pasarle otro hombre por la cara a Julián, mientras él se mordía de los celos y me suplicaba que lo perdonara. Comencé a salir mucho, a embriagarme con más frecuencia, ya no me importaba nada. Ellos habían destruido cualquier sentimiento bonito que hubiese existido en mí. Decidí ingresar como miliciana al ELN, buscando una manera más fácil de matar a Julián y destruir a cualquier persona que quisiera hacerme daño. El único culpable de lo que sucedía en mi vida era mi padre, así que le hice la vida imposible. Me colé en su hogar haciendo que tuviera una vida amarga con su mujer. Tanto fue mi odio que fingí ser su amiga y quererlo para poder destruir cualquier momento de felicidad. Le presenté muchas amigas para que le pusiera los cachos a mi madrastra. Un lunes, mientras ella estaba en el trabajo, llamé a una amiga para que viniera a la casa. Fue divertido porque de repente apareció mi madrastra y los vio. Mi padre no pudo darle ninguna explicación y nadie podía quitarme la sonrisa que llevaba plasmada por lograr mi objetivo. Su matrimonio, en ese mismo instante, se acabó. Mi papá terminó viviendo solo.

Por hacer parte de la milicia clandestina debía viajar más seguido y hacer lo que mis comandantes me ordenaran. Al poco tiempo, mi padre se enteró de lo que estaba pasando, me pidió que habláramos. Le respondí con una voz dura: «¿Qué quieres?». «¿Por qué haces lo que haces?», me preguntó. «¿Y todavía lo preguntas?», le contesté con un nudo en mi garganta mientras las lágrimas se deslizaban por mis mejillas. «Todo es tu culpa, destruiste mi niñez, mi juventud, no me dejaste disfrutarla, dañaste mi vida por completo», le dije muy grosera. Él intentó pegarme pero pude esquivarlo. «¡No te atrevas a tocarme!», le grité sacando mi pistola, apuntándole justo en la cabeza. Hubieran visto la cara de asombro que puso, creo que casi se desmaya. Con voz temblorosa, me decía: «Tranquilízate, hija». Por primera vez se le escuchó tierno, pero no era precisamente de amor, sino del susto. Me le ref: «¿Crees que soy la misma niña estúpida con la que hacías todo lo que se te antojaba, sin importar lo que yo sentía? Déjame decirte que estás muy equivocado». Al terminar me fui para mi verdadera casa con mi madre.

No se me olvidaba que quería matar a Julián y continuaba planeando cómo hacerlo, aunque mi corazón le perteneciera. Pasaron

Los días y sentía que no sería capaz de continuar con la venganza, me estaba haciendo daño y no era justo continuar lastimando mi corazón con un mal recuerdo. Fue ahí cuando decidí dejar todo atrás y olvidarme de Julián y de la dichosa venganza. Una mañana, conversando con mi comandante me preguntó: «¿Por qué estás tan triste y desanimada?». Fue como si escarbaran mi herida. Le conté lo que me estaba sucediendo. Su respuesta fue: «Olvida eso, eres demasiado joven para amargarte la vida por un hombre, ¿por qué no le das otra oportunidad?». No podía creer lo que mis oídos estaban escuchando, mi comando dándome un consejo, ¡increíble! Pero era una realidad. Al final acepté, dejando el pasado atrás para comenzar una nueva vida.

Pasó algún tiempo. Le di una oportunidad a Julián pero ya no era igual que antes, de hecho, era peor. Mientras hacíamos el amor, en mi mente aparecían esos momentos negros que mataban cualquier pasión. Fue imposible continuar con esa relación. Me volvió a calar la idea de vengarme de él, de castigarlo, tenía que pagar por lo que había hecho. Después de planearlo muy bien, lo invité una mañana helada a la finca. Después de darle un beso apasionado aceptó y nos fuimos. Al llegar comenzó lo mejor: en la tarde lo encerré en un sótano. Allí lo dejé 3 días sin alimentos y sin agua, obviamente con permiso de mi comandante. Lo amarré a una silla de madera, lo torturé poco a poco hasta el punto de hacer que me suplicara y me pidiera perdón. Las últimas dos cosas que hice fue cortarle el pene con una navaja afilada preguntándole si le gustaba ese dolor, porque mientras él disfrutaba a mí me dolían las entrañas por sus traiciones. Le dije: «tu hora llegó». Mientras se desprendían las lágrimas de sus ojos cogí mi pistola y le puse un tiro en la cabeza. Murió, pero me sentía triste y vacía.

Meses después, estando internada en el monte, una noche donde solo se escuchaba el ruido de los cocuyos y las ranas, nos cayó una emboscada del ejército. «Nos atacaron», gritaba mi compañero de *cambuche*. El pánico invadía mi cuerpo. Fueron varias horas de combate, hasta que logramos escapar. Muchos quedamos heridos por los misiles que nos lanzaron desde el aire. Pasaron como seis meses y yo ya estaba decidida a pedir la baja. Llevaba ya seis años en el ELN, pero lo que nos había sucedido en el combate anterior me había dejado sin ganas. Una noche mientras prestaba guardia, me acerqué al *cambuche*

de mi comandante y en voz baja le dije que me ayudara con la baja, que ya estaba cansada y extrañaba a mi familia. Me respondió que sí, que no había ningún problema. Me sentí realizada, lo abracé y le di las gracias. Me miró con cara de satisfacción y sonrió. A la mañana siguiente me marché y regresé a mi hogar donde estoy disfrutando mi juventud y una vida normal con mi familia.

PHANTOM

Nóvile Humberto García Soto



Es 12 de octubre, se cumplen 500 años del supuesto descubrimiento de América. Los veracruzanos, en su mayoría están arremolinados en el malecón del puerto, enfiestados. Bailan danzón, un ritmo cubano adoptado por ellos. También bailan danzas jarochas autóctonas de su tierra, al ritmo de señoras marimbas tañidas a cuatro manos.

Pero no es la fecha conmemorativa lo que celebran, es la llegada de Phantom, un navío procedente de Francia que transporta un afamado circo europeo que lleva el mismo nombre. Atracan en el muelle y los personajes circenses son paseados en carrozas por las principales calles de Veracruz hasta Alvarado, puerto pesquero vecino; luego, rodean su laguna y regresan. Hacen una estación en el monumento a los *Niños héroes* y terminan el recorrido nuevamente en el malecón.

Tres días después la gran carpa está armada, los pendones en las calles y avenidas anuncian dos funciones diarias. Su estadía será de dos semanas. Es el día 15, se abre el telón. Phantom está totalmente atiborrado, el espectáculo inicia, durará cuatro horas. Son las siete de la noche. Los arlequines italianos hacen reír al público con sus bufonadas, los trapecistas ucranianos dan lo suyo, al igual que los malabaristas rusos; los españoles bailan flamenco y jota, los franceses

prestidigitan e ilusionan ópticamente. Las auténticas gitanas belgas practican quiromancia entre el público y así, sucesivamente, se da un derroche de altura circense traída del viejo continente hasta el acto final: la presentación de mujeres preciosas, *Divas de Ensueño*, traídas de diferentes países, hechas en cera a tamaño natural, con colores de piel y vestimenta originales; es lo más esperado por el respetable, el cual se para, ovaciona y aplaude. Los artistas hacen la venia, agradecen y se despiden en un último desfile. La función es todo un éxito.

A la mañana siguiente, varias personas están en el *Café de la Parroquia*, famoso por el sabor del café recién tostado y molido que allí sirven. La gente hace comentarios sobre la buena presentación de la noche anterior. Alguien del circo se encuentra mezclado entre los clientes, observando a las bellas damas de la región y a algunas turistas que allí desayunan. Un rato después, muy cerca de allí, jovencitas hermosas se encuentran visitando *El Baluarte de San Juan de Ulúa*, un viejo fuerte de la época colonial.

Al día siguiente, sobre las medianas rocas que circundan el baluarte, las olas marinas golpean el cuerpo de una hermosa joven vestida con una trusa fucsia y unos pantis negros. Su cabeza está casi separada del tronco y abierta en su parte posterior. Su masa encefálica está algo diseminada, revuelta con su luenga cabellera de rizos dorados. La autopsia realizada por el forense, dictamina muerte por lesión craneoencefálica producida por impacto con las rocas. En el pueblo hay preocupación, pues su compañera no aparece. Se tejen versiones de que el mar se la tragó. Las exequias de Mariana Ferrer se realizarán sábado en la tarde.

Días después, el circo recoge su carpa y viaja hasta *Puebla de los Ángeles*, capital del estado de Puebla, pasando a escasos kilómetros del Pico Orizaba, la mayor altura de México, con su imponente copo de nieve que otea las hermosas milpas cultivadas a su alrededor. Erigen a *Phantom* en un lote rentado a la multinacional Volkswagen. Antes de la primera función, luego de su paseo acostumbrado por la ciudad, visitan la catedral y se admiran de dos cosas en especial: las campanas inmensas que, con un peso de 70 toneladas, la leyenda dice que fueron alzadas y colocadas ahí por los ángeles en horas avanzadas de la noche, cuando todos dormitaban, después de que los hombres del pueblo no pudieron levantarlas. Lo otro para admirar es el órgano de

la Catedral, considerado el tercero en tamaño más grande del mundo, de origen alemán, en el que una persona grande y obesa cabe perfectamente en algunas de sus flautas o tubos.

La carpa se abre y asisten, como de costumbre, las personas presntantes de la alta sociedad. Las damas más hermosas se ubican en VIP Alguien, en medio de tanta gente las observa. Entre ellas está Xochitl Luna, quien quiere que su figura joven y esbelta quede representada en una muñeca de cera. El manager del circo le da una tarjeta con el itinerario de la gira a seguir en sus próximas presentaciones. En el diario matinal de la región se denuncia la desaparición de una linda dama de la sociedad poblana. Parece que se trata de un secuestro y se pide a los captores respetar su vida. Una semana después, el circo levanta amarras y se establece en el Distrito Federal de la ciudad de México en la delegación de Xochimilca, en una explanada al pie de uno de los muelles donde se embarcan las personas en *trajineras*, que son vehículos acuáticos que tratan de semejar las góndolas venecianas, y que son adornadas con guirnaldas y ramos de flores que se cultivan en los viveros alrededor de los canales que se utilizan como vías. Estos conductos eran bastante extensos, pues cubrían toda la ciudad de México en épocas de la civilización Azteca, cuando se llamaba Tenochtitlan e iba desde Texcoco hasta Teotihuacán (lo que hay ahora es un reducto de lo que fue y es apreciado turísticamente en paseos acuáticos para los turistas y enamorados).

El circo abre nuevamente su carpa y maravilla a la gente con su espectáculo. Las niñas más hermosas de la ciudad están allí en VIP: alguien las observa detenidamente. A la semana, un grupo de 3 bellas mujeres no regresa a casa. Son primas que salieron sin permiso. Indagando se dan cuenta de que fueron vistas montadas, ellas solas, en una trajinera llamada Panchita (con nombres así bautizan estos vehículos). El trajinero es detenido como sospechoso de la desaparición por la Procuraduría Judicial de la República (PJR), pero él explica cómo fue el recorrido y en dónde las dejó. Dos días después le dictan auto formal de prisión, pues dos cuerpos son encontrados en estado de descomposición, semienterradas en un paraje en medio de dos canales de navegación, con las cuencas de los ojos vacíos: les habían sido extraídos quirúrgicamente.

En la función del domingo siguiente, en fila VIP, se encontraba Xochitl Luna, fascinada con las máscaras de cera. Se le volvió una obsesión convertirse en un maniquí viviente. Le hace señas al maniquí, éste solamente mueve el ceño. En las siguientes presentaciones, Xochitl está ahí de nuevo disfrutando lo circense. Un hombre como de 42 años se sienta a su lado, es alguien que eventualmente ha seguido el circo por el mundo. No habla bien el español, tiene acento francés. Durante 11 años ha escrito crónicas alusivas al espectáculo circense, especialmente de Phantom, pero esta vez se inquieta al reparar las muñecas de cera; ve en una de ellas a su hija menor desaparecida seis meses atrás en Lyon, Francia. Linda, esbelta, rubia, de piel perlada y ojos color lila. Eso fue lo primero que reconoció. Se agitó tanto que Xochitl lo auxilió. Él le contó su sospecha. Ella, en medio de su incredulidad promete ayudarlo, pero le pide que guarde la calma, que no se evidencie ante las circunstancias.

Durante 3 semanas Xochitl asiste una vez por cada función diaria al espectáculo, y se hace amiga del manager, a quien convence de reproducirla en cera. Él le pide que le dé tiempo, le encarga fotos de cuerpo entero y de su rostro. Ella le entrega lo pedido y él le toma las medidas para hacer el maniquí primero. Al día siguiente, el periodista francés se encuentra con ella en un restaurante de la cadena Sanborn's, almuerzan y se despiden después de haber planeado algo. Por la noche de ese viernes 13 de diciembre, ya terminado el otoño, Xochitl acude a la cita secreta que el manager le ha propuesto. Entra a una casa rodante y él le explica todo el proceso a seguir. Quedan de acuerdo que cuando estén de regreso en Veracruz, él le hará su representación en muñeca de cera antes de zarpar nuevamente a la mar.

El 28 de diciembre, día de los santos inocentes, ya en época de invierno, es la cita. Va acompañada de Gerard, el reportero francés. Al llegar al sitio de encuentro ella se aparta del periodista y se dirige a encontrarse con Pierre, cirujano plástico de profesión, manager, dueño del circo, de origen francés y padres tunecinos.

Caminaron bordeando el malecón hasta llegar al barco, seguidos, muy de cerca, por Gerard, sin ser visto, aunque ella sabe que es parte del plan. Abordan a Phantom, un viejo navío de carga adaptado. Entran en una gran bodega donde hay infinidad de mujeres hermosas talladas en cera, sus curvas corporales son casi perfectas, al igual

que las facciones del rostro. Pierre va por delante, ella lo sigue. Va un poco temerosa pero puede más su obstinación. Al entrar, deja la puerta entreabierta. Gerard se introduce también, se esconde en un pequeño camarote desde donde puede otear todo el lugar. Alcanza a ver el cuerpo de su hija momificado. Hace un esfuerzo sobrehumano para contenerse, mientras Xochitl recorre todo el lugar con Pierre, quien le explica con detalles qué va a hacer con ella. Xochitl se asusta, trata de gritar, pero él le dice que nadie la va a escuchar, pues el sitio es a prueba de ruidos, además nadie conoce el lugar internamente, ni siquiera los integrantes del circo ni la tripulación. Xochitl se pone inquieta y Pierre le golpea el cuello, desmayándola. La ata junto a un poste enfrente de los últimos cadáveres de las desaparecidas en su gira por México. Xochitl recobra el conocimiento en el preciso instante en que les extraía el cerebro, el corazón y las entrañas a los cadáveres. Luego los lava con vino de palma y le explica que durante 70 días los sumergirá igual que el suyo en una solución salina. Le dice que su cuerpo se convertirá en una momia, contrayéndose su piel hasta que se ponga escasa y dura, para que recubra el esqueleto, le cuenta que es la misma técnica que usaban los egipcios, la momia se llena de mirra y otros productos diferentes. Después se da inicio al proceso de enceramiento para rellenar y dar forma al cuerpo, el que ha sido previamente moldeado para que sus características queden iguales. Xochitl hace un esfuerzo y se desmaya momentáneamente. Pierre se aleja en busca de otros elementos quirúrgicos. Mientras tanto, Gerard sale de su caleta y va en su auxilio. Pierre va en busca de ella, le dice que la va a complacer volviéndola una muñeca de cera, pero que lo va a hacer por primera vez en vivo y en directo, sin anestesia, pero drogándola naturalmente con peyote, algo natural que consiguió en el camino de regreso en un punto llamado La Malinche, en la sierra entre el estado de Puebla y el estado de Veracruz.

Pierre le dice a Xochitl que se sienta feliz para que su rostro no se deforme en muecas y conserve rasgos de lucidez. En el momento en que va a inyectarla, Gerard pierde el control y se lanza sobre él, éste le hace el quite y se enganchan cuerpo a cuerpo en tenaz pelea. El periodista le grita que le va a sacar el alma por haberse metido con Brigitte, su niña de ojos color lila. Este, cínicamente le dice que “son los más hermosos que jamás haya visto”, y que por eso los inmortalizó.

Gerard pierde el equilibrio y cae hacia atrás, Pierre se le va encima con una daga, pero Xochitl le hace zancadilla y se va de bruces. En la caída suelta el arma, que agarra Gerard. Éste, en un abrir y cerrar de ojos, troza las cuerdas que atan a la joven, quien se une en la pelea. En medio de la bodega se halla una gran olla donde se cuece la cera para la formación de los cuerpos. Pierre golpea al periodista fuertemente, pierde el conocimiento y rueda por las escalas de hierro. Entonces, Xochitl trata de huir pero el manager la alcanza, la toma por la cintura para dominarla, y ella, en medio de su desesperación, se da vuelta y clava sus uñas en el rostro del cirujano agresor, el cual pega un alarido como de lobo siberiano. De su cara prenden unas tiras largas de algo que se ve raro y asqueroso, como si su faz hubiese sido hecho con espaguetis. Suelta a su presa y en su dolor intenso, se ve reflejado en una lámina brillante de acero inoxidable. No soporta verse y desesperado, se lanza al vacío, cayendo al interior de la olla llena de cera líquida hirviendo. Gerard despierta, busca a su hija, la carga en brazos y le susurra al oído: «ven, vamos a casa, mamá te espera». Xochitl lo abraza y salen del Phantom. Caminan y se pierden entre la nebulosa bruma que a la madrugada cubre el malecón.

RETORNO

Hernando de Jesús Quiroz

*A mis tres poderosos hijos,
a mi heroína... a mi esposa*



Quedó petrificado. Sus dedos estaban crispados y su mirada quieta, fija en aquel cuerpo que yacía sobre un charco de sangre que ya empezaba a secarse. El teniente no reaccionaba: sus músculos no le respondían. Vio a su hijo ahí, tirado en el umbral de la puerta de su propia casa. Había visto muchos cadáveres en iguales o muy similares circunstancias, pero su joven hijo, la razón de su vivir... eso no podía suceder... baleado y asesinado... el teniente cayó de rodillas.

Había dejado a su hijo en la puerta del colegio. El joven se apeó del vehículo, cerró la portezuela y a través del vidrio se despidió del teniente, su padre. Él lo vio alejarse y perderse entre el maremágnum de estudiantes mañaneros. Siguió su camino y pronto llegó a la estación policial donde él se desempeñaba como subcomandante. Saludó a los agentes que le esperaban y se dirigió a la oficina del Mayor Argaes. Éste ni respondió al saludo, estaba sentado en el borde su escritorio, alto y fornido, cincuenta y cinco años, aunque su cabello ya estaba completamente blanco.

—Mire, Teniente —le espetó con voz seca y fuerte—, tenemos informaciones de que un pequeño grupo de delincuentes ingresará por la autopista sur. Al parecer vienen a hacer un «trabajito» con

relación al menudeo de estupefacientes. Arme el operativo necesario. ¡Quiero a esas basuras tras éstas rejas, en la tarde! —y le señaló el calabozo de la estación. El teniente Perdomo no tuvo necesidad de despedirse. El Mayor, en un abrir y cerrar de ojos, se escabulló por la puerta trasera de la oficina.

—¡Vamos muchachos, vamos! —acosó el Teniente a los agentes que había saludado, momentos antes, al entrar a la estación—. Se quedan Suárez y Cardona, los demás nos acomodamos de a seis en cada una de las dos patrullas. Traigan las barreras y los reductores de velocidad, vamos a armar retén en el sur, por la autopista.

Con mucha rapidez la orden fue obedecida. En pocos momentos estaban instalando el puesto de vigilancia a la entrada de la ciudad. Detenían los vehículos, verificaban la documentación y hacían una rápida inspección a los compartimientos de los autos.

La camioneta negra con líneas rojas, totalmente cabinada, avanzaba con lentitud. Eran cerca de las doce del mediodía. Los agentes, ya cansados, orillaban uno que otro carro. La camioneta negra pasó el primer par de agentes, también rebasó al segundo par y continuó al tercero. Cuando el agente Peláez se le atravesó indicando con la mano derecha el pare y con la izquierda señalaba la orilla de la calzada, el conductor fijó su mirada en los ojos del policía y por un momento, una fracción de segundo tal vez, se paralizó. Cuando reaccionó, se dirigió al lugar indicado.

—Buenas, caballero. Me hace el favor: los documentos del vehículo y los suyos —dijo Peláez con una voz ya cansina.

El conductor metió la mano en la guantera, sacó una bolsa de plástico grueso y extrajo unos papeles que entregó al policía. Peláez echó una mirada al interior del vehículo: adelante sólo iba el conductor, atrás lo acompañaban dos hombres inmutables que lo saludaron levantando las cejas. Volvió su atención a los documentos que aún no había verificado. Sin devolverlos aún, miró nuevamente al interior del vehículo.

—¡Señores, les voy a pedir el favor de bajarse para una requisal! —dijo Peláez.

—Pero... señor agente —dijo el conductor— estamos con un poco de afán. ¿No podría colaborararnos?

Peláez no contestó a su pregunta, solo reiteró la orden.

—Mire, señor agente: es que vamos al hospital, mi hermano está moribundo allá en urgencias —replicó el piloto.

—Esto no va a demorar mucho, entre más colaboren, más rápido se van —le respondió Peláez—. Bájense, por favor.

—Señor agente, ¿podríamos hablar con su superior? —pidió el conductor.

—El les dirá lo mismo —espetó el agente.

—Queremos hablar con él —reiteró su interlocutor.

—No van a ganar nada, pero... —contestó el policía, mientras con las manos llamaba la atención de su compañero. Señaló la presilla del hombro y aquel entendió que debía llamar al Teniente.

—¿Qué ocurre? —preguntó el suboficial mientras se acercaba.

—Teniente —dijo el conductor—, estamos un poco de afán y el agente insiste en la requisa.

—Es el procedimiento —replicó el superior.

—Vea teniente —dijo el chofer con voz un poco más baja y tratando de alcanzar un poco más de cercanía con aquél, sacó un poco el cuello por la ventanilla—. ¿Podríamos hablar un poco más en privado? —y miró a Peláez que aún estaba cerca.

—¡Peláez! —Ordenó el Teniente—, orille otro vehículo.

—Vea, Teniente —dijo el conductor de la camioneta negra con líneas rojas—, nosotros trabajamos con Lucho, *El Negro*. Llevamos un poco de munición y unas *pietro*. Tenemos algunos problemas con unos *pelaitos* que nos están metiendo polvo del otro lado. *El Negro* le manda esto —y sin sacar la mano del vehículo le exhibió un rollo de dinero envuelto en cintas de cartucho—, no queremos problemas, solo queremos solucionar el nuestro.

Los ojos del teniente detallaron el fajo y luego se percataron de la ubicación de los demás agentes. Eran billetes de la más alta denominación. El envoltorio era grueso.

—Pero yo no... —iba a decir el teniente.

—Nada, amigo —le replicó el conductor—. Ustedes conocen al Negro y el Negro los conoce a ustedes. No tiene que decir nada —agregó y, sin más palabras, en un abrir y cerrar de ojos, metió el dinero entre el pectoral y la guerrera del Teniente.

El Suboficial lo miró un poco sorprendido.

—Sigan, sigan —ordenó.

Con la mirada de los agentes puestas en él —eso pensaba— no pudo acomodarse el fajo que le estorbaba entre las costillas. Con rapidez subió a la patrulla mientras llamaba a los demás.

—¡Vamos, vamos! Aquí no encontramos nada.

Tal vez no era así, pero durante el recorrido hasta la estación, Perdomo sentía la mirada escrutadora de sus subalternos. Había en ellas una pregunta: «¿Qué pasa?».

Argaes los estaba esperando. Estaba impaciente y se plantó al ingreso de la estación, erecto e imponente. Tenía las manos atrás, una agarrando la muñeca de la otra y en ésta manipulaba el radio de comunicaciones. Sabía que se encontraba descompuesto, pero la manía de dirigirlo todo por ahí le daba la sensación de tener el control. El chirrido era molesto, pero él no se percataba y seguía oprimiendo el PTT.

Cuando las patrullas llegaron, Argaes ya estaba esperándolos. Con un gesto de cabeza le indicó que lo esperaba en la oficina y entró.

—Y... ¿qué, teniente... cómo le fue? —preguntó Argaes.

—Mi Mayor... esa información no fue correcta, no hayamos nada destacable, indocumentados y otras tonterías, pero con respecto al dato... nada de nada —informó Perdomo.

—Raro —dijo el Mayor—, esa fuente ha sido confiable, siempre dio información efectiva, ya investigaremos —concluyó Argáez—. Pueden marcharse.

—Permiso, mi Mayor —se despidió y dio media vuelta.

Caminó por el pasillo y ya salía de la estación.

—Teniente Perdomo —lo saludó el agente encargado del teléfono de la estación—, para informarle que lo han llamado con mucha urgencia y mucha insistencia de su casa desde hace unos 15 minutos. Están por llamar de nuevo. Parece que algo ocurrió pero no quisieron dejar el mensaje —acotó el operador.

Con la prisa el teniente no se había percatado de que no portaba su teléfono móvil. Lo buscó en sus bolsillos y, cuando pasó su mano por el pecho, tanteó una protuberancia. Recordó lo que era, y su mano se congeló.

El teléfono sonó. El operador, sin averiguar nada, tal como levantó la bocina, se la pasó al teniente.

—Es para usted.

Con la mano que le funcionaba, Perdomo tomó el teléfono.

—¿Aló?

—¡*Venite* rápido para la casa! —Lo apremió la voz femenina y llorosa del otro lado de la línea.

—¿Qué pasó? —preguntó azorado el Teniente.

— ¡*Venite*, mi amor! ¡*Venite* rápido! —La voz se ahogó en gemidos.

Su esposa jamás le había suplicado así.

Salió corriendo. Encendió la sirena y zigzagueó sin detenerse entre el tráfico. La multitud le abrió camino a la patrulla. El frenazo hizo chirriar las llantas. Saltó del vehículo y cuando logró abrirse camino entre el gentío que curioseaba la escena, quedó petrificado.

Arrodillada junto al cadáver estaba su esposa, sus lágrimas caían y discurrían por la sangre seca desparramada.

—De una camioneta negra con rayas rojas salieron unos tipos —le dijo su esposa con sollozos entrecortados—. Él llegaba del colegio, lo sujetaron, le arrebataron el bolso y lo hurgaron. Sacaron unas bolsitas con un polvo blanco y ¡me lo mataron! ¡Me lo mataron por Dios! ¡Me lo mataron!

Inclinado como estaba el Teniente, cerró los ojos, agachó la cabeza y la posó en el vientre de su hijo. Algo en sus costillas, entre la guerrera, no le permitía doblarse bien. Introdujo su mano y sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, sacó el zurullo y lo depositó sobre la sangre reseca y los surcos de las lágrimas de su esposa.

VIRUS, LA MEDIDA DEL TODO

Manjaduín Taborda



¿Quién o qué eres tú?

¿Te gusta usar los últimos zapatos Nike?

¿Usar camisetas de marca y bluyines de \$200.000?

¿Te sientes triste cuando no estrenas y los demás pasan frente a ti exhibiéndose?

¿Quieres que las mujeres se fijen en ti cuando pasas en tu moto?

¿Cómo te sientes cuando vas a pie?

¿Esto es lo que eres para el mundo?

¿El ardor valiente de los combatientes de Bolívar se ha extinguido en ti?

¿Los ideales grandes son conceptos desconocidos para ti?

¿Vale la pena morir por defender la Patria?

¿Por defender un amor?

¿Por una idea?

¿Por tu familia?

¿Qué consideras grande?

¿Acaso lo único que te conmueve es tener dinero?

¿Para gastarlo en fiestas?

¿En drogas?

¿En alcohol?
¿Eres de los que ama embrutecerse?
¿Por qué el que te mira fijamente hace que te sientas desafiado?
¿Por qué quieres tener la razón cuando discutes?
¿Acaso no ves que tu miserable razón es avara?
¿Que tus ideas son tan cortas como el lapso de tu ínfima vida?
¿Tus ojos no alcanzan a contemplar que tus deseos son más insignificantes
que las ambiciones de una cucaracha?
¿Y te crees mejor que ellas?
¡Tú y tu Dios celoso y envidioso de los demás hijos del Olimpo!
¡Te atreves a catalogarlos de falsos dioses!
¡Tú que adoras al más falso de todos!
¿Cuándo sabrás que no eres la medida del mundo?
Te han dicho que el mundo existe solo para ti
pero para lo único que tu existes
es para que los virus puedan solazarse
con tu cuerpo.

CÚCUTA



Norwell Calderón Rojas
Director del Taller

Establecimiento Penitenciario de Cúcuta

GARZA DE RÍO

Ángela María Cruz Garzón



La garza es una cigüeña
parada en una corriente de ilusiones
que ya se jubiló
para no traer más bebés.

MI TRISTEZA

Ángela María Cruz Garzón



Mi tristeza
es una hoja seca
cuando cae a un arroyo
y corre y corre hasta donde llega el fondo.
Un remolino de silencio
un laberinto sin salida
mi tristeza.

UNA HISTORIA DE LA CALLE DE LA 14

Soraya Ávila



Alix era una chama, una pelada joven, que vendía bazuco en la calle. Tenía un amigo al que llamaban Machis. Ese amigo era un marica, y cuando el marica se embalaba, se transforma: le pegaba a Alix, le quitaba la plata y la mercancía. Siempre perdía todo. ¿Cómo le iba a decir a los dueños de la droga que el marica la robaba?

Machis llevaba las de ganar. Con una cara de lástima siempre le decía a los dueños de la droga que Alix se soplaba la merca, aunque él sabía que eso no era así.

La bobita siempre terminaba pagando lo que no se soplaba. Alix tenía una mascota, una perra que se llamaba Bella. Era un animal que la cuidaba y la quería mucho. Cuando Alix soplaba, la perrita siempre estaba a su lado, y la persona que se le arrimaba veía la jeta del animal y sus colmillos.

Una noche, la marica llegó toda loca a robarla. Estaba en eso cuando la perra lo atacó; la marica le pegó y la perra le cogió una rabia muy grande, tanto que cuando la veía le ladraba desde lejos para no dejar que se arrimara. Así pasaron los días y los meses, pero Machis no se iba a quedar con esas, y para desquitarse de la perra llamó a la perrera, para que se la llevaran. Llamó diciendo que el animalito era

peligroso, que atacaba a todo el que pasaba por enfrente, y que era culpa de la dueña que se la pasaba soplando.

La chama Alix luchó todo lo que pudo para seguirla teniendo y hasta los vecinos la ayudaron porque la mascota cuidaba la cuadra en que vivían, y los vecinos la querían mucho. Comía de todos y de todo, hasta tomaba tinto y gaseosa. Así, a fines de semana, Alix salía con su mascota a tomar cerveza, siempre estaban juntas.

Una noche, llegó la policía. A Alix la agarraron con cinco papeletas de *bazuco* y fue detenida por veinticuatro horas. Fue como un primer aviso. Pasaron meses, hasta una noche, cuando Alix estaba tozuda: se dio en la jeta con más de uno y peleó hasta con los clientes. Tanto, que perdió su dentadura, casi la matan. La perra lloraba viendo que su ama no reaccionaba y a punta de aullidos la despertó.

Un miércoles, a las 8:30 de la noche, aparecieron unos tipos en un taxi. La perra se les tiró y ella toda embalada, la calmó. Cuando uno de ellos se le arrimó, le dijo: «está capturada por vendedora de drogas». Pasaron los días hasta que llegó a la cárcel, un lugar que no todos conocen. No le pudo decir adiós a su perra y se quedó sin saber qué había pasado con ella, quien la habría recogido, o si estaba viva.

Alix perdió a todos los que amaba: su hija, su madre y sus hermanos. Si antes se había quedado sola, ahora estaba más sola. Llevaba 3 meses presa, sin saber nada de su familia, en un lugar al que llaman El castillo azul del sur. Conoció muchas mujeres, muy bonitas, porque las hay de todas clases: guerrilleras, paracas, matonas. Están por todos los delitos: hurtos, secuestros y muchos más. Conoció gente que debería estar afuera.

Alix firmó un preacuerdo y le van a dejar salir en cincuenta meses. Está esperando que el juzgado la condene. Todas las noches se la pasa llorando y pensando en su gente y en su mascota, en los que ama. Pasan los días y ella piensa en tantas cosas, pero entretanto caviña que todo es un sueño o una pesadilla. Piensa en eso para no pensar en la cárcel, en las peleas de las mujeres, que son increíbles. Se ve mucha sangre en las dos torres, la sur y la norte. Porque siempre hay problemas, por gustos y disgustos. Porque están las de Bucaramanga y las de Cúcuta, o problemas de parejas. Porque en la cárcel hay mujeres que se aman de verdad. Alix lo sabe porque ya tuvo una experiencia en la cárcel.

Mientras tanto los días siguen pasando y ella piensa en su amiga fiel, su mascota, la Bella que debe estar esperándola en la calle de la 14, y le da gracias a su papá Dios por las oportunidades y las bendiciones que vendrán, y antes de dormirse ella solo dice: «amén».

CAMINOS ERRADOS, CAMINOS DE LIBERTAD

Blanca Zuleyma Pineda López



Hace unos seis años en Tibú, Norte de Santander, vivía Libertad. Acababa de tener un bebé de un hombre que la había abandonado. Tras su sentimiento de soledad y tristeza se encontró con un novio que había tenido meses atrás. Él le prometió amor y se la llevó a vivir a una casa. Todo era lindo, hasta que descubrió que él odiaba a su hijito Felipe, quien apenas tenía 3 meses de edad.

Una vez estaban en el andén de la casa de la madre de Libertad, y ella lo tenía en sus brazos. La mujer tuvo que ocuparse en un oficio urgente y le pasó el bebé al hombre. Sebastián tenía al niño alzado y el bebé estaba enfermo y le vomitó la franela. Él, lleno de ira y rabia, dijo: «no tengo que aguantar niños que no son míos: si fuese mío, vaya y venga, mientras tanto no!».

Esas palabras llenaron de dolor a la madre de Libertad. Desde entonces la abuela le cogió mucha rabia y quería que su hija no estuviera más con él. Libertad no le hizo caso, lo que hizo fue dejar a su hijo en casa de la señora y se marchó con Sebastián. Un día la pareja tuvo una discusión y Libertad se alteró tanto que lo agredió verbalmente. Sebastián no lo soportó y la golpeó. Al día siguiente le pidió perdón y ella, como una mujer enamorada, olvidó los golpes

y lo perdonó. Pasaron cuatro meses y en ese transcurso del tiempo estuvieron en situaciones similares: Sebastián la golpeaba y ella lo perdonaba enseguida. Se había convertido en una sinvergüenza, una masoquista. Ella no lo veía así, eso se había vuelto normal. Con el tiempo decidieron tener una casa propia, pues estaban cansados de estar pagando arriendo, de estar de un lado para el otro. Invadieron un lote y mientras conseguían dinero para construir su casa de tablas, se fueron a vivir donde la señora Trinidad, su suegra.

Allá descubrió que estaba esperando un segundo hijo. Tan sólo una semana soportó vivir con su suegra, pues le parecía una señora amargada y aburrida. Un día que Sebastián no estaba en casa arregló sus cosas y se fue corriendo para donde doña Sandra, su mamá, quien la recibió con el agrado de cualquier padre al ver a sus hijos. Pero se disgustó un poco con Libertad al enterarse de su nuevo embarazo. Le parecía que no se encontraba en condiciones para vivir con ese hombre, mucho menos para tener hijos. Lo triste es que ya no había nada que hacer. Así que a doña Sandra no le quedó otra cosa que apoyarlos. Sebastián pidió préstamos, lo necesario para construirse una casa de tabla muy humilde. Apenas la terminó se mudaron para su nuevo hogar, sin imaginar la vida de perros que iban a tener. Sebastián, a pesar del embarazo de su mujer, seguía golpeándola. Sus vecinos no la ayudaban porque, de igual forma, seguía con él. Si no lo había evitado al principio, mucho menos ahora cuando llevaba tanto tiempo haciéndolo.

Cuando le faltaban 15 días para dar a luz se mudó a la casa de su mamá. Doña Sandra le había dicho a Libertad que no se esforzará tanto, ya que le faltaba muy poco para tener a su hijo. Su madre la atendía muy bien y la quería mucho, porque no tenía hijas hembras, sólo tenía a Libertad.

Una noche como cualquier otra, Libertad se acostó a dormir junto con su madre, como había hecho en los últimos días de su embarazo. Despertaron y no pudo dormir más. Las contracciones se hacían cada vez más fuertes y eran señal de que su Javier Esneider ya iba a nacer.

Con ayuda de su madre, arregló la pañalera del niño. Fue un parto difícil, los dolores fueron mayores que en el primer parto. Al menos eso comentó Libertad cuando todo había terminado. Tuvo problemas con su tipo de sangre y la del bebé pues eran contrarias y

eso los doctores lo vieron grave para su futuro. El médico se vio obligado a remitir a Libertad para la ciudad de Cúcuta, lo que significaba un viaje largo. Con su hijo de apenas unas horas de nacido, era obvio que doña Sandra los acompañaría. Por una vez todo salió bien y no tardaron en llegar. Regresaron esa misma noche a Tibú. Todos estaban ansiosos, esperando en casa de doña Sandra la llegada del nuevo miembro de la familia. Sobre todo Sebastián, que quería cargar a su hijo. Ya instalada en la cama con su nuevo hijo, le llegaron muchas visitas a conocer a Javier Esneider, el nombre que habían escogido.

Sebastián, en vez de aprovechar que Libertad estaba en dieta y su mamá estaba viendo el bebé, y en lugar de ponerse a ahorrar, hizo todo lo contrario. No trabajaba y se la pasaba todo el día vagando y fumando marihuana. Él pensaba que criar un hijo era soplar y hacer botellas.

Doña Trinidad y Lisbeth, su otra hermana, le daban muchos consejos: le decían que tenía que trabajar el doble porque ahora estaba el bebé. Pero Sebastián trabajaba cuando le daba la gana, y de paso no dejaba de golpear a Libertad. El pequeño Javier Esneider iba creciendo poco a poco, ya tenía cuatro meses y lo único que divisaba era la violencia. Lo único que veía todos los días con sus ojitos de recién nacido era que su papá le pegaba todo el tiempo a su mamá. Una vez Julián, su hermano, invitó a Libertad a robarse una pistola que era del tío suyo, Ender. Ella fue enseguida, pues la vio fácil al tener la llave de la casa de la víctima. Al lograr el cometido, Julián se fue a vivir unos días a casa de Libertad mientras conseguían un cliente que comprara el arma. Y así fue, un señor muy serio que vivía en una vereda llamada Campo dos, un poco retirada de Tibú, la compró.

Ellos se fueron de vuelta para Tibú. Julián los esperaba ansioso, pues ese mismo día tenía pensado viajar para Cúcuta, a comprar droga para consumo personal. Libertad y Sebastián le dieron a Julián de a veinte mil pesos cada uno para que les comprara marihuana, ya que no podían vivir sin ella y en Tibú era muy escasa. Julián se marchó, pero regresó al día siguiente y ¡vaya sorpresa para la pareja! El chico llegó con un encargo muy diferente al que ellos le habían hecho: les trajo cocaína. La sustancia los incitó a tomar y rumbear. Ésa noche fue trágica. Como siempre Sebastián golpeó a su mujer pero esta vez fue mucho peor. Julián, al ver la situación y no poder hacer nada,

porque Sebastián cerró las puertas para que nadie pudiera entrar y así pegarle a Libertad a su antojo. Y al escuchar los gritos de súplica de su hermana cuando le pedía auxilio, salió de volada para la casa de su mamá. La despertó y se fueron para la estación de policía. Luego llegaron a la casita humilde en la que vivían infelizmente, el hombre todavía estaba golpeando a su mujer cuando la policía llegó. Libertad estaba amoratada por todas partes y a punto de morir. Los agentes de policía (Caicedo y Vargas) rescataron a la mujer de las garras del hombre, y también se llevaron al pequeño Javier Esneider, quien apenas tenía cinco meses.

A Libertad la llevaron de emergencia para el hospital central, pues su marido la había dejado grave y no podía moverse. 15 días duró hospitalizada, pero la muy estúpida no lo denunció. Dejó todo así y decidió ponerle fin a la situación alejándose de él.

Doña Sandra estaba feliz de que por fin su hija se deshiciera de ese malvado. Cuando en el hospital dieron de alta a Libertad, su madre le puso muchas condiciones: una de las principales fue que no volviera a ver a Sebastián. Mientras Libertad vivió con su mamá y sus niños, doña Sandra le daba todo lo que pidiera. Desde la alimentación hasta el estudio y el gimnasio. A Libertad no le faltaba nada, tampoco a sus bebés.

Pasados cuatro meses, Sebastián volvió a buscar a Libertad y la fue enamorando poco a poco, volvió a prometerle que iba a cambiar por su hijo, hasta que la muy ingenua se dejó convencer y se volvió a ir con él. La noticia no le gustó nada a doña Sandra. Estuvieron bien como un mes, pues Libertad en realidad había vuelto con Sebastián más que todo por su pequeño hijo. El niño no tenía la culpa y ellos querían intentarlo por él. Fue un fracaso, y con otra golpiza que le dio Sebastián terminaron la relación en verdad esta vez. La decisión de Libertad era muy seria, pero Sebastián no la quería aceptar, estaba muy obsesionado con la joven, pero eso no era amor. Ella no salió de su casa en una semana, para evitar encontrarse con el bandido que le había arruinado la vida, pero cuando decidió salir fue un problema. Sebastián no la podía ver con nadie porque ahí mismo le armaba un show. Ella sentía que ese hombre estaba marcando el camino de su desgracia.

Libertad se cansó de la situación, tanto que se fue a vivir a la ciudad de Cúcuta con un tipo, un tal Reynaldo, que ni siquiera conocía bien. Este la llevó para la casa de su mamá en un barrio lejano, llamado Palmeras; pero para ella era muy difícil vivir arrimada con su pequeño Javierecito.

Aun así, la familia pronto les cogió cariño. La vida le estaba dando otra oportunidad. Libertad era muy juiciosa y sabía hacer muy bien las labores del hogar. Todo el día se quedaba sola porque la mamá de Reynaldo y él se iban a trabajar. En la casa quedaban ella y Javierecito solos. Pero los caminos de la vida a veces parecen estar cruzados y Libertad pronto se aburrió de vivir con su suegra. Acosó a Reynaldo para que se fueran rápido a hacer su propio hogar. No quería repetir la experiencia pasada.

Reynaldo arrendó una casa y se la llevó para allá. Le compró lo necesario y a los pocos días a Libertad se le metió en la cabeza que tenía que trabajar. Reynaldo era otro tipo de hombre, la apoyó ya que estaban mal económicamente. Libertad pronto consiguió trabajo en una cervecería y Reynaldo también se fue a trabajar a una finca, lejos de la ciudad. Ella quedó sola una semana o más y le tocó duro con su hijito, porque tenía que pagarle a una joven \$5.000 pesos diarios para qué se lo cuidara.

Reynaldo volvió y Libertad y su hijo se alegraron al verlo, pues ya lo querían mucho.

Una noche, Libertad se preparó para el trabajo como siempre. Al salir de la cervecería en la que trabajaba no se fue para su casa, sino que quiso ir de rumba con sus compañeras. Olvidó que la esperaban su marido y su hijo y se quedó toda la noche. Al otro día, a eso de las diez de la mañana, llegó con muchas excusas que Reynaldo no le creyó. Ese problema hizo que ellos terminaran la relación. Ella ya no sabía si tendría otra oportunidad para rehacer su vida. Volvió otra vez a Tibú, a la casa de su madre. Ella los aceptó, como siempre. Y al encontrarse sin dinero y sin trabajo, Libertad tomó el camino más fácil: empezó a prostituirse y a robar. Su madre le reprochaba y la aconsejaba, pero de nada le servía. Lo que Libertad conseguía en dinero era para consumir drogas, y olvidó a sus hijos completamente. Siguió en esa misma vida, acostándose con el uno y con el

otro, robando a la gente. Libertad estaba presa de sus dudas y sus vicios, y otra vez sintió que su vida se iba en picada.

Una vez, en un intento por meterse a través de un solar, en un barrio retirado del suyo, hizo mucho ruido. El dueño se dio cuenta de que lo iban a robar. Ofendido y sin saber quién estaba afuera, sacó su arma y en el acto mató a la joven, quien recibió siete impactos de bala en su cuerpo.

Al otro día su familia se enteró de lo ocurrido. Todos lloraron su muerte, sobre todo su madre, que tanto la amaba; pero a la vez doña Sandra sintió un descanso y pudo, por fin, sentirse un poco más tranquila al pensar que su hija se había ido a una mejor vida. Doña Sandra peleó la custodia de Javier Esneider y lo pudo tener. Cuando la obtuvo cuidó de los niños como si hubiesen sido suyos. Nunca dejó de pensar en su hija, siempre la recordó, y sintió que su niña por fin había encontrado el camino de su propio nombre: Libertad.

ÉL LLEGA OTRA VEZ

Andrea Patricia Aseña Correa



Son las siete de la noche, estoy cansada: todo el día trabajé en el restaurante. Él llega otra vez.

—¿Cómo estás, Sindy?

—Muy bien, ¿y tú?

—Bien, gracias. Está fría la noche, ¿no te parece?

—Sí, la noche está fría, y tú, Javier, como siempre. Vienes a recogerme totalmente borracho. Ya no aguanto esta situación, con lo que un día de estos...

Caminamos hasta llegar a la casa. Otra vez todo está igual, como lo dejé: los muebles, la cama, los platos. Ya no sé qué hacer, ¿cuándo será que mi vida cambiará? Siempre la misma rutina, las mismas cosas, la misma casa, el mismo borracho. Es así siempre. Ya se fue otra vez a terminar de emborracharse. Y yo aquí sola, con Silvestre, mi querido gato. ¿Qué haría yo sin su compañía?

Prendo el televisor para ver mi telenovela de las once, sin saber que la noche de hoy será la peor noche de todas, la que cambiará mi vida por completo.

—¡Sindy, Sindy! ¡Abre la puerta!

Ahí está. Ya no soporto más. ¡Maldito! Camino hacia la puerta, siento mi respiración agitada, mis pasos son lentos. Abro la puerta: ahí está. Desgraciado.

—Sindy, sírveme la comida. Estás gorda y fea, ya no sirves para nada.

—Javier, si quieres comer, sírvete tú. Yo no soy tu sirvienta, maldito borracho. El que no sirve para nada eres tú.

Pero el sigue insultándome, hasta que empieza a golpearme, golpe tras golpe, sin cesar.

Corro hacia la cocina, cojo un cuchillo y me voy encima de él, como si fuera mi presa, y le introduzco el cuchillo una y otra vez. Al ver su cuerpo desvanecerse frente mí, suelto el cuchillo, quedo totalmente fría. Javier está ahí, muerto en el centro de la sala, sus ojos ya no tienen brillo, están fijos, como si me miraran todavía.

Yo aquí llevo nueve años, y aún siento que me mira.

LA MEJOR SONRISA

Lizet Paola Sepúlveda Ascanio



Sonrío. Pienso en el amor desenfrenado, atado a un desamor.

Hoy más que nunca miro mi pasado con tristeza, con una gran desilusión. Me pregunto qué es lo que ha pasado conmigo, porque sólo busco la felicidad de otros y se me olvida la mía. Quiero hoy, más que nunca, romper esas cadenas que me obligan a vivir día a día un compromiso sin sentirlo, sólo por deber. No sé cuál sea ese motivo que desata en mí, cada día, los hilos de ese amor que en un momento de mi vida creí tener, y que pensaba me harían feliz.

Hoy sólo existen el silencio y la tristeza, que me ayudan a aliviar un poco mi alma, pues llorar no quiero, no puedo. No quiero que noten en mí la triste realidad. Disfrazo mi rostro en una sonrisa hermosa con un fuerte labial, tapando con polvos y brillo cada espacio, cada cicatriz, cada dolor que me invade, buscando entre mi cuerpo agobiado —cansado de ser infeliz— la mejor sonrisa para el día.

BRENDA Y EL TIEMPO

Brenda Medina



Noviembre del 94

La niña tenía 7 años y el padre le dice que va a hacer una diligencia, que no se demora, que la va a dejar donde una pareja de amigos. Cuando llegaron, solo estaba el amigo, la esposa había salido. El padre deja la niña y se va. El hombre, al quedar sólo con la niña, empieza a mirarla de una manera que asusta a la pequeña. Él le muestra algo que tiene en medio de sus piernas.

A la niña no le gusta lo que ve y aprovecha un descuido para escapar del lugar. Se va para donde otro amigo de sus padres, y aquel hombre le da dinero para comprar golosinas. Pasan las horas y el padre de la pequeña no aparece. El amigo, José, le dice la pequeña que lo acompañe a botar una basura. Como el hombre hasta el momento no la ha intimidado, ella se decide a acompañarlo. Por el camino encuentran otra niña, se llama Johana, y José le dice que es su hija. Las dos niñas se ponen a jugar, José les pide que lo acompañen a otro lugar, pero ellas quieren seguir jugando. Sin embargo, la pequeña se decide a acompañar al hombre y a su hija. Caminan mucho, el hombre compra una botella de vino y les da de beber a las niñas. Luego compra la segunda y hasta una tercera botella. Las niñas, ya borrachas,

no saben por dónde caminan. Entonces, José aprovecha, las mete debajo de un puente, ahí comienza a maltratarlas física y verbalmente. De pronto la primera ve que hay mucho silencio y mira al suelo. Allí, tendidos en la hierba, padre sobre hija se mueven rítmicamente y se oye un llanto ahogado. La niña, Brenda, está de pie, no entiende lo que sucede pero en su interior algo le dice que eso está mal. Pasa un rato, el movimiento cesa, así como el llanto. Brenda sigue jugando, haciendo mucho ruido, cosa que molesta enormemente a José. Así que empieza de nuevo a golpearla y cada vez que la golpea ella dice: «¡ja, ja, no me duele». Él le pega más fuerte. Tal vez alguien escucha los gritos de las niñas y alerta a las autoridades. Justo cuando José tenía el pantalón a la rodilla y golpeaba Brenda, intentando llevarla al suelo, llega la policía. Llevan a las niñas a un hogar de paso donde están cinco días; días que son eternos para Jairo, el padre de Brenda.

Al pasar esos cinco días las niñas se escapan del lugar de paso. Brenda, por casualidad, reconoce el camino a casa y vuelve donde su padre. Jhoana se va con otros niños y nunca más se vuelven a ver las dos pequeñas.

Las 11: 45

Son las 11:45, me dijo alguien a quien había preguntado la hora. Miré a mi compañera y le dije: «me jodí, papá dijo que si me volvía a suceder, no volviera». Entonces Andrea me dijo: «vamos para mi casa, Brenda, no te atormentes». Pero yo, con la esperanza aún de que mi papá no me echara, llamé a casa. Mi padre, soñoliento, me contestó: «¿aló?». Yo le dije: «hola, papi». Él me preguntó qué hora era. «Son las 11:55», le dije. Ya habían pasado diez minutos mientras decidía qué iba a hacer. «¿Puedo ir casa?», le pregunté y él me respondió: «Brenda, ya habíamos hablado, ya le dije que si le cogía esta hora en la calle, no volviera hasta después de 3 meses, cuando haya comido un poco de la que sabemos». Le respondí: «papi, no me quiero ir, por favor». Pero él ya no escuchaba, había colgado el teléfono.

Tenía 11 años, trabajaba vendiendo maní en los buses y cuando se presentaba la oportunidad hacia pequeños hurtos (desde los 7 años trabajaba, desde los ocho robaba). Le dije a Andrea que aceptaba su ofrecimiento y nos fuimos para su casa. Llegamos como a la una de la mañana y me recibieron con los brazos abiertos, pues ya

conocía a casi todos. Me levantaba en la mañana, salía a trabajar en los buses, cantando, *payasiando*, vendiendo dulces o lo que mi presupuesto me permitiera. Así hasta las 11 o 12 de la noche. Le colaboraba con algo de dinero a mami Fanny, que era la abuela de Andrea. Así transcurrieron ocho días, hasta que en una batida de la policía de menores me cogieron. Me llevaron a una comisaría de familia, junto con otros niños que eran familiares también de Andrea y por ende de mami Fanny. Esa noche la policía llamó a los padres de cada uno de los niños y, al otro día, llegaron a recogerlos. Sólo otra niña, que dijo no tener familia, y yo, nos quedamos solas. Cuando llamaron a mi papá, dijo que hicieran lo que quisieran conmigo, que ya no se hacía más cargo de mí. Nos llevaron para un internado. La niña me dijo que para que nos llevaran al mismo internado debía decir que yo era consumidora de pegante y marihuana, y me dijo el efecto que producían esas sustancias. Así lo hice y nos llevaron a un internado para niños de la calle.

Yo 12, él 18

Acabamos de desayunar y me fui para uno de los salones. Llevaba doce días en el internado y la noche anterior habían llegado unos muchachos de 16 y 18. El de 18 se hizo pasar por un menor. Uno se llamaba John Fredy, del otro no me acuerdo sino del apellido, creo que era Daza.

Estaba sentada en una silla mirando el vacío, cuando pasó John Fredy por el frente. Me saludó, me preguntó cómo me llamaba y me dijo su nombre. Me simpatizó, empezamos a hablar, a reunirnos para las comidas, hasta que a los 15 días de una bonita amistad me pidió que fuera su novia. Yo acepté.

Después de que me convenciera de fugarnos del internado nos fuimos de caminantes para Bucaramanga. En el transcurso del viaje tuvimos que dormir en la calle, pedir comida e incluso robar. Al principio él era un buen muchacho, se preocupaba por mí, me enseñó a nadar en el río de Piedecuesta, cerca de Bucaramanga. Pero también me enseñó a meter pegante y bazuco. Duramos seis meses en Piedecuesta, luego nos devolvimos para Bogotá. Busqué a mi padre, pero ya no quise quedarme, aunque él me insistió en que me quedara. ¡Ojalá me hubiera quedado!

Estuvimos unos días en Bogotá y nos devolvimos para Bucaramanga con una amiguita mía, Rosita. John Fredy empezó a cambiar, ya me pegaba por todo. Viví con él 3 años y fue una tortura: no podía mirar a un hombre a la cara porque simplemente me decía: «qué, ¿le gustó mucho?». Y me cogía a puños. En una ocasión él estaba jugando maras con otros muchachos y uno de ellos se me acercó para que le prestara un libro que yo tenía debajo del que estaba leyendo. Sólo por eso me dio una paliza cuando ya todos se habían ido. Me puso a caminar por todo el pueblo, me arrastró a patadas y puños toda la noche. Cuando empezó a amanecer me llevó para el río y me pegó contra las piedras e intentó ahogarme. Con golpizas de ese calibre tuve que vivir esos 3 años.

Cuando cumplí catorce, quedé embarazada por segunda vez (a los doce perdí un bebé en una golpiza). Me dio miedo que me hiciera abortar a punta de golpes, así que aproveché un descuido y me lo volé.

De San Gil me fui para Bucaramanga. Allí empecé a trabajar en los buses y a pagar un hotel.

8 de agosto

—Hola, ¿eres nueva por acá?

—Sí, soy de Bogotá.

—Yo soy de San Gil. Mucho gusto, me llamo Carlos y soy el hijo del dueño de este hotel.

—Mucho gusto, mi nombre es Brenda.

Era la primera vez que hablaba con él. Todos los días lo veía en la entrada al salir del hotel, pero como no conocía a nadie me limitaba a pagar la habitación y seguir de largo. Así empezamos a dialogar todas las noches, en la puerta de mi habitación. Él era el portero en las noches, hasta que un día, con algo más de confianza, le dije que pasara y se sentara. Me comentó que era drogadicto, me preguntó si yo consumía algo. Le dije que lo había hecho, pero que era una etapa superada. Me preguntó si me incomodaba que lo hiciera, yo le dije que no, que lo podía hacer, siempre y cuando no me despertara porque tenía sueño, y que cuando saliera cerrara con llave.

Yo tenía catorce años y el veintitrés; yo estaba embarazada. Una noche el papá de Carlos se levantó a buscarlo pero él estaba en mi habitación. Hablábamos en la penumbra, en la oscuridad, yo sentía su

aliento rozando mi mejilla, sentía su calor tan cerca que no sé cómo sucedió, pero nos acercamos, nos abrazamos, nos besamos, reímos, y nos gustó tanto ese contacto que no fuimos capaces de poner freno a esa llama que nos envolvió. Eso se prolongó durante toda la noche, hasta que amaneció. Cada vez que hacíamos el amor nos bañábamos y continuábamos. Poco a poco nos enamoramos, nos seguíamos buscando en las noches, pero tuve un malentendido con don Gonzalo, su padre, y me cambié de hotel. Él se fue a vivir conmigo hasta que di a luz a una hermosa bebé, a la cual llamé Brenda Mishel. Al poco tiempo, cumplida la dieta, nos fuimos para Bogotá. Le enseñé a trabajar en los buses, hicimos algunos pequeños hurtos, conocimos muchas ciudades viajando, siempre de caminantes, trabajando en cada pueblo para mantener los viáticos y los gastos de la bebé. Vivimos cuatro años, pero como todos sabemos, la rutina cansa. Quedé encinta y tuve una niña a la que puse por nombre Ashley Patricia. Él se echó a las petacas. No quiso volver a trabajar, así que yo sola tuve que hacerme cargo de la familia. En total vivimos cuatro años, y en los últimos meses, 18 para ser exacta, me sentí utilizada. Yo mantenía un hombre mayor, flojo y vago. ¡Fue el colmo! Así que nos separamos. Él se quedó en Bucaramanga y yo me fui para Bogotá con mis hijas, e hice todo por ellas.

A veces pienso en todo este tiempo y me digo: «El tiempo no ha sido bueno con Brenda, pero tendrá que ser bueno con las niñas de Brenda».

ANÉCDOTA DE MI VIDA

Luz Dary Rojas



Cuando tenía seis años vivía en el campo con mis padres. La vereda se llamaba San Luis Alto, muy tranquila. Una vez hubo una fiesta en la escuela y todos teníamos que hacer presentaciones. La profesora nos había hecho ensayar dos semanas antes, pero al momento de hacerlo se nos olvidó todo lo que habíamos ensayado y nos inventamos un baile: el baile del gatico. Nos movíamos de un lado para el otro y cada uno inventaba alguna cosa, hacíamos como que aruñábamos, o nos agachábamos todos al tiempo, una patica para aquí y una patica para allá. Todos se reían creyendo que esa era la presentación y hasta la profe nos felicitó.

A pesar de ser unos niños, tuvimos la inteligencia para saber que, si no salía lo que habíamos practicado, podíamos inventar y ponernos de acuerdo rápidamente. A veces me acuerdo de esa anécdota de mi vida y me da por pensar que sin querer, las cosas le pueden salir a uno bien.

ME DEJÉ LLEVAR

Jessica López



Hubo un día donde yo, Jessica López, salía del colegio en una buseta. Me dejé llevar por lo que me decían mis compañeros. Y con ellos nos robamos el monedero de la buseta y unos billetes que estaban ahí. Salimos corriendo, mirando hacia atrás porque venía el dueño de la buseta correteándonos, todo colorado. Nos gritaba: «¡entreguenme lo mío!». Llegué a mi casa y mi mamá me preguntó: «¿de dónde sacó esa plata?». Mi respuesta fue que me la había regalado una tía, pero ella no me creyó y me regañó. Al otro día llegamos a clase y el dueño de la buseta fue al colegio a buscarnos. El director del colegio nos llamó y luego mandó llamar a nuestros padres. Cuando llegué a la casa mi mamá me pegó. Yo le dije que no lo volvería a hacer, le pedí mucho perdón a ella y a Dios; y no lo volví a hacer nunca más.

Lo hice cuando tenía 9 años de edad, todo porque me gustó mucho la plata, pero no lo volveré a hacer nunca más. ¡Qué Dios me guarde de hacer esas cosas!

JAMUNDÍ



Miguel Antonio Ramírez
Director del Taller

Complejo Carcelario y Penitenciario de Jamundí

MI PRIMER AMOR

Adriana Segovia Pérez



Aún la recuerdo, no he podido olvidarla. Desde entonces ha transcurrido un tiempo y mi memoria se ha debilitado con los sufrimientos. Aún recuerdo su olor, como cuando las azaleas están en flor o, tal vez, el olor a lirios del cementerio. No sé si aún sueño o solo camino despierto en mi mente perdida, no sé cuándo es realidad o ficción, pero una cosa es segura, ya no podré volver allí, lo pasado está todavía demasiado reciente. Todo lo que me he esforzado en olvidar se removería otra vez, y aquella sensación de miedo que llegó a convertirse en ciego e insensato pánico ha terminado ya. O así lo creo. Mi vida rutinaria y monótona cambió la noche que la vi: limpiaba las mesas del pequeño bar donde yo solía ir de vez en cuando.

Realmente no era bonita y tenía un gesto de disgusto en su rostro que uno pensaría que nada en el mundo la haría sonreír. Me miró, la expresión de sus ojos era de una mujer hastiada de todo, pero advertí una expresión que no había notado antes ni he vuelto a notar en mujer alguna, una especie de dejadez semejante a la de quien despertando de un largo sueño se siente contento de recuperar la conciencia de las cosas. Los ojos de mi gato tienen la misma

expresión cuando lo acaricio. Con brusquedad limpió la mesa y con una forzada sonrisa dijo:

—¿Qué le sirvo?

Entonces, sentí el aroma. No me agradan los perfumes, mas el que percibí en ella resultaba diferente. Era un perfume embriagador y acorde con la atmosfera fría y húmeda de aquel lugar. Vacilé al contestar:

—¿Qué me recomienda?

—No me pagan por hacer propaganda. ¿Qué le sirvo? —me repitió.

—Cerveza —logré balbucear, y estúpidamente agregué—:

¿Quiere usted tomar una?

—No, gracias, he visto dónde las guardan.

Se alejó dejándome con la expresión de un tonto.

Al rato apareció con la cerveza y, al servirla, me miró, reparó en mí como se pudiera reparar en un trapo viejo. Alargué tanto como pude la maldita cerveza. El lugar estaba vacío y yo seguía esperando un no sé qué. Sentía enloquecer, nunca me había atraído tanto una mujer.

—¿Piensa quedarse a dormir aquí?

Ella me miraba de pies a cabeza, pagué rápidamente, salí a la calle y la esperé. El frío era más intenso que en el interior del establecimiento. No sabía qué esperaba y tampoco si algún hombre vendría a recogerla.

Pasados pocos minutos la vi aparecer. Iba sola. Llevaba las manos en los bolsillos, se encaminó calle arriba, sin mirar atrás. La seguí. Ella vaciló un momento, cruzó la calle y se paró a esperar un bus. Cuando el vehículo llegó, ella subió y subí también sin la menor noción de a dónde iba a ir, sin preocuparme demasiado. Se acomodó en el asiento de atrás, bostezó y cerró los ojos. El bus iba casi vacío. Luego de mirarla, me senté junto a ella más nervioso que nunca, jamás había hecho algo así. Ella se despertó y me miró con sus soñolientos ojos y de pronto, mágicamente, me sonrió.

—Hola —me dijo.

Le ofrecí un cigarrillo, pero lo rechazó. Volvió a cerrar los ojos y comenzó a adormecerse otra vez. No había nadie más con nosotros, así que extendí una mano, apoyé la cabeza de ella en mi hombro y le pasé la mano por la cintura y esperé a que me mandara al diablo, pero no. Se rió y dijo:

—Esta noche viajo con almohada y sin pagar, despiérteme cuando lleguemos al cementerio.

Yo no sabía de qué cementerio hablaba, pero no quería despertarla, ni salir de aquel sueño. Me sentía feliz en ese bus, con mi novia, pues ya la consideraba mi novia. El bus avanzaba y ella dormía. De pronto el bus se detuvo y el chofer dijo:

—¡Fin del paseo, amigos!

Yo, que estaba a punto de besarla, sentí deseos de matarlo; ella se despertó, me pateó y me dijo:

—¡Vamos, hombre!

Bajamos. La calle estaba solitaria y empezó a llover, no se veía a nadie. Me pareció que ese lugar era el fin del mundo. Miré y había un pequeño descampado que conducía a un cementerio, mas no vi casas por ninguna parte, solo las rejas del lugar y, al fondo, lápidas blancas ocupaban toda la zona. Se dirigió lentamente hacia allí. Yo la seguí.

—Mierda, ¿y este es el cementerio qué decías?

—Sí —me miró burlonamente—. ¿Por qué? ¿Te da miedo?

—¿Qué hacemos? —le pregunté.

—Hay muchas lápidas planas —respondió.

—¿Y qué importa? —le dije.

—Importa, porque uno se puede acostar.

Penetré por entre los barrotes con mucha facilidad. Yo como loco la seguí, jadeando y ¡el diablo me lleve! La vi acostarse, tenderse en una losa. Yo no sabía qué hacer, pero me senté a su lado y le cogí la mano.

—Te vas a mojar —dije. Casi no me salía la voz.

Ella abrió los ojos y me miró. No sé cómo describir su expresión. De pronto me cogió el rostro con fuerza:

—Tienes cara de niño bueno. ¿Tienes novia, eres casado?

—No —le respondí.

Le empecé a contar mi vida de soledad y que desde esa noche, cuando la vi, mi vida cambiaría. No sé si me escuchaba, me miraba con compasión. Le declaré mi amor y no sé qué más cosas le dije. Ella cerró los ojos, estaba muy pálida. La losa estaba mojadísima, no aguanté más, la abracé y la levanté.

—Está lloviendo mucho, voy a llevarte a tu casa o adónde quieras, vas a morirte si sigues acostada allí.

Me miró y me dijo:

—Ya estoy muerta. Tú eres quien debe irse... y solo.

—No, no te puedo dejar aquí.

—Vas a hacer que me enoje y no te va a gustar.

La observé perplejo, su rostro estaba completamente blanco, frío, pero no me importó: se veía bella.

—¿Qué quieres que haga? —Le dije

—Que te vayas y no vuelvas jamás. Imagínate que me soñaste. Máchate y no te acuerdes más de mí, vete pronto.

La miré suplicante.

—No, prefiero morirme, yo te amo.

—Como quieras —dijo, y me sonrió.

Nos acomodamos en un rincón sobre la hierba mirando al cielo estrellado. Me invadía el olor intenso que ella emanaba, el roce de su cuerpo, la curva de su cadera contra la mía. Acaricié su cabello, sentí que la amaba y que valía la pena toda esta locura que me condujo hasta ese lugar para, finalmente, vivir este precioso. Llegó el deseo como una oleada poderosa, el aire se me atascó en el pecho y mi corazón se disparó frenético. Ella notó el cambio en mi respiración, se levantó y me miró con sus ojos de gata hambrienta. Pero solo adivinó en mis ojos el amor, pues con un gesto de cansancio cerró los suyos y se acostó en la losa. Yo la atraje con fuerza, buscando sus labios con un beso cargado de promesas y fuego. Su boca era fría, aspiré su aliento, dispuesto a prolongar aquel momento hasta el fin de mis días, seguro de haber vivido nada más que para esa noche. Aruñados por las piedras, cubiertos de polvo y premiados por un inagotable ardor, retozamos bajo la lluvia hasta que el alma se me fue en un suspiro y sentí que moría abrazado a ella. Sin embargo, sentía que algo no estaba bien. Ella reposaba a mi lado, irreal, sus ojos sin brillo, como sin pupilas. Llevado de una extraña rabia la atraje hacia mí con fuerza tirando de su mano. Ella gritó de dolor y escuché un sonido áspero y quebrado como de algo desgarrándose. Me quedé con su mano. Poseído de un frenético espanto la tiré a un lado. Cada fibra de mí ser se estremecía. Ella gimoteaba a mí alrededor.

Unas náuseas mortales invadieron mi alma y me quedé inmóvil, no quería que aquella cosa me rozara. El gozo se mezcló con el terror cuando vi que ella me miraba. Cerré los ojos, la sentí irse aún

con aquel llanto lastimoso. Abrí los ojos y la vi alejarse ocultándose entre las losas.

Si hubo pasión la he olvidado, si hubo ternura aún la conservo. Ella fue mi primer amor... y el último.

SOY

Adriana Segovia Pérez



Soy lo que soy y lo que soy es lo que verás.
He estado dormida mucho tiempo.
El muro ha caído,
cavar no puedo, mendigar me avergüenza.
Soy fuego y aire,
mientras un yo duerme, el otro ríe.
He cruzado la laguna Estigia
y espero que el barquero me lleve
a reinos más grandes
donde los ríos no estén hechos de lágrimas.
¡Ay, Parcas, vengan, destruyan!
¡Aplasten, concluyan y extingan!
Tápenme con impenetrable escudo
de la embestida de los feroces lazos
de la desesperación.
Una luz inunda mis ojos,
aquella que sin morir
jamás hace que muera quien mira.
Y ahora yo soy el puente

entre los dioses y los mortales;
ya no temo a los demonios terrestres,
despreciables sabuesos azules que ladran,
incapaces de morder el alma.

DUDA

Adriana Segovia Pérez



Cerradas las puertas
aguardo en silencio.
Miro mis manos que ya pueden cortar estrellas,
porque mi espíritu es libre y poderoso,
vuela en cada línea de un libro,
vuela al mirar la luna grande y esquiva,
en cada ave que revolotea,
en cada suspiro del cemento,
en cada parpadeo del tiempo infinito,
de la quietud de los muros.
Es libre en las pupilas del aire,
en el suspirar del cerebro,
en el murmullo de la noche,
en el compartir obligado, en el silencio impuesto,
en el frío del olvido, en el rumor de las arañas,
en el rincón de mis recuerdos,
en la nebulosa de mis deseos,
en los pensamientos que brotan por los poros,
en el exilio del lector rechazado,

compulsivo, que fornicaba con las palabras
y con ojos libidinosos devora libros.
Amaso el fantasma de las horas muertas.
Absorbo el aire del presente,
devoro el odio y mastico el desprecio.
Soy libre en este trozo de papel
que recibe como suyos mis deseos.
La libertad es un concepto errado
¿acaso no es preso el que no vuela?

DESVELO

Adriana Segovia Pérez



En las noches no puedo dormir y cuando lo consigo, el adolescente flaco y desnutrido de la trinchera canta o coloca su radio al máximo volumen, como si esto lo protegiera de los zancudos o lo hiciera inmune a ellos.

Voces destempladas, ronquidos, toses, sonadas de nariz, o el sonido del baño, son ruidos que me perseguirán por siempre y siento que algo de maldad se me desprende cuando los escucho. Ya tengo los dientes desplicados de rechinarlos, consumo demasiados audífonos, pilas y radios. La música me protege, crea una barrera contra los sonidos desagradables y las conversaciones estúpidas o sin sentido:

—¿Para qué fecha toca la conyugal? Este fin de semana tengo visita y no tengo bono.

—¿Será que ya bajaría la consignación?

—¡Ah! Mi marido estaba todo lindo y me llevó mucho mecato.

—¡Uf! Esa vieja me está buscando los quiebres, mañana la paro.

Bla, bla, bla. Siempre lo mismo, voces con aliento fariseo, risas ponzoñosas, gritos de «pasión»:

—Se cuida todo eso, papi.

—La amo, peluche.

Miro a las dueñas de las voces e inevitablemente se me forma una mueca de risa irónica. Nunca consigo sacar la sonrisa del todo, solo un rictus de medio lado, que ya me está produciendo arrugas en el lado izquierdo de la boca. Otras veces es el cólico en el estómago y como nunca hay agua, imposible entrar al baño. El calor, el sudor, el sonidito de los zancudos que nunca consigo matarlos.

Las pesadillas, el roce del fantasma llamado libertad, el voltear de los cuerpos febriles con hambre de sexo, el sonido de las botas del engendro caballuno, que hace las rondas nocturnas y de regalo azota las rejas, como si tuvieras la culpa de su precario sueldo y sus trasnochos forzosos.

El sueño cedió el sitio al espanto y soy enemiga mortal de Morfeo. En las noches siento como si un animal estuviera bebiendo mi cerebro y mis ojos. Deseo arrancarme el pellejo como a una cebolla, quitarme las máscaras de la estupidez y la resignación, los ojos presidiarios, el rictus de ironía.

Los únicos que descansan en paz son los muertos. Tal vez deba empezar a preocuparme, pues esta mañana me limpié dos gusanos que salían de mis ojos.

SENSACIONES

Tatiana Gutiérrez



Son las 2:30 de la tarde, recostada en mi *cambuche* recuerdo la mala noche que pasé.

Siento la necesidad de salir de este lugar y de hecho, trabajo diariamente por ese propósito con la esperanza de poder llegar a esa meta muy pronto.

De repente, me veo cruzando esa gran puerta de cristal que queda a unos cuantos metros de la libertad. Me siento alegre, es una sensación indescriptible, me dirijo hacia las dragoneantes con mi cabeza en alto, sintiéndome orgullosa de haber logrado lo que tanto esperé. Sin saber qué decir, saludo:

—Buenas tardes, dragoneantes, vengo a mi reseña, pues me voy en libertad —y sonrío con nerviosismo.

Ellas responden amablemente. Mientras se realiza la reseña veo cómo se acerca mi esposo a la puerta principal con una gran sonrisa y una felicidad que no le quita nadie. Cada segundo que pasa se acelera más mi corazón. Siento como sudan mis manos. Terminada la reseña me despido de las dragoneantes, con el deseo de no volver a ver este lugar. Me dirijo hacia la última puerta. La deuda está saldada. Feliz, saludo a mi esposo, lo abrazo, le doy un beso y... me

despierto por causa de Pepe, el gato que vive aún con nosotras en el patio. Pepe era quien lamía mi boca, que me había quedado untada de leche. Hubiese querido no haber despertado nunca, para así poder volver a sentir esa gran sensación de ser libre.

PERDIDA

Marina Giraldo



La pequeña niña se asoma a un charco de aguas claras y ve reflejado su inocente rostro de ojos grandes y oscuros, cabellos largos, ondulados, que caen sobre sus frágiles hombros.

Por un breve momento se queda observando su reflejo, acaricia sutilmente su rostro con sus pequeñas manos. El chillido de un ave la saca de su ensoñación y la devuelve a la realidad.

Está en lo profundo de la selva, asustada, se siente perdida, sola, mira a su alrededor y sólo divisa el tronco de un árbol caído donde se podría refugiar.

De repente escucha un ruido entre las hojas secas y observa una gran serpiente que se arrastra sigilosa entre la maleza. Desea gritar, pero corre y se esconde acunada en el tronco, abraza con fuerza sus rodillas, se muerde el labio para no emitir sonido alguno, ya que teme asustar a ese feo animal.

Cierra los ojos e intenta recordar el rostro sonriente de su madre. Ya está cayendo la noche y los monos juegan entre los árboles. El cielo se encuentra nublado, el viento sopla entre las ramas, truenan, empiezan a caer grandes gotas de lluvia.

«¿Qué hago?», piensa.

¿Qué hacer cuando se está solo en medio de la nada? Todo su frágil cuerpo tiritaba, pero no sabía si por el frío o el miedo. De repente...

—¡Hija, levántate! Ya son las seis, te va a dejar el bus. Apúrate, bebé, el desayuno ya está servido.

VIVOS O MUERTOS

Marina Giraldo



A veces no sabemos si estamos vivos o muertos, porque al estar vivos no disfrutamos la vida como debería ser. Estamos privados del abrazo sincero de nuestras familias.

Ya no recuerdo cuando fue la última vez que la felicidad invadió mi ser al recibir un ramo de flores en una fecha especial. Estar aquí nos deja un poco muertos. Eso no se debe a despojarnos del cuerpo sino del ser; también porque nuestras familias nos entierran vivos en sus corazones. Somos solo causa de vergüenza e incluso perdemos lo que por muchos años cultivamos. La vida sigue afuera, nacen nuevos miembros de la familia, pero aquí el tiempo se congela como si estuviéramos momificados.

Tenemos que sacar valor de cualquier parte para recibir las malas noticias, para ver partir a nuestros hijos con lágrimas y un gran vacío en el corazón.

El frío de la celda nos despierta en las noches para recordarnos que no estamos cuatro metros bajo tierra, pero si estamos reducidos a pocos metros cuadrados con otras cuatro o seis personas más que están vivas, que parecen zombis en este lugar. Cada día significa

morir un poco, cada amanecer es vivir con la ilusión que será mejor que el día de ayer.

Guardando una sola esperanza generalizada: la de que pronto llegará el gran día. Ese en el que diremos adiós a este lugar, dejando perdidas en el vacío las miradas de aquellos que se quedan esperando su anhelada boleta de LIBERTAD.

UN GRITO DE SOLEDAD

Marina Giraldo



Un grito es un lamento. Un gemido es un alarido cuyo origen está en el fondo de mi alma. Puedo oírlo en las noches largas y tenues. El grito está allí. Este lugar es un grito, donde los prisioneros lamentan la vergüenza y suplican misericordia.

Aquí, entre los pasos vacilantes y los pies torpes usted puede oírlos. También entre los suspiros, si camina en medio de las celdas, esas que albergan almas prisioneras o cuerpos sin almas.

Este lamento no distingue entre los miembros de la sociedad, va desde los fracasados hasta los ricos. Muchos han podido pasar por alto estos gritos. Pero este grito del que hablo solo es percibido por aquellos cuyos corazones están rotos y no pueden dormir en las noches largas, escuchado por los abandonados que lloran frente a un espejo, por aquellos para los que la soledad es su única amiga y la noche sin luna es su confidente.

¿Quién le teme a la mañana? El más desgarrador grito de soledad lo escucho en la brisa fría y en las nubes que amenazan con una tormenta.

CHAT MADE IN JAMUNDÍ

Marina Giraldo



Los seres humanos, por instinto, tenemos la necesidad de la comunicación. Y los presos no somos la excepción en la cárcel más grande de Latinoamérica, construida en el último cuarto del mandato de Uribe.

Botados en medio de la nada, alejados de la sociedad como si fuéramos una plaga o tuviéramos algo contagioso, estigmatizados, excluidos, olvidados hasta por nuestras familias.

Aquí nació un medio de comunicación muy particular. Mientras el mundo se mueve al ritmo frenético de las comunicaciones, el 4G es la sensación. Aquí no hay Samsung Galaxy, ni iPhone: hay una toalla blanca doblada y amarrada en los extremos que es llamada «la Blackberry». Este idioma fue construido por la necesidad fundamental de socializar y hacer de este encierro algo más ameno.

Los autores de este método serían difíciles de identificar porque se generó gracias a un conjunto de ideas. Al principio solo eran algunas formas simples, luego se hizo un abecedario incompleto, pero se podía entender muy bien. Esto ha despertado toda clase de pasiones, incluso conflictos.

Al comienzo, la guardia intentó acabar con eso: ataques con gas, castigos colectivos e individuales. Pero ¿quién puede luchar contra las

ilusiones del hombre? ¿Quién puede apagar la llama de una pasión? Así que esa lucha fue infructuosa y al final tuvieron que ceder.

Celos, pleitos, amores, desamores, traiciones, engaños, cartas a ciegas e incluso estrellones cuando el príncipe o la princesa no salían como se esperaba. Todo hace parte de este pequeño universo y del misterio que encierra el «chat *made in Jamundí*».

Luego inician las preguntas de rigor: ¿Cómo te llamas? ¿Cuánto tiempo te condenaron? ¿Tienes hijos? ¿Cómo eres? Y así se va creando una afinidad y al final de la charla quedaron en pactar una clave para identificarse y continuar con las citas diarias.

Muchas veces se «chapean», es decir, se cambian el nombre, normalmente lo hacen aquellos que tienen pareja, pero siempre están buscando algo nuevo. Cuando esto ocurre se forma el conflicto. Si es en la RM se halan el cabello, se aruñan, en fin, pero si es donde los hombres, se forman grandes combates.

Cada día trae su afán: unos días se aman, otros no tanto. Son pocos los que no han sucumbido al encanto, otros ya están cansados y además ya los conocen demasiado y eso hace que se pierda el encanto.

Pero de todo este conjunto de emociones se desprende siempre lo mismo: «la conyugal». Esta cita a ciegas hace que la adrenalina acelere el pulso, ya que existe la expectativa de no saber cómo será el otro.

Empieza el otro ritual: el traje íntimo (indispensable), las cremas, el peinado, la depilación, el aclarado de cabello y, ¡wow!, se transformó el patito feo en un majestuoso cisne y si no fue lo que se esperaba toca volver a empezar. Ni el sol, ni la lluvia, ni el frío, ni el calor hacen que la ventana esté desocupada. Sólo cuando suena el pito que indica que vamos para las celdas se cierra la red, se apaga la blackberry, y se espera que llegue el nuevo día para saludar al compañero de la soledad.

LA VERDADERA PRISIÓN

Marina Giraldo



Todos los días estoy en este lugar donde se puede ver el ansia de libertad física y nadie se preocupa por la libertad del alma. Lo veo con gran desconsuelo, pero ¿y las ataduras del alma? ¡Esas invisibles cadenas que nos atan a todo aquello por lo que estamos en este lugar! Veo seres vivos con almas muertas, sin futuro ni rumbo.

Y mi pregunta es: ¿qué voy a hacer cuando esa puerta se abra y estas cadenas sean desatadas? ¿Estoy lista para afrontar esa realidad de la que estoy separada?

En clase, una profe nos decía que porqué no aparentábamos los años que tenemos. Pienso que para nosotros, los presos, el reloj del tiempo se congeló cuando entramos por esa gran puerta azul para quedarnos por algún tiempo. Quizás no todas tenemos la misma visión de la cárcel.

En lo personal creo que esto, más que una circunstancia de la vida, es una oportunidad: aquí estamos en la universidad de la vida, donde se desaprende lo aprendido. En otros tiempos, cuando teníamos la libertad de hacer lo que nos diera la gana, elegimos mal, pero aquí, rodeada de 189 mujeres más que, al igual que yo, perdimos esa libertad, puedo decir que aún soy libre. Libre, porque pienso y

lo puedo expresar. Libre, porque siento y lo puedo demostrar. Hoy puedo decir que amo porque supe lo que tenía cuando lo perdí. Libre, sobre todo, porque aprendí a valorar las cosas sencillas de la vida. Mi corazón se entristece cuando veo que se dejan arrastrar de cualquier viento. Si ya perdimos la libertad, ¿por qué perder también la autoestima y la identidad? Pues cuando ignoramos lo que valemos, nos entregamos al mejor postor. La verdadera prisión no se llama ERONJAMUNDÍ, se llama IGNORANCIA.

«Cuando no sabemos para donde vamos, cualquier bus nos sirve».

SER LIBRE

Marina Giraldo



«Ser libre como el viento sería maravilloso,
porque podría estar donde quisiera».
Pero hay un problema... El viento no tiene descanso.
«Ser libre como una mariposa y volar muy alto».
Solo que la mariposa muere pronto...
Si comparo todas las libertades existentes no terminaría jamás.
Pero no soy viento ni mariposa.
Solo soy un ser humano que cometió un error,
así que mi libertad es aquí y ahora
porque el mañana no lo conozco.
¡Amo hoy, vivo hoy!
La verdadera prisión no está en este lugar
está en la incapacidad de aceptar los errores cometidos
y de entender a los demás como son.
Por eso les pregunto a los que están fuera de las rejas:
¿Son libres realmente?

¿QUIÉN ROBÓ LA BALANZA DE LA JUSTICIA?

Jennifer Tamayo M.



El día había transcurrido con normalidad pero, en un momento, un jornalero que venía con su pago en las manos fue atacado. Aunque el ladrón fue aprehendido, ni devolvió el dinero ni fue juzgado y, al final, se fue con el botín en sus manos. Todos los aldeanos, incluyendo el jornalero, se quedaron sorprendidos por la falta de acción de la justicia.

Durante el día ocurrieron muchos casos en los que la justicia no hizo acto de presencia. Los aldeanos estaban muy asustados, así que se dirigieron donde el sheriff, el hombre más correcto del que se tiene memoria en el pueblo. Todos contaron su historia y mientras él escuchaba, se preguntaba: «¿Qué pudo pasar?». Cuando terminaron, se dirigió al lugar donde se guardaba la balanza de la justicia y se dio cuenta de que no estaba; se sorprendió porque él era el responsable de su custodia. Muy preocupado por su pérdida, se preguntaba: «¿Quién y por qué la robó?». Inmediatamente entendió todo lo ocurrido.

Pocos días antes un forastero pasó por allí. Era un hombre físicamente agradable, pero había algo desagradable que hacía estremecer a todo el que se atravesaba en su camino: en el rostro cargaba el

resentimiento, la amargura y el odio que llevaba en su alma. En algún momento el sheriff y este personaje cruzaron palabra.

—¿Por qué ese resentimiento? —preguntó el sheriff.

—La vida siempre ha sido injusta conmigo, no tengo motivos para ser feliz —respondió.

El sheriff, al recordar estas palabras, pensó que debido a ser este pueblo el más justo, el forastero decidió robar la balanza de la justicia para que todos sintieran lo que él había sentido en su vida. Con esta idea en la cabeza, salió en su búsqueda. No fue difícil seguir sus pasos, pues por todos los pueblos que pasaba desaparecía algo representativo: la bondad, la honradez. Pronto lo encontró y le preguntó la razón de su comportamiento. Ante el interrogante, el hombre respondió:

—Porque la vida me lo quitó todo y si yo no lo tengo nadie lo tendrá.

—Aun sabiendo tus motivos, por favor, devuélvemelas, nosotros no tenemos la culpa —dijo el sheriff con voz firme pero suplicante.

—No —contestó el hombre.

El sheriff se sentía consternado porque los argumentos de este extraño hombre eran fuertes y su odio muy marcado. De repente en medio de ellos apareció un tercer sujeto y se dirigió al ladrón:

—¿Después de tantos años sigues robando y buscando lo que según tú, se te ha quitado?

El sheriff los miraba en silencio.

—Sí, lo que tú me quitaste.

—Yo nunca te quité nada, tú mismo lo escondiste para hacerme a mí el culpable, y te convenciste tanto de tu mentira que terminaste creyéndola.

—¿Mentira?

—¿No lo es? Busca entre tus cosas y lo encontrarás.

El ladrón no escuchó y pretendió seguir su camino. El sujeto se le acercó y le quitó todo lo que llevaba, regándolo por el suelo. Los tres observaban lo que había robado y lo que había dicho que le quitaron. Todo lo tenía en su poder.

El tercer sujeto le dijo:

—Tú me quitaste mi vida, mi alma. Toda la injuria que me causaste me condenó a vagar por el mundo eternamente, sin posibilidad de descansar; pero ahora que te encuentre, serás tú quién vagará por

el mundo, sin rumbo fijo. Serás un alma en pena, sin sentimientos ni recuerdos. Cuando quieras dormir o descansar no podrás.

Tras decir estas palabras, le quitó todo al ladrón. De repente este comenzó a caminar sin rumbo aparente, con la mirada vacía, mirando sin ver. El sheriff estaba impresionado observando lo ocurrido. El sujeto se acercó y le devolvió todo lo robado, diciendo:

—Por fin podré descansar. Llevo siglos vagando por el mundo y ahora que todos saben la verdad podré ser libre.

El sheriff extrañado se preguntaba: «¿Cómo? Si solo yo estaba presente».

—No te preocupes, quién tenía que saberlo, ya lo sabe, soy un alma en pena. Se te otorgó el don de verme sólo a mí, pero a nuestro alrededor hay millares de almas. Entrega lo robado a sus respectivos dueños.

Asombrado, el sheriff, se disponía a retirarse, pero este sujeto le dijo que protegiera esa balanza, ya que era única y había estado ausente cuando más se necesitaba y sin mediar más palabras, desapareció.

EN LA PISCINA

Jennifer Tamayo M.



En un hermoso día, estaban Carlos, su madre y su perro Ángel, un San Bernardo de 3 años, disfrutando de un caluroso día en la piscina de su chalet, a las afueras de la ciudad.

Este lugar queda al borde de un precipicio, rodeado de cuatro tumbonas y se ubica al lado de una lujosa casa de dos plantas. Allí se encontraba Carlos jugando con su perro en la parte menos profunda mientras su madre, acostada en una de las tumbonas, se bronceaba y tomaba mojitos. Después de haber bebido cuatro de estos cocteles, la borrachera la hizo sucumbir en un sueño profundo.

Carlos avanzaba hacia la parte más profunda de la piscina y no pudo salir, ya que no sabía nadar. Sin poder respirar y con el poco aire que tomaba llamaba a su madre, pero esta no lo escuchaba porque estaba dormida.

Su perro Ángel se lanzó a morder la pantaloneta roja que llevaba el niño, y arrastrándolo a la orilla, hizo honor a su nombre. En ese momento llegó el padre que desde la entrada observó la escena. Se dio cuenta que de no ser por Ángel su hijo se habría ahogado, ya que así hubiese corrido no hubiera alcanzado a salvar a su pequeño.

Carlos, su padre y Ángel, después de esto vivieron juntos, ya que el descuido de la madre produjo el divorcio.

Carlos aprendió a nadar y su madre iba a reuniones de alcohólicos anónimos para poder disfrutar de sus últimos días, ya que su adicción a los mojitos le ocasionó una cirrosis que descubrió en su etapa terminal.

POEMAS

Doris Suárez Guzmán



CLAUDICACIÓN

Esperaré como Penélope,
le dije un día.
Y las palabras fueron todo:
reemplazaron la piel,
el fuego, el abrazo fiero,
las pequeñas muertes que derrochábamos día a día.
Durante muchas lunas las promesas se renovaron.
Devine esperanza y reencuentro, hasta desdibujarme.
Ya no quiero destejarme,
arrojo el ovillo,
la luna, los recuerdos.
¡Quemo mis naves!
Me arrojo al mar
para volver a vivir con desparpajo.

AHORA

Es hora de abrir los días no contados,
el llanto azul de las ausencias

y el aire gris de las heridas.
Es hora de construir,
dejando solas las paredes,
el cordón umbilical y
el ruido que señala.
Hora de no andar a tientas,
asustar el miedo.
Decir: ¡Basta!,
e iniciar la marcha,
aunque esté floja la cuerda.

CRONOS

Es inútil, nada sirve.
Ni las experiencias propias o ajenas,
expresadas con afecto abrazado,
vendidas como recetario.
Nada sirve excepto Cronos.
Con su certero y menudo paso
engulle infortunios
minimiza penalidades.
Cronos, el eterno condescendiente
que mitiga pesares
rescata del torbellino volátil de la vida
y arroja de nuevo a ella
inconsútil y confiado
limpio como una lágrima
para que de nuevo muerdas
las manzanas del paraíso.

BREVE HISTORIA DE AMOR

Doris Suárez Guzmán



Un prisionero envía un mensaje: busca una mujer seria y comprensiva que acompañe sus soledades y le haga menos gravoso el cautiverio. No le importa su físico ni su edad, mucho menos su condición social. Lo único que pide es que sea tierna y sincera, con las mismas necesidades que él posee de amar y ser amado.

Isabel, quién también está detenida, se conmueve y le responde. Se escriben e incluyen sus descripciones, hablan sobre sus ilusiones, amores y despechos. Se identifican y reconocen. Luego pasan a enviarse dibujitos tiernos —algo infantil, es cierto—, cuidadosamente coloreados. Una primera manifestación en la que con frases hechas, se ilusionan creyéndose representados.

Poco después fluyen las palabras cariñosas espontáneamente. Los deseos se insinúan tímidos, luego se arriesgan y se desbordan hasta el sobre. Transcurren los meses y las cartas van y vienen, siempre amorosas, esperanzadas.

Cada vez más pobladas de lujuria matizada con corazones gigantes, ositos, ratoncitos y cuanta figurilla romántica encontraban. Era un desborde de pasión que parecía siempre poco para expresar sus sentimientos. Contradicen las normas internas de la Penitenciaría

y pegan las cartas ilustradas en las paredes de la celda. Cada noche suspiran al ver esas pruebas de su amor y piensan en lo afortunados que son por haberse encontrado. No pueden comprender cómo dos almas gemelas han podido sobrevivir tanto tiempo separadas. El amor crece y con él los deseos de encontrarse y decirse con la piel lo que no pueden con las palabras.

Finalmente superan todos los trámites burocráticos y consiguen la autorización de la cárcel para tener una hora de visita íntima.

Después del primer encuentro, ambos callan y piensan que quizás hubiese sido mejor quedarse en el sobre.

SECRETOS

Doris Suárez Guzmán



«Un hombre moderno y seguro de sí mismo». Así se autodefine Oscar Armenta. Piensa que si agrega algo más, estaría haciendo una apología. Su novia, Silvia Morantes, también es moderna y segura de sí misma. Ambos trabajan y se sienten satisfechos por haberse librado de los prejuicios de muchas parejas que perpetúan relaciones posesivas y castrantes. Ellos presumen de llevar una relación tranquila: cada uno respeta el espacio del otro y son leales. Desechan la palabra «fidelidad» porque les parece un término limitante. No lo dicen, pero dan por supuesto que es una relación con exclusividad sexual. Se comunican frecuentemente y saben siempre dónde encontrarse. ¿Control? ¡No!, exclamarían escandalizados. Simplemente se preocupan por el bienestar de su pareja.

Se conocieron en la fiesta de «un amigo de un amigo». Bailaron tanto y tan cerca, que la camisa blanca de Oscar quedó con leves manchones de labial y polvo facial. ¡Odiaba eso! Aun así, esta vez no renegó y soportó la broma de su hermano quién le dijo: «Esa mujer es de las que dejan huella».

Los viernes suelen salir a cenar, tomar unas copas, bailar solos o con sus amigos comunes. Un viernes Silvia se excusó diciendo que

tenía una ineludible e importante reunión de trabajo con unos compañeros que venían de otra seccional y no sabía a qué hora terminaría la jornada. Además, sus colegas eran muy divertidos. Esto último no lo dijo. «Hay verdades innecesarias», pensó. Le asaltó un leve sentimiento de culpa. ¿Estaba mintiendo? No, se tranquilizó a sí misma. Si bien, en sentido riguroso no era una reunión de trabajo, podría tomarse como tal, como un «afianzamiento de vínculos corporativos».

Oscar y Silvia disfrutaban mucho estando juntos, aunque separados se reían más. Oscar podía decir palabrotas con mayor facilidad y celebrar con el rostro excitado los piropos «picantes» de sus amigos. Silvia podía hacer lo mismo. Ella, como tantas otras mujeres, no desconocía que los hombres, por muy liberales que se autoproclamen, detestan que las mujeres empleen el mismo lenguaje vulgar y morboso que ellos.

Ese día Silvia se sentía radiante, segura de sus atractivos, llevaba puesto un llamativo vestido rojo, un diseño exclusivo que se ponía en ocasiones especiales, es decir, cuando deseaba despertar la admiración de unos y la envidia de otras. Sus compañeros tenían muy buen humor, irradiaban mucha energía y ésta no decayó pese al trabajo. Les alcanzó para ir a cenar y continuar con algo de baile en el nuevo bar El pulpo, un lugar recién inaugurado que todos deseaban conocer.

Oscar, una vez recuperado del enojo —que se cuidó de simular muy bien—, por la reunión laboral de Silvia, se puso su camisa favorita y buscó a sus amigos para beber unas cervezas. Su llegada fue muy celebrada. Era la pareja que estaban necesitando para la rumba nocturna. Por un instante recordó que le había dicho a Silvia que aprovecharía para quedarse leyendo en casa, pero se animó pensando que no había mentido, pues en el momento en que lo dijo esos eran sus planes. Su pareja resultó más encantadora de lo que hubiera imaginado y no tuvo ninguna inhibición en manifestarlo. Alguien sugirió que fueran a conocer el bar El pulpo y todos aceptaron entusiasmados.

El lugar resultó tan agradable como otros, con una penumbra centelleante y gente muy fresca que parecía disfrutar a plenitud la música, pero como era el sitio *in*, todos se desgranaron en elogios para no quedar mal, ni ellos, ni la moda.

Había descubierto mucha empatía con su pareja y cuando sonó un tema romántico, consideró que era el momento para estrechar sus

simpatías. La invitó a bailar con un susurro, la tomó por la cintura, caminó a la pista, bromeó con ella y con un solo dedo le acarició la barbilla.

Al levantar la cabeza hacia la pista, vio el vestido rojo, inconfundible en su diseño, adornado con ese cabello rubio y suelto que tanto admiraba. ¡Silvia! ¡No estaba trabajando!

Apretó con fuerza la mano de su nueva amiga y aceleró el paso hacia la pista de baile. ¡El vestido rojo había desaparecido! Husmeó alrededor de la pista sintiendo el escozor del engaño. Estrechó a su pareja, pero la rabia le inhibió sus amagos eróticos y, al terminar la pieza, regresó a la mesa en silencio. Tomó su celular y marcó el número de Silvia. ¡Apagado! ¡Mentirosa!

* * *

Silvia tenía apoyada la cabeza en los hombros de su colega, la atracción era mutua. Cerró los ojos y se dejó llevar por la música y el olor a roble que transpiraba su pareja. Cuando los abrió, lanzó un pequeño grito que su compañero interpretó como un suspiro y la estrechó aún más contra su atlético cuerpo. ¡Era Oscar! Iba camino a la pista ¿A buscarla? ¿No se había quedado leyendo en casa? ¡La gente nunca está donde uno cree!

El celular timbró. Hablaron despacio, ambos parecían tranquilos, imaginaron lo que se dirían cuando se vieran, el encuentro los excitaba y los asustaba al mismo tiempo. ¿Romperían?

Cuando Oscar pasó a recoger a Silvia, ella vestía un jean y una camisa a cuadros. La moña le daba un toque elegante. Oscar dudó.

—¿Mucho trabajo? —preguntó con algo de malicia.

—Muchísimo —respondió ella.

Pensó contarle que había estado algo encartada con las diapositivas pero se acordó del refrán de su abuela «el que se excusa, se acusa...». Decidió entonces contestar con una pregunta:

—Y vos, ¿leíste mucho?

—Solo un poco, cuando llamaste estaba con Juan tomándonos unas cervezas.

—Oh...

Hablaron de cosas triviales, cuidando sus gestos, mirándose a los ojos, sin rascarse la nariz ni mirar a la izquierda, como dicen los libros de psicología que hacen los mentirosos.

—Estás muy hermosa hoy, pero esperaba verte con el vestido rojo.

Silvia sonrió, mientras le contaba que no había resistido los ruegos de la prima que vivía en el extranjero y hacía varios días que se lo había regalado. Oscar no percibió la tristeza de sus ojos al mirar el bote de basura y Silvia tampoco se percató de los tenues manchones de labial en su camisa blanca.

NEIVA



Betuel Bonilla Rojas
Director del taller

Establecimiento Penitenciario de Neiva

LOS ERUDITOS

Ferney Gutiérrez Puentes



Por una tarde de aburrimiento fui impulsado a visitar a un gran amigo, Zaratustra, quien vivía en las afueras del pueblo. Era un hombre ermitaño, y su rancho parecía una caverna o, por qué no decirlo, un horno de barro. Golpeé varias veces a la puerta y cuando me iba a retirar, abrió. Al ver su rostro me dio la impresión de que se encontraba contaminado con la misma epidemia que me embargaba. Después de saludarnos, me invito a entrarnos sentamos en unos taburetes puestos en un corredor donde se podía observar un exuberante paisaje. Luego de disfrutar de una amena charla, acompañada de tinto y cigarrillo, se quedó ensimismado, con la cabeza agachada, mirando sus zapatos. Pasada esa aburrida pausa, levantó su cabeza, como si acabara de aterrizar en la Tierra y mirándome con asombro, expresó: «El espíritu universal, o el Alí de la vida, en los minerales está dormido, en las plantas soñando, en los animales despierto y en el hombre mente y conciencia». Cuando terminó la frase, dispuesto a seguirle el juego y para elogiarlo, respondí: «Usted es un erudito».

El erudito levantó el cuello como un pavo real. Para dejarlo aburrido, le seguí con mi repertorio: Déjeme contarle esta anécdota:

Una tarde hacía un calor de 40° en Atenas. Se encontraban sentados en unos taburetes, al frente del ágora, Sócrates y Platón, compartiendo el mismo aburrimiento, pues en Grecia, aparte de hablar de filosofía, no había mucho por hacer. Sócrates sacó de su ruana dos tabacos y le dio uno a Platón, quien lo recibió y lo pasó por su nariz disfrutando de su aroma. Luego miró a Sócrates cuando éste le estaba pasando un encendedor eléctrico y le preguntó: «¿Dónde lo consiguió?». Sócrates le respondió: «Me lo envió mi gran amigo Fidel, son puros». Pasados unos minutos, Platón se agachó y recogió del suelo una mochila, sacó de ella dos totumas y le pasó una a Sócrates. También sacó una botella con un líquido amarillo, la descorchó y llenó del líquido la totuma de Sócrates, quien olió el aroma, bebió un trago y con admiración, le preguntó a su amigo: «¿De dónde ha traído este delicioso líquido?». Platón contestó: «Me lo ha enviado de cariño mi amigo José Antonio Galán para la fiesta de noche de bodas».

Cuando se empezó a observar el ocaso, aparecieron en el ágora dos mujeres, agredándose y cogiéndose de las mechas, acompañadas de una muchedumbre. Sócrates, con un gesto de desagrado, le dijo a Platón: «El hombre nace bueno y la sociedad lo corrompe». «Al contrario», le respondió Platón, «el hombre es bueno o malo por naturaleza».

Y así seguimos, aprendiendo muchas cosas el uno del otro.

EL CORONEL

Ferney Gutiérrez



El viejo Virgilio era un campesino de cabeza canosa, piel tostada y facciones vestidas de arrugas. Su mirada reflejaba un cansancio y una tristeza que acompañaban siempre su timidez. Un día, cuando llegó al patio 3 del penal, comentó con vergüenza su vinculación a un secuestro organizado por sus hermanos para robarle la herencia a una víctima. Con el paso de los días se dedicó a hacer correas y hamacas de nailon. Su esposa, al igual que sus hijos, lo visitaban con frecuencia. Después de varios años fue trasladado a otro establecimiento, donde permaneció dos años, completando ocho físicos de condena. De regreso a este lugar, se encontró con la sorpresa de que ya conocíamos la verdad de su delito, porque un vecino que vivía cerca de su rancho llegó detenido por alimentos y estuvo sólo lo necesario para desvirtuar su historia. Nos contó que Virgilio sí estaba detenido por secuestro, que había sido delatado por el perro que llevaba todos los días para el cuidado de la víctima, la cual, en un momento de valentía, logró liberarse y huir.

Después de varios meses, por cosas del destino, el secuestrado, ya libre, cruzó en su camioneta Rodeo por la vereda donde vivía Virgilio. Reconoció el perro por el color blanco y una mancha negra

que le cubría el ojo izquierdo. Lo vio al entrar a la casa de Virgilio y, sin saber de quién era la vivienda, no dudó un segundo y llamó a la policía. La respuesta fue inmediata. Sin vacilar entraron y encontraron a Virgilio sentado en una silla, tranquilo, tomando *aguapanela*. La reacción del victimario fue salir corriendo, creando la sospecha de las autoridades que sin dudarlo, lo detuvieron.

Como yo tenía amistad con Virgilio, un día de charla me ratificó que todo era verdad. Me contó, además, que para completar su desdicha, una vez, solicitando revisión del proceso, la mujer dejó por descuido los documentos sobre la mesa y el perro los hizo caer al suelo para luego jugar con ellos y terminar despedazándolos. Continuando con su relato, me comentó que su esposa lo abandonó con sus hijos después de ser trasladado a la cárcel de Acacias, Meta.

Con tristeza y benevolencia compartió conmigo su desdicha, pero como todo no es tan malo, después de varios meses recibió la noticia de que se iba en libertad. Le di un abrazo y al despedirse, me dejó el número del celular de un sobrino para informarme cómo se encontraba.

Haciendo caso a su petición, lo llamé a los ocho días, con tan buena suerte que él se hallaba en casa y pasó al teléfono. Me saludó con efusividad, preguntándome cómo me encontraba y cómo estaban los compañeros del penal. También me comentó que al llegar a su rancho sólo lo esperaba Coronel, su perro. Cuando lo vio, estaba tirado en el suelo. El perrito se había levantado con dificultad, meneando la cola, caminando a rastras para acercársele y empezar a lamerlo, reconociendo a Virgilio como su único amigo. Él, al verlo en ese estado, se sentó en el suelo a contemplarlo y a llorar. Para terminar de completar la desgracia, terminó diciéndome que lo había enterrado, que el perro sólo estaba esperando su llegada para partir.

CARTA CONCRETA A UNA MUJER ABSTRACTA

Hubert Abel Losada Yanguma

Yo no quiero tu cuerpo de palabras vacías

RAÚL GÓMEZ JATTIN



Admiro tu tozudez proverbial. A pesar de mis torrentosos NO despeñándose de mi boca, sigues insistiendo, con una fuerza mecánica, para atraerme a mi ruina espiritual en tu carne. Tu inaceptabilidad de los NO deja en evidencia una permisiva crianza por parte de mis hipotéticos suegros, y comprendo por qué desconoces la acepción negativa de este monosílabo.

Tu inopia semántica me genera un coraje metálico con el que me apetece guillotinar tu pretenciosa actitud. No comprendo por qué no entiendes, ni que te estuviera explicando una integral por medio de sustitución trigonométrica.

Señora: no seas obstinada, no te empeñes en embrujar mis ojos con tu belleza de quirófano ni con la escafandra de lujos con la que cubres tu piel. No quiero la alquimia de tu cuerpo, huyo de ti como el beato José de la carnívora esposa de Putifar. ¿Por qué quieres profanar mi soledad con la inanidad de tus razonamientos? ¿Qué tienes en contra de la higiene de mi espíritu? De nada serviría ligar tu raquitismo mental con mi escepticismo en absolutos, divinidades y cielos augustos, ideales ubérrimos con un solo fin: saquear y gobernar al hombre, algo innatural y execrable.

Debo reconocer que me gusta la forma en que me hablas y cómo tu lengua acaricia mi nombre; pero me exaspera la vacuidad de tus conversaciones. No sabes nada de la vida y de lo sagrado. Tus palabras expiden un concupiscente aroma a sexo, ofreciéndote como una provocativa manzana de la tentación, la cual no pienso morder. Mira los problemas en los que se vio David por flaquear ante Betsabet. Te advierto, si padeces ese complejo deicida del que yo me liberé, y esperas enjuagar tus culpas con sangre ajena, vas a tener problemas con tu SEÑOR, y la solución no soy yo.

Por favor, busca a otro con una carencia de sí mismo, no a este famélico alimentado con las migajas de placer que dejas caer de tu minifalda y tu cama, y al que no le molesta enfermarse de rinitis por el excesivo maquillaje en tu rostro. Alguien con tu misma sed de objetos y facilidad para hallar la felicidad en una boutique de *Yves Saint Laurent*, pero nunca en un almacén Arturo Calle.

Yo no deseo tu oscurantismo, pero ante tu ululante insistencia, y para demostrarte que mi alma no está cementada y tiene la sensibilidad de una muela rota, te diré *romanticómicamente* cómo puedes atraerme a tu escabrosa órbita y ponerme a gravitar exclusivamente a tu alrededor:

Primero, toma de la mesa un recipiente y colócalo sobre tus piernas.

Segundo, échale 3 cucharadas de tus miradas.

Tercero, espolvorea dos miligramos de tus sonrisas.

Cuarto, agrégale a tu gusto suficientes gotas de cadencioso andar.

Quinto, agítalo suavemente con el bamboleo de tu cabello.

Sexto, no lo dejes reposar, es mejor caliente.

Octavo, acércalo a mis labios poco a poco, gota a gota quiero beber beso a beso la poción de tu amor.

Si esto no funciona, dame Ivermectrina para excretar tus encantos y evitar que mi subjetividad se mezcle con tu sensibilidad de maniquí.

Finalmente, no jorobes más, no eres una mujer a mi medida. Recuerda: soy escéptico, no pansexual. Por lo tanto no voy a caer en tu telaraña ni a satisfacer tu apetito venéreo. Gracias a la poesía estoy razonablemente loco como para ceder ante tus malsanos encantos.

VISITA CONYUGAL

Hubert Abel Losada Yanguma



ELLA

He llegado. Estás tan callado que es como si me expresaras todo el amor del mundo que no cabe en un te amo. Después de un corto recibimiento me miras y me gusta, porque si tus ojos fueran bocas me comerían. También te observo, noto tus orejas rojas, como se te ponen cuando te enojas; pero esta vez no es enojo, es excitación, y eso también me gusta.

Te acercas y me abrazas con la sutileza de quien sostiene un pájaro herido entre sus manos. De improviso te abalanzas sobre mí con una fuerza desmesurada, como si te aferraras a la vida. Con esmero de artista desnudas mi cuerpo, quitando hasta mis complejos y prejuicios, esculpiendo en él todo el placer que te brota por la boca. Cuando pienso en que estás pronto a acabar me sorprendes con tu entrometida nariz recorriéndome como si buscaras nuevos aromas, haciendo humedecer y agitar mi cuerpo.

Al final, me pregunto: ¿Habrá una segunda vez?

ÉL

Has llegado con el sol en la espalda después de una larga espera. Tengo unas ganas carnívoras de hablarte, pero estoy tan callado. Ojalá no te moleste, porque con este silencio sólo deseo expresarte todo el amor del mundo que no cabe en un te amo. Nunca antes entre los dos el silencio había tenido tanto significado. Me miras y siento las orejas calientes, me las imagino poniéndose rojas y espero no lo notes. Te miro dejando caer mis ojos sobre ti como dos aves de rapiña sobre su presa, y entonces me decido.

Me acerco, debo acariciarte, es imperativo. Todos estos días he sentido cómo mis manos se rajan por no tocarte. Entonces te abrazo con la sutileza de quien sostiene el alma de un niño entre sus manos. De improviso me abalanzo sobre ti con una fuerza desmesurada y me aferro como a una raíz en pleno desfiladero. Agarro tu cuerpo, lo desnudo con el esmero de un artista, esculpiendo en él todo el placer que me brota por la boca. No sé por qué estas «petrificada con ese aire que tienen las cosas movibles cuando no se mueven». Decido perseguir con mi nariz olores nuevos, entrometerla entre tus blancas piernas para que sea acariciada con tu sexual y viscoso aroma.

Al final, me pregunto: ¿Habrá una segunda vez?

ONIRISMO: ELLA

Cuando el día termina, después de una eterna ausencia tuya, llega la hora de dormir.

Me recuesto en nuestra cama y entonces, en medio de las sábanas, tus pies se encuentran en un tierno abrazo con los míos.

Siento tus manos acariciando mis pechos, mi cintura y mis piernas. Comprendo lo que sucede: en mis sueños me visitas cada noche para refrescarme con tu amor, y al comprenderlo deseo nunca despertar.

Quisiera quedarme allí, dormida junto a ti. Pero el día llega nuevamente y empiezas a desvanecerte mientras un beso tuyo se queda en mis labios.

Ese sueño tan hermoso es lo que mi memoria se lleva cada domingo y se niega a olvidar.

ONIRISMO: ÉL

Cuando un día más termina, después de otra eterna ausencia tuya, regreso a mi lugar de reposo.

Me recuesto y, sin saber cómo ni por qué, estamos en nuestra cama y te imagino soñándome, mientras mis pies se encuentran en un tierno abrazo con los tuyos en medio de las sábanas.

Como tierra agradecida con la lluvia después de una larga sequía, me recibes, dejas a mis manos acariciar tus senos, tu cintura y tus piernas. Comprendo lo que está ocurriendo: en nuestros sueños te visito y me visitas cada noche para refrescarme con tu amor, y al comprenderlo deseo nunca despertar.

Desearía no dejarte ir, encadenarte con un abrazo, que te quedas dormida junto a mí. Pero el día llega nuevamente y empezamos a desvanecernos. Entonces, dejas un beso en mi delgada memoria.

LAS PLANTAS DE MARÍA LUCÍA

Dianne Carolina Barbosa



Lunes 7 de febrero de 2014, al sur de Cali

Vivía en el barrio Ciudad Jardín, un sector de clase alta, de casas campestres y amplias zonas verdes. El primer día de clases me levanté como de costumbre a las seis de la mañana. Abrí las ventanas de mi habitación y sentí el ingreso de una brisa fría. Levanté las manos y escuché cerquita el canto de los pájaros. Luego miré hacia el frente. Al otro lado de mi ventana, asomada en la suya, estaba mi vecina María Lucía Quesada, una niña de nueve años, pelo largo, negro, delgada y alegre.

Se preparaba para ir al colegio. Vi que antes de que su padre sacara el auto para llevarla, María Lucía regaba las plantas. Su rostro irradiaba felicidad al ver crecer las flores. Olvidé el cuadro y me di un baño. Me coloqué el uniforme, me recogí el pelo y me apliqué labial, lista para ir a la universidad.

Siete y media de la mañana

Salí en mi auto, hacía demasiado calor así que subí los vidrios, encendí el aire acondicionado y coloqué algo de música. De repente sentí que algo no estaba bien, pues la llanta delantera del costado

derecho se había pinchado, dejándome obligatoriamente en la mitad de la carretera, vía Jamundí. Me bajé del auto y pedí ayuda haciendo señas con la mano, pero los autos pasaban muy rápido y ninguno se detuvo. A unos cincuenta metros vi un letrero que sobresalía de la carretera: «Ponte una flor en el pelo y sé feliz». Me causó curiosidad. Caminé hacia allá y entré al lugar. Sentí como si hubiera entrado a un paraíso, pues había miles de flores, de todas las clases: orquídeas, girasoles, claveles, jazmines, margaritas, cartuchos y corales, pero lo que más me impactó fue ver dos hermosas niñas de 12 años, rubias y de piel blanca, regando las flores. Me acerqué y una de las niñas, que dijo llamarse Ana, me ofreció algunas de sus flores. Le pedí que me vendiera la que más le gustara. Las cortó, las envolvió en un pedazo de papel periódico y me las entregó: doce hermosos girasoles.

—Cuando te sientas triste, colócate una en el pelo, mírate en un espejo y sonríe —dijo con una sonrisa tierna.

Sorprendida, me acerqué a un árbol grande, donde se encontraba la que parecía ser la madre de las niñas. Estaba sentada en una silla de ruedas, también con una gran sonrisa. Me dijo que se llamaba Consuelo. Le cancelé el valor de las flores y a cambio me obsequió una bolsita llena de semillas de girasoles que sembraba su esposo, el señor Emiliano, quien estaba a su lado. Al señor Emiliano le conté que mi auto se había pinchado y le pedí que me ayudara. Nos fuimos caminando. Colocó la llanta de repuesto y regresé a mi casa. Había perdido mi primer día de clases.

Martes 8 de febrero. Seis de la mañana

Abrí las ventanas y vi a María Lucía regando sus plantas. En su rostro se veía tristeza, y sus lágrimas caían. Nunca la había visto así. Le pregunté qué le pasaba. Alzó sus ojos y me contó que en unos días se iría a vivir a Villavicencio, a la finca de su abuelita materna, y que sus plantas se morirían si no las regaban. Le dije que no se preocupara, que mientras llegaban los nuevos inquilinos yo cuidaría de ellas. En ese momento me acordé de los girasoles. Corrí abajo, saqué dos de ellos y un espejo. Me puse uno en el pelo y otro en el de María. Nos miramos al espejo y ella sonrió. Lo que decía aquel letrero era cierto. Entré de nuevo en la casa, me di un baño, me coloqué mi uniforme y salí en el auto hacia a la universidad.

Siete y media de la noche

Llegué a mi casa cansada. Me di un baño y tomé un vaso de leche antes de acostarme. Una semana después María Lucía se trasteó.

Me gradué como diseñadora de interiores. A los pocos meses me casé con un gran hombre, un abogado reconocido, y tuvimos una hermosa hija. Diez años después mi hija Sofía yo regamos las plantas de María Lucía, todos los días, antes de que su padre la lleve al colegio. Lo último que supe de María Lucía es que vive en Miami, con sus padres, y que tiene una empresa de flores.

MIS VACACIONES

Carlos Guzmán



Aquellas vacaciones serían diferentes para mí, pues estaría por primera vez sin la compañía de mis padres. El viaje era a la finca de una tía que vivía en el occidente de Boyacá, zona que en aquella época, 1989, se encontraba en un conflicto armado por el poder de las minas de esmeralda, por lo que casi no me dejaban viajar; pero con la ayuda de mi tía, quien se dio a la tarea de convencer a mis padres de que el viaje era seguro, pude finalmente hacerlo.

La finca era acogedora. La casa principal tenía dos pisos con balcones desde donde se podían apreciar extensos terrenos, poblados de cafetales, variedades de árboles frutales, potreros con ganado y las fincas aledañas; incluso se veía la carretera y los pocos carros que subían procedentes de un caserío que quedaba en la falda de la montaña, a veinticinco minutos de la finca de mi tía y que se dirigían al pueblo, distante dos kilómetros, hacia arriba del lugar donde me encontraba.

Los 3 primeros días no salí de la casa; al cuarto día le dije al hijo de un trabajador de la finca que me llevara a conocer el pueblo. César, un niño de 12 años, mayor que yo, conocía la zona como la palma de su mano. Un domingo de diciembre, a las ocho de la mañana, cuando me encontraba listo para salir, César me dijo:

—Esperemos un ratico que no demora en subir don José para que nos lleve.

Nos paramos en el balcón para ver la carretera y esperar a don José. 15 minutos después, César gritó:

—¡Ya viene!

—¿Dónde?

Me tomó del brazo y apuntando con el dedo índice señaló un punto rojo con blanco en la carretera.

—Ya lo vi —le dije.

Salimos y empezamos a caminar hacia abajo. El carro no estaba muy lejos, ya que el ruido del motor se escuchaba cada vez más cerca. De pronto otro ruido nos hizo detener.

—¡Voladores! —gritó César.

Miramos hacia el cielo para ver algo, pero no se veía nada. Sólo escuchábamos torear la pólvora. Pasados unos segundos, hubo un silencio total. Sin darle importancia, seguimos caminando. Saliendo de una curva y tomando una recta vimos el carro de don José, un Toyota rojo con carrocería blanca. Estaba parado en medio de la carretera, con las puertas abiertas de par en par. Nos acercamos, pero no se veía a nadie. Miramos hacia los lados pero nada. Decidimos avanzar sigilosamente. César se fue por el lado del conductor y yo por el otro. Caminé hacia la parte trasera del carro. Allí encontré al primer hombre, robusto, de piel morena, tirado bocarriba, con los brazos abiertos. Había un revólver a pocos centímetros de su mano derecha. Tenía una pierna doblada y la otra estirada, formando un cuatro. Su cabeza reposaba sobre un charco de sangre.

Entonces, retrocedí sin darle la espalda al muerto. Me paré frente al carro y traté de llamar a César, pero la voz no me salía, como si tuviera la garganta apretada. En ese momento César apareció del lado de la puerta del conductor y me hizo una seña con la mano derecha. No se veía asustado, pensé que tal vez no se había percatado del muerto. Caminé hacia él para contarle lo que había visto detrás del carro. Me acerqué y señaló hacia la cuneta. Ahí estaba el otro cuerpo, con la pierna izquierda tendida sobre la carretera y la derecha metida en la zanja. La mano diestra reposaba sobre unas matas y la otra sobre el pecho. El agua que corría por la cuneta y se estrellaba contra su cabeza era cristalina, pero abajo se tornaba rojiza.

La cabeza del hombre, inclinada un poco hacia la derecha, con los ojos abiertos, daba la impresión de que miraba parte de sus propios sesos, que yacían pegados en las hojas de una mata de ortiga. César, al ver la impresión que este cuadro había tenido en mí, me tomó la mano y me sacó de allí.

Nunca supe cuál de los dos era don José. Hacia la 1 de la tarde viajaba de regreso donde mis padres.

ROSAS EN EL JARDÍN

Carlos Guzmán



Ana María era una joven de 17 años, estudiante de último grado de bachillerato, hija de una médica forense y de un terapeuta, muerto en un accidente de tránsito cuando ella tenía 3 años. Al cumplir los siete, su madre decidió rehacer su vida con un cardiólogo que conoció en el mismo hospital donde trabajaba. Curiosamente, después de la fiesta de 15 años de Ana María, el cardiólogo desapareció de sus vidas.

Ana María, querida y admirada no sólo por su belleza sino por su carisma, tenía muchos pretendientes, sin llegar a interesarse por ninguno. Aparte de ser muy dedicada a sus estudios, pasaba mucho tiempo en su jardín. Lo empezó a cultivar dos años atrás, a raíz de un ramo de tulípanes que recibió en sus 15, ramo obsequiado por su padrastro. A partir de ese día, tuvo la idea de adecuar el patio de su casa para instalar un jardín de tulípanes. Día tras día, antes de ir al colegio, salía al patio a regar su jardín. Sin afán, bajaba las escaleras con el pelo suelto, la mirada un poco perdida y vestida apenas con un pijama de seda que dejaba traslucir su esbelta figura. Caminaba hacia el jardín, tomaba una manguera, la conectaba en el grifo y comenzaba su ritual. Caminaba lento, de lado a lado, dialogando quién sabe qué con sus flores mientras las regaba. Pareciera que con

cada flor sostenía una charla diferente. No se percataba de que Luis, su vecino, la espiaba desde el segundo piso de su casa a través de la ventana de su cuarto.

Luis, de treinta y un años, recién separado y sin hijos, venía observando el ritual de Ana María desde hacía unos pocos meses. Ahora, recién separado, podía disfrutarla mejor, con más calma, sin temor a ser descubierto. Antes de dirigirse a su oficina se instalaba cuidadosamente en la ventana, como único y afortunado espectador de la llegada de su diosa. Su pulso se alborotaba, sus piernas temblaban y las manos le sudaban al ver esa silueta cruzar por el umbral dirigiéndose al jardín. Para él no existía mejor prenda femenina que la de su piel. Sentía envidia de los rayos del sol al ver cómo cruzaban sin escrúpulos la fina tela de la pijama de su vecina, acariciando sus caderas mientras ella se inclinaba a susurrarle a los tulípanes, a acariciarlos y consentirlos.

Luis acudía religiosamente a su cita mañanera, aumentando el interés por su vecina, tanto así que dejó de ser tan cauteloso a la hora de instalarse en la ventana. No pasó mucho tiempo antes de que Ana María lo sorprendiera, pero no por esto dejó de regar sus flores ni de cuidar su jardín. Su rutina fue la misma por un par de semanas más, eso sí, mostrando indiferencia hacia su furtivo espectador. Una mañana, Ana María se encontraba arrodillada en el césped, arrancando el roldanillo de su jardín; de pronto sintió una figura espectral parada detrás de ella. Un escalofrío atravesó su cuerpo. Con el reflejo de un rayo giró su cabeza, mirando hacia atrás y encontrándose con la mirada penetrante de Luis, quien no parpadeaba desde la ventana. Inmediatamente recordó esa mirada, la misma que dos años atrás le hiciera sentir terror.

Recuperando fuerzas y tomando aliento, se levantó lentamente, sin dejar de mirar al hombre. Esbozó una tímida sonrisa y con la mano derecha le señaló la tapia que dividía las dos casas. Luis, sorprendido pero emocionado, no se hizo esperar y salió de su cuarto. Bajó las escaleras, tomó una rosa que encontró en un florero de su sala, salió al patio y de un salto se acaballó sobre el muro. Miró a su vecina y farfullando le dijo lo hermoso que estaba su jardín. Ella sonrió y lo invitó a que lo apreciara más de cerca y le ayudara a limpiarlo. Luis

le preguntó si sus padres se lo permitían. Ana María miró hacia el jardín y le contestó:

—Mi padre está muy lejos y mi madre llegará mañana.

Luis saltó de la tapia, quedó acurrucado frente a Ana María y observó de cerca su figura rutilante. La contempló por un instante, se levantó, le entregó la rosa y le dijo:

—Ésta es para que la agregues a tu jardín.

Ella la recibió sin decir nada y lo invitó a que siguieran juntos la labor de limpieza del jardín, hasta que decidió ofrecerle algo de beber. Luis, como idiotizado, movió la cabeza en señal de aprobación. Ana María se levantó y caminó a la casa, subió las escaleras, entró al cuarto de su madre, abrió una gaveta de la mesita de noche, revolcó un poco y sacó un frasco de pastillas para dormir. Luego se dirigió a la cocina. Allí abrió la nevera, tomó una jarra con jugo de naranja, cogió un vaso y le echó seis pastillas. Después vertió jugo en el vaso, salió al jardín, se dirigió donde Luis y le brindó el jugo. Él lo recibió sin dejar de mirarla directamente a los ojos y de un sorbo bebió el jugo, como si quisiera apagar un incendio en su interior.

Ana María recibió el vaso y se dirigió a la cocina. Al volver, encontró a Luis tirado en la puerta que daba al patio. Sin ningún asombro se dirigió al otro costado del jardín y agarró una pica y una pala, miró el reloj de la cocina, suspiró, miró a su vecino por última vez y, arrastrando la pica y la pala, caminó hacia el jardín.

GIRASOLES EN FLOR

Jimmy Antonio González



En las mañanas una jovencita de cabello crespo, ojos color miel y piel trigüeña salió de su casa, como todos los días, a mirar los hermosos y vivos colores de sus girasoles. La joven salía en pijama a cumplir este ritual y sus vecinos la miraban con admiración al verla asistir con fervor a la cita con sus flores, antes de irse a trabajar en la floristería del pueblo.

Entraba a trabajar a las ocho de la mañana, pero aprovechando que en el pueblo todo era cerca, salía de su casa hacia la floristería a las 7:30. Le gustaba su trabajo porque allá se encontraba con lo que más quería: los girasoles. Por esa razón pensaba que nunca vendería los que tenía en su casa. En la tarde, cuando llegaba de trabajar, los observaba detalladamente y pensaba que no tenían el mismo resplandor de las mañanas. Los volvía a regar y aprovechando que su jardín era bastante pequeño, también los contaba.

Un lunes en la tarde, cuando regresó de la floristería, observó un espacio muy grande en su jardín. Los girasoles que regaba con tanto cariño no estaban. Muy triste, decidió sentarse en la entrada de su casa a llorar porque ya no los volvería a ver. De repente, se le acercó un vecino y le dijo:

—Crespa.

Concentrada en su llanto, no lo escuchó.

—¿Por qué está llorando? —le preguntó el hombre con voz suave.

—Mis girasoles no están —musitó entre lágrimas.

—Vecina, perdóneme —dijo con un tono de súplica—. Vengo a ofrecerle disculpas, pues fui yo quien los agarró.

—¿Acaso eran suyos? —replicó ella—. ¿Por qué los arrancó?

—No eran míos, pero es que mi madre murió hoy —le explicó con rostro triste—. Ella la miraba desde la ventana de la cocina todos los días, y de cariño la llamaba “la crespita”. La admiraba porque usted nunca dejaba de regar sus bellísimos girasoles.

Entonces se secó las lágrimas y se quedó mirándolo fijamente, escuchando su triste historia.

—Por eso los corté, para llevarlos a la tumba de mi madre: desde el cielo los mirará. Le prometo que los regaré todos los días —afirmó envuelto en llanto—. Por favor, vuelva a sembrarlos que seremos dos para cuidarlos. —Al terminar de decir esto, notó en ella una ligera sonrisa.

SIEMPRE TE RECUERDO

Moisés Torres



Hoy que estoy ausente de ti
y llevo mucho tiempo sin verte,
recuerdo las noches estrelladas
en las que solíamos pasear juntos.
Sentados en el viejo tronco del árbol,
a la vera del camino,
mirando las estrellas fugaces
como naves espaciales
que se transportaban a una velocidad increíble
para luego perderse en el vacío.

Recuerdo también que me susurrabas al oído
que siempre que una estrella volara
pidiera un deseo y de inmediato
se nos haría realidad.
Me mirabas con tus ojos traslúcidos, cristalinos y
aguados.
No era necesario interrumpir

el silencio porque nuestros ojos
lo decían todo.

Pero un día desaparecí de tu vida
y del lugar donde solíamos encontrarnos
y nunca supiste qué pasó conmigo.
Me alejé buscando un futuro incierto que nunca imaginabas,
que ni siquiera yo lo imaginé.

Nunca pensé que fueras a hacerme tanta falta.
Si hubiera predicho mi destino
de seguro te hubiera llevado conmigo.
Pero emprendí una larga marcha
por lejanas tierras no conocidas,
y cuando la noche me sorprendió sin tener un lugar
donde conciliar el sueño,
me quedé contemplando los luceros y
los comparé con tus brillantes ojos,
esos que iluminan mi camino,
en el trasegar de la vida.

Luego, cuando rayó la aurora
y apareció el primer rayo del sol,
seguí mi larga marcha.
Vi aquellas cascadas
de agua cristalina que transitaban deprisa.
Parecía que en su afanoso viaje llevaran un mensaje,
para hacerlo conocer en tiempo récord.
Las comparé con tu hermosa cabellera,
la que hace un vaivén con el movimiento del viento.
Imaginé tus labios y los comparé
con esos manantiales de agua
donde calmo mi sed
después de esta larga jornada.

Después de esa larga jornada,
volvió a mi mente tu recuerdo.

Entonces imaginé tus senos y los comparé con
aquellas cordilleras
que aunque el cansancio me venza,
poco a poco y con un pensamiento firme
voy escalando minuto a minuto
hasta llegar a la cima
para obtener mi gran victoria.

Siempre recuerdo aquel día caluroso
en que me marché de tu lado a un lugar lejano,
a un viaje sin regreso.
Nunca imaginé
que fuera a llevar en mi mente
aquel sollozo y tibio respirar
que fingías cuando estabas en mis brazos.

No he podido olvidar aquel hermoso vientre
tan plano como extensas llanuras.
Era incansable recorriéndolas,
centímetro a centímetro,
para poder llegar hasta la meta.
Aquellas serranías que forman tus hermosas piernas,
siempre firmes y decididas
donde escondes y guardas con recelo
aquel tesoro tan hermoso
por el que siempre luché.

NO HAY REMEDIO

Moisés Torres



Pensando y reflexionando digo yo:
¿Qué ha pasado, compañero
de la noche a la mañana,
que estás en este agujero,
enredado en la justicia
con dolor y desespero?

¿Cuál justicia, amigo mío?
Si no la hay, majadero,
sólo seres, inhumanos,
esperando su buen premio,
policías, fiscales, jueces
que luchan por grandes sueldos.

La ley es para el más tonto,
pa'l pobre y menesteroso.
Pa'l poderoso solo defensas lo dan todo
y luchan como leones
para sacarlos del foso.

Hasta el pavo pependenciero
y el lagarto mentiroso,
la rata de alcantarilla
y el sapo meloso,
de la noche a la mañana
van para el calabozo.

No hay remedio, amigo mío,
si el presidente afanoso
con política fascista
ataja por una esquina,
en la otra la insurgencia,
le hace fiesta,
lo mismo que los *paracos*.

Los campesinos reclaman,
todo el pueblo se alborota,
los gamines volean piedra,
los estudiantes bombas,
los camioneros se paran,
y se acaba la comilona.

Viene detrás la insurgencia
apoyando al campesino
para tomarse el poder
y gobernar a su estilo,
para cambiar el país
pa'buscar otro destino.

CHORROS DE AGUA EN LAS CELDAS

Johana Alejandra Tisoy



Son las cinco de la mañana y escucho el chorro de agua en el baño de las celdas. Cada una de mis compañeras se levanta y camina con los brazos al frente. Por turnos ingresan a bañarse. Somos nueve mujeres en la celda número uno. La primera en ingresar es la señora Elvia Mateus quien, sin dudarlo, entra a bañarse, antes de las cinco, con agua recogida del día anterior. No sabemos por qué le gusta esta agua. Después de que ella sale, las “mocho” empiezan a entrar y a salir del baño. Yo casi siempre me baño a las 5:30. En una hora, las 9 debemos estar bañadas, listas para abandonar las celdas, paradas junto a las oxidadas rejas. A las seis suena el crujido de rejas que se abren. Son dieciocho celdas en total, en un patio muy pequeño. Cuando se termina la apertura, las dragoneantes se ponen firmes y hay que decirles: «seño». Formamos en el patio en filas de cinco mujeres. Ya organizadas, las «seño» del turno de la noche nos cuentan, señalándonos una a una, y al terminar podemos volver a las celdas a organizarnos, pues una mujer, así esté en la cárcel, sigue siendo una mujer. Las guardianas dejan las celdas abiertas hasta las 7:30, momento en que la ordenanza del patio grita: «¡Cierran tramos!». Entonces hay que salir de inmediato con las pertenencias en las manos. Unas sacan ropa para

lavar; otras, elementos para trabajar en *chuzados*, peluches, manicure; otras, sus mecatos. Las «seño» cierran las celdas y cada una se va para el lugar donde siempre se la pasa su *parche*.

Cuando son las 8 realizan la segunda contada, que es al ingreso del segundo turno, el que va estar las veinticuatro horas. Luego se inician las clases para aquellas que descuentan en estudio. Son de 3 a 4 horas al día entre libros arrugados, carpetas y lápices. Yo soy agente educativa y trabajo de lunes a miércoles, de ocho a once. Y digo trabajo porque es lo que se hace, trabajar, cumplir con un horario y unos objetivos, como en cualquier empresa y pagar con castigo si algo sale mal. A las 11 llega el almuerzo, se termina la clase y cada una va desfilando a recibir su ración de comida.

Pasada la hora del almuerzo vuelven a abrir las celdas. Llega otra vez el agua, que dura sólo una hora. Las celdas permanecen abiertas entre 11 y una, porque estamos en clima cálido y la siesta es obligatoria. En ese pequeño tiempo se aprovecha para lavar ropa, descansar, tomar un buen baño y/o dormir. A la 1 de la tarde volvemos a salir. Algunas se van de remisión, bien para donde el médico o para audiencia judicial, las demás continuamos en nuestras labores: enseñando, bordando, chuzando telas, realizando manicure o simplemente pensando.

A las dos de la tarde ingresa la comida, en enormes botijas a las que las compañeras llaman las «gordas». Las palanqueras, que son las personas que entregan la comida, entran en medio de una fila en la que no hay orden ni se respeta a nadie. Entregan porciones medidas a las internas y cuando sobra comida se realiza otra fila, a la que llamamos el *repiñi*. Todo esto en medio de un desorden y una algarabía enorme. Terminada la cena, se sacan los tarros desocupados.

A las 3:30 vuelven a abrir las celdas para que guardemos todo. Antes de las cuatro nos vuelven a contar, como se cuentan las ovejas en un potrero y nos encierran en las celdas. Cuando estamos enclaustradas en ese estrecho lugar, que mide cuatro metros por cuatro, nos tiramos, cada una en una parte de los camarotes, de a dos por camarote. También hay una palomera, una pequeña plancha y un baño muy pequeño. Debemos ubicarnos como podamos.

Yo duermo en un camarote, en la parte de encima, pero como el hacinamiento ha llegado al límite, en la palomera duerme otra y

en el piso o «la carretera» duermen otras dos en una colchoneta, casi metidas en el baño.

A las cinco de la tarde vuelve a sonar el chorro de agua y volvemos por turnos, a bañarnos. El agua se va justo a las siete de la noche. Quien no se alcanza a bañar, debe esperar hasta el día siguiente. A las ocho hay que apagar la luz. Las «seño» la llaman la «hora del silencio», pues no debe haber ninguna clase de ruido, porque en la celda, o el tramo donde haya ruido, serán castigadas. El castigo consiste en no abrir el tramo o la celda durante todo el día siguiente. A esa hora todo queda en silencio y nos dedicamos a esperar que pase la noche lo más rápido que pueda, y que se inicie un nuevo día en el que quizás algo cambie.

RECUERDOS

Laidy Lizcano Perdomo



Cerró la puerta de su apartamento y caminó en busca de la cafetería. Sintió el chirrido de las llantas de un auto contra el pavimento, un golpe seco y un grito ahogado.

Miguel es un hombre joven, de ojos cafés, cejas frondosas y boca bien delineada. Temprano en la mañana se organiza en casa y empieza su rutina: lleva al colegio a sus hijos, Pablo y Sofía, arregla su vivienda y se dirige al trabajo. Al terminar la jornada va hasta la casa de la señora María a recoger a sus hijos quienes, como todos los días, lo reciben con besos y abrazos.

Al llegar a su vivienda prepara la cena y revisa las tareas de los niños, mientras estos ven televisión. A las ocho de la noche los acompaña a la cama y les cuenta un cuento hasta que se duermen. Entonces los deja durmiendo y se dirige hasta el balcón, donde planta su silla de ruedas en dirección a la luna y se pierde en sus pensamientos.

El primer recuerdo que acude a su memoria es el de Laura, la joven y hermosa Laura. Luego es ella en el ataúd, fría y distante. Un suspiro se le escapa. Entonces agradece el haber podido conservar

algo de su familia. Va hasta su cama, se mete bajo las frazadas y siente, como si lo estuviera viviendo, el chirrido de unas llantas y un golpe seco.

BUENA SUERTE

William Gutiérrez Aullón



Todos los días da gracias a su buena suerte por haber conocido a un ser tan especial: bella, de piel blanca y con ojos claros como el sol radiante del amanecer. A pesar de sus pocos encuentros, vive ilusionado de aquella rosa que floreció en su jardín. La idea de un jardín lo saca de sus pensamientos. Mira y no ve un solo árbol, sólo unas cuantas ventanas en barotes de hierro y concreto.

BOGOTÁ



Víctor Manuel Mejía Ángel
Director del Taller

Reclusión de Mujeres El Buen Pastor de Bogotá

LA TRAMPA

Mari Cruz



Era el 31 de mayo de 2013. Mientras preparaba el almuerzo me encontraba ansiosa y algo preocupada pues tenía una cita con un desconocido que supuestamente me iba a comprar 4 kilos de *bazuco*. Vendería la droga en sociedad con una mujer que apenas hacía 3 días conocía. Me la habían presentado una vez que despachaba mis nietos para el colegio.

Me fui a una cafetería en el Barrio San Francisco donde tenía cita con la mujer que nos llevaría la droga. La mujer nos esperaba puntual; después de saludarla intercambiamos un par de palabras, me hizo saber que solo tenía un kilo disponible en el momento y que nos tocaba esperar a su socio que ya venía en camino.

La cita con el comprador era a las 2:30 de la tarde en el Centro Comercial Caracas. A las dos el socio de la mujer no llegaba. Ella le marcó al celular, él respondió que venía en un *trancón*, que nos adelantáramos y lo esperáramos en la estación de Transmilenio de Molinos.

Tomamos un taxi y nos dirigimos al lugar, allí esperamos un rato pero el hombre no llegaba. El cliente que nos iba a comprar la droga comenzó a marcar desesperado, le dijimos que tuviera paciencia que

ya íbamos a llegar. Estábamos a dos pasos del Centro Comercial Caracas pero sin la droga completa.

Ya eran casi las 3. La mujer, ansiosa, marcó varias veces a su socio y este repetía que estaba en un trancón y aun se demoraba en llegar. El hombre con el cual teníamos la cita y el cual era un supuesto surtidor de Soacha, Bosa y Patio Bonito empezó a impacientarse con nuestra demora y comenzó a llamarnos.

Ante la insistencia del cliente y viendo que el socio de la señora no llegaba, decidimos ir a cumplir la cita. Ni la señora ni yo conocíamos al sujeto que nos iba a comprar la droga. Este negocio se nos presentó por medio de un intermediario y sólo habíamos hablado por teléfono. Él nos había dado las señas de cómo iba vestido y cómo era él.

Nos dirigimos al centro comercial y ciertamente vimos a un hombre corpulento, moreno que iba vestido tal cual se describió. Dicho hombre no estaba solo, lo acompañaba un señor canoso, alto y de figura delgada. Nos acercamos y luego de identificarnos explicamos que solo teníamos un kilo y que los 3 faltantes los traían en un rato.

El sujeto dijo que no había problema, pero que mientras tanto le mostrara el kilo que llevaba. Después de mirar la droga que estaba en una bolsa, el tipo la olió y dijo que era de excelente calidad y que esperaba que los 3 kilos restantes fueran iguales.

No sé si por cosas del destino, o de mi Dios, ya había pasado media hora y el socio de la señora no llegaba con la merca que faltaba. El tipo que se había identificado como Pedro, dijo que no podía esperar más, que fuéramos hasta el carro para pagarnos la mercancía y que al día siguiente nos llamaría para recoger los 3 kilos que faltaban.

Lo seguimos hasta el parqueadero, llegamos hasta un taxi y esperamos que el hombre abriera la puerta pero se quedó inmóvil recostado contra el taxi, mirándonos.

Mi compañera y yo nos miramos extrañadas cuando no sé de donde aparecieron como diez hombres, que se identificaron como de la Sijín. Uno de ellos dijo que quedábamos detenidas y nos leyó los derechos. La mujer que iba conmigo se puso a llorar y a suplicar que no le hicieran ese mal, que ella tenía una bebé recién nacida.

Los hombres se disponían a esposarla cuando ella salió corriendo hacia la salida del parqueadero. Un agente se le fue detrás y cuando la alcanzó empezó a empujarla hacia el taxi. De pronto sonaron disparos,

Los agentes reaccionaron sacando sus armas y respondiendo el fuego. Yo miraba entre estupefacta y nerviosa aquella escena que parecía de película. La mujer aprovechó la confusión y el enfrentamiento y corrió hasta huir del lugar.

Los hombres que iniciaron la balacera fueron retrocediendo sin dejar de disparar y huyeron. Dos de los policías salieron detrás, pero no lograron alcanzarlos. Los agentes que se quedaron en el sitio salieron a auxiliar al sargento que comandaba el operativo, el cual fue herido en una pierna. Enojados y frustrados por la fuga de la mujer con sus cómplices, descargaron toda la ira contra mí, me decían que diera nombres y direcciones o que me iban a embalar acusándome de complicidad en un atentado de homicidio.

Al no dar ni nombres ni direcciones me esposaron, me subieron al taxi y tiraron la bolsa negra junto a mí. En el taxi me llevaron a una estación de policía y me subieron a una patrulla en la cual había 3 agentes de la Sijín, los cuales me interrogaron. Uno de ellos preguntó a quién debería avisar de mi captura, yo di el número de mi nuera y uno de ellos la llamó. Me transportaron a la URI para legalizar mi captura, ya oscurecía cuando llegamos. Recuerdo que había mucha gente y que se demoraban en indagarme. Mi nuera marcó al celular que ya no estaba en mi poder y un agente le dio la dirección.

Luego de una hora mi nuera llegó con mi hijo. A él le pasé mis pertenencias. Fue poco lo que pude hablar con mi familia porque los agentes dijeron que tenía que subir a la indagatoria. Un juez me hizo la legalización de captura, siempre custodiada por los agentes y esposada. Luego de ser indagada me llevaron hasta un carro rojo y nos dirigimos hacia los calabozos de la Sijín en donde estuve una semana hasta que me llegó la boleta.

UN DÍA DE RAQUETA

Mari Cruz



El día de raqueta fue algo incómodo. La hicieron por la noche cuando yo ya me encontraba acostada y no me dieron tiempo ni para ponerme unas chancas. Me sacaron junto con mis compañeras de celda en pantaloneta y camisilla. Tuve que aguantar un frío espantoso y al ingresar a la celda, después de media hora, estaba como *cambuche* de indigente: todo patas arriba y revuelto.

Me llevó una hora encontrar en ese desorden mis cosas y organizarlas. Ese día fue de visita y recuerdo que la comida estaba tirada en el suelo, revuelta con la ropa, útiles de aseo y zapatos. Una compañera mía lloró al ver el delicioso sudado que le había traído la mamá lleno de mugre.

Yo también fui víctima del abuso de autoridad de las dragoneantes, ya que el radio que me trajo mi hijo me lo volvieron añicos y quedó sirviendo para nada. Una cortina que había comprado en dos pines de \$5,000, también me la decomisaron y nunca más la volví a ver. Después de esa raqueta he vivido muchas más, pero la que más me afectó fue esa donde me dañaron mi hermoso radio, mi único amigo en la soledad.

ROSAS Y ESPINAS

Silvia Chávez



Todo comenzó cuando una pareja decidió tomar un vuelo a Colombia buscando ganar un dinero extra para pagar un montón de deudas acumuladas al montar un local fallido. A la llegada al aeropuerto de Vigo era un manojo de nervios, ya que a Madrid era un vuelo de una hora, pero el de Colombia eran trece horas.

Ese viaje, desde el principio, no olía bien. Sentía que era una trampa porque todas las cosas que me iban ocurriendo no tenían sentido. Íbamos con el dinero preciso y ese fue el primer fallo, pero mi novio decía: «no te preocupes, disfruta, tú siempre ves cosas donde no las hay. Deja la psicología y disfruta». Sí, disfrutaba, pero mi cabeza no dejaba de pensar. El vuelo era largo, la impaciencia lo hacía más lento, pero llegó el momento.

Llegamos a nuestro destino, allí debía esperarnos un taxi enviado por el hotel. Bajamos todos ilusionados, el clima era caliente, había palmeras, música, estaban en pleno carnaval, era bonito, pero pasaba el tiempo y no llegaba nadie.

Se nos acercó una pareja de policías y nos tendieron la mano ayudándonos a llegar a nuestro hotel. Yo no dejaba de observar todo el paisaje, la música era algo diferente, como de otro mundo, todo

distinto. El hotel era una basura, parecía un motel de mala muerte: entramos y qué desastre, eso no tenía ni pies ni cabeza. «Dios mío, ¿en dónde estoy? No puede ser real».

El cansancio se apodero de mí. Tenía hambre, ganas de fumar y no sabía de qué manera enfrentar la realidad. Él me decía: «mira todo lo positivo, estamos juntos y mañana será otro día». Un baño y a descansar. Dormí como una bebé rendida por el cansancio.

Al día siguiente nos despertamos y al mirar a mi alrededor era como una pesadilla, pero había que adaptarse, total solo serían diez días en los cuales disfrutaría una nueva cultura, comida, país. Pensaba también en todas las cosas que me habían dicho que iban a suceder: iríamos a conocer Santa Marta, Cartagena de Indias, las rumbas, los vallenatos y un hotel bueno.

Comenzaron a pasar los días y me daba cuenta de que todo era falso. Las ilusiones se desvanecían como el humo y mi novio me apaciguaba, me tranquilizaba aunque yo sabía que todo estaba saliendo mal. A pesar de todo yo vivía el momento, disfrutando el día a día con la nueva cultura. Los días estaban llegando a su fin y no veía ninguna mejoría. Al contrario era como si pidiéramos limosna para poder sobrevivir en un país extraño, tan lejos de la familia, de todo.

Dos días antes de acabar el viaje, alguien apareció para dar la cara. Creí que una luz en el cielo se abría para nosotros, pero no fue así. Queríamos de vernos con él y nos invitó a ver Santa Marta. Por fin la playa, un ambiente caliente, vallenatos y demás. Era como estar en otro mundo pero sin un peso, malviviendo de la caridad de la persona que conocimos.

Lo único que hicimos fue cambiar de infierno. Se acabaron las maravillosas vacaciones, regresábamos a casa. Fuimos al aeropuerto. Barranquilla – Bogotá – El Dorado y, de allí, a Madrid.

A El Dorado llegamos, claro que sí, pero de ahí no salimos nunca. Nos fuimos a tomar un café. Cuando nos dirigíamos a la puerta de embarque escuchamos que nos llamaban los policías. En mi cabeza solo sonaba, «adiós vida, adiós España». Me sentía dura, cuerda. Los nervios y el miedo se apoderaron de él. Vimos un montón de policías cerca de la puerta de embarque. Pensé salir del aeropuerto ya que teníamos en nuestro poder la documentación, un poco de dinero, pero él no quiso. Tomó la decisión de entregarse y así lo hicimos. En ese preciso momento sabía que comenzaba la peor pesadilla de toda mi vida.

LOS ESPECIALISTAS

Yenny Samari Pinzón



Era un 27 de junio del 2013 a las seis de la mañana. El día estaba lluvioso. Paola se encontró con sus compañeros Carlos, Juan y Freddy. Desde el día anterior estaba todo planeado: se iban para La Calera, al punto clave: la clínica. Duraron treinta minutos y el objetivo no fue posible.

Sobre las ocho buscaron la plaza del pueblo y desayunaron. Salieron a la avenida principal, tomaron una flota rumbo a Suesca y al entrar vieron el hospital. Pasadas dos cuadras se bajaron de la flota. Paola entró en compañía de Carlos, cinco minutos más tarde ingresó Juan y minutos después Freddy.

Paola cogió hacia la derecha y Carlos hacia la izquierda, mientras Juan y Freddy se sentaron en la sala de espera. Freddy debía pasar desapercibido pues era el que llevaba el maletín con la herramienta (destornillador, cizalla, hombre solo, llaves, etc.).

Pasada una hora se dieron cuenta que en la sala de procedimientos había un televisor multiparámetro y un *doppler* fetal. Paola entró a la sala a preguntar a la enfermera acerca del retiro del *yadell*. Ella la envió al primer piso donde el jefe de enfermería.

Paola bajó y regresó. En ese momento la enfermera de la sala de procedimientos no estaba. Aprovecharon la oportunidad: Carlos y Freddy empaclaron el *doppler* fetal. Cuando caminaran dos pasos fuera del consultorio la enfermera salió de recepción. Juan habló con ella para entretenerla mientras que Freddy salió con el maletín.

Paola esperó a Juan para salir del hospital, los otros ya habían salido. Las dos parejas tomaron rumbos contrarios. Cuando Paola miró hacia atrás se dio cuenta de que el vigilante buscaba a alguien con desespero. Llamó por teléfono a Carlos y le dijo que se fueran rápido, que cogieran una flota o que se escondieran.

En ese momento Paola le dijo a Juan que venía una camioneta, que se detuvo justo a su lado. La manejaba el jefe de enfermería. En la silla de al lado estaba la enfermera y, en la parte de atrás, un médico.

— Buenas tardes, qué pena con ustedes. Nos pueden hacer un favor: ¿la señora nos deja ver el bolso?

Paola respondió que sí. En ese instante apareció un policía por la carretera y el jefe de enfermería le hizo una señal. El policía pasó y le contaron lo que pasaba.

Pidió documentos. Juan pasó su cédula, Paola dijo que se la había perdido. Ella sabía que tenía una orden de captura desde julio del 2011. El policía llamó una patrulla y los llevaron a la estación de policía de Suesca. Bajaron a Juan, y a Paola la dejaron dentro de la patrulla. Pasaron diez minutos. Llegó un policía a la patrulla y le dijo a Paola que dijera la verdad, que necesitaban el aparato. Ella respondió que no sabía nada.

Luego de media hora llegó otro policía de la Sijín. Bajaron a Paola de la patrulla y le dijeron que si no hablaban los embalsaban. Paola y Juan permanecieron callados. De pronto, por el radio de uno de los policías escucharon que capturaron a un muchacho con el aparato en Sopó. Paola y Juan comentaron en voz baja que no los podían judicializar.

Dejaron a Paola y a Juan toda la noche en esa estación y al día siguiente los llevaron a la Sijín. Tomaron sus huellas dactilares. Juan recobró su libertad, al igual que Carlos, pero a Paola la dejaron por la boleta de encarcelamiento y la orden de captura para el Buen Pastor en Bogotá. De Freddy no se sabe nada hasta el día de hoy.

TRAPITO

Mari Cruz



Recuerdo la época de la infancia cuando mi única preocupación era sacar un excelente en el boletín escolar para no sufrir el regaño de mis estrictos padres. Todas las tardes después de hacer las tareas nos reuníamos los chicos de la cuadra para jugar béisbol.

Cierto día, mientras me cambiaba para salir a jugar, escuché la algarabía de todos los niños de mi cuadra. Me asomé por la ventana y vi a un hombre barbado, de cabellera larga y mediana estatura que corría asustadizo. Los chiquillos lo perseguían y trataban de tocar su mugrosa vestimenta, aunque hacía un sol endemoniado y la temperatura estaba en treinta y tantos grados. Pude notar que aquel hombre llevaba trapo sobre trapo.

Salió el vecino de enfrente y gritó con voz potente: «niños necios, dejen en paz a ese pobre hombre».

Los niños, entre burlones y resignados, se retiraron hacia la mitad de la cuadra, y el vecino se acercó al hombre. Intercambiaron unas palabras y luego noté que gritó algo a su mujer. Al rato ella salió con un plato de comida que le entregó al infortunado loquito.

Aquel hombre más que comer, devoraba la comida que le habían brindado. Me retiré de la ventana y me vestí rápidamente.

Cuando salí de mi casa noté que el loquito se perdía por la esquina de mi cuadra. Jugamos el partido de béisbol como todos los días y, entre juego y aventurillas de la tele, se me olvidó el incidente con aquel loquito.

Fue al día siguiente cuando mi madre nos recordó a la hora del desayuno la presencia de aquel loquito en la cuadra. Yo le pregunté, entre curiosa y ansiosa: «¿mami, porqué el loquito tiene tanta ropa y porqué esta tan sucio?». Mi madre respondió: «él no es un loquito, es una persona que merece respeto y no deben chiflarlo ni tirarle piedras».

Mis hermanos y yo guardamos silencio mientras desayunábamos, luego nos fuimos a estudiar. Al mediodía cuando regresé noté que el hombre estaba nuevamente en la cuadra. Recuerdo que estaba sentado en la terraza de en frente con un plato sobre sus piernas. Comía ansioso mientras los vecinos indagaban sobre su vida. Después se supo que era de Bogotá, que no tenía familia y que toda su vida se había criado en las calles.

Con el trascurso de los días ya el barrio estaba familiarizado con aquel pintoresco personaje, que no hacía daño alguno. Todo lo contrario: era servicial, sacaba la basura de las casas, barría la cuadra y hasta hacía algunos mandados. El hombre dormía en una terraza donde le habían colocado un colchón con una sábana y con un liviano cubrelecho se arropaba por las noches.

Aquella cuadra lo había adoptado y entre todos los vecinos le proveían alimento, vestido y útiles de aseo. Lo hacían bañar a diario en diferentes casas pero aun lucía su larga cabellera y su barba, la cual no se le había podido despojar. Un domingo los vecinos estaban reunidos tomando cerveza y jugando dominó, y decidieron hacerle un corte de cabello al hombre.

Recuerdo que nunca se identificó, por eso entre todos los del barrio lo apodaron *Trapito*, ya que cuando llegó llevaba «chiro» sobre «chiro». Aquel domingo el peluquero del barrio rasuró a Trapito quien con el pelo corto y sin barba se veía un hombre nuevo: era un muchacho como de veinte y tantos años. Bien vestido y acicalado se veía hasta buen mozo.

El vecino Facundo que era el ebanista del pueblo, enseñó a Trapito a trabajar y tallar la madera para luego darle trabajo en su

fábrica de muebles. Trapito se convirtió en un hombre nuevo, hasta consiguió esposa y tuvo un hijo. Arrendó una casa en el barrio y se convirtió en un vecino más.

